

# Álvaro del Portillo

sembrador de paz y  
de alegría



Antonio Ducay

**ALVARO DEL PORTILLO**

**Siempre un sí**

# ÍNDICE

## Presentación

## **PARTE 1: PRIMEROS AÑOS**

Capítulo 1: Raíces mexicanas

Capítulo 2: Travesuras infantiles

Capítulo 3: Salvado de los fuegos y de las  
aguas

Capítulo 4: Ingeniería de Caminos

Capítulo 5: En las barriadas de Madrid

Capítulo 6: Encuentro con San Josemaría

Capítulo 7: Primeros pasos en el Opus Dei

Capítulo 8: Estalla la Guerra civil

Capítulo 9: Álvaro en la cárcel de san Antón

Capítulo 10: En la Legación de Honduras

Capítulo 11: Los fugitivos

Capítulo 12: Doce de octubre

Capítulo 13: Álvaro en Burgos

Capítulo 14: Alférez Provisional

Capítulo 15: Las audacias de un alférez

Capítulo 16: Destino: Madrid

Capítulo 17: Años de crecimiento

Capítulo 18: La Sociedad Sacerdotal de la  
Santa Cruz

- Capítulo 19: Entrevista con el Papa Pío XII
- Capítulo 20: Don Álvaro, sacerdote
- Capítulo 21: Don Álvaro vuelve a Roma
- Capítulo 22: Llamada al Fundador

## **PARTE II: EN ROMA, CON SAN JOSEMARÍA**

- Capítulo 23: Llega a Roma san Josemaría
- Capítulo 24: La aprobación Pontificia
- Capítulo 25: Villa Tevere
- Capítulo 26: Construyendo el futuro
- Capítulo 27: *“Padre, podría comprar mil hectáreas...”*
- Capítulo 28: El Padre y don Álvaro
- Capítulo 29: Los años del Concilio
- Capítulo 30: Se configuran las Prelaturas Personales
- Capítulo 31: Años de tormenta
- Capítulo 32: Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, Guatemala
- Capítulo 33: Muerte de san Josemaría

## **PARTE III: SUCESOR DE UN SANTO**

- Capítulo 34: Un entrevista importante
- Capítulo 35: Tres Papas, dos cónclaves
- Capítulo 36: Atentado a Juan Pablo II
- Capítulo 37: El Opus Dei, Prelatura Personal
- Capítulo 38: Los viajes de don Álvaro
- Capítulo 39: México: Novena en Guadalupe
- Capítulo 40: México: el relato de Pedro Vargas
- Capítulo 41: Don Álvaro en Japón
- Capítulo 42: La hora de África
- Capítulo 43: Historia de una ordenación episcopal
- Capítulo 44: Beatificación de Josemaría Escrivá
- Capítulo 45: Ochenta años
- Capítulo 46: Viaje a Tierra Santa
- Capítulo 47: Así es Álvaro del Portillo.

## Presentación

Conocí a Don Álvaro del Portillo en Roma, en los años 1955 a 1957, mientras yo estudiaba en una universidad pontificia.

Vivíamos en, “*Villa Tevere*”, más de cien universitarios de una docena de países. Lo normal era ver siempre juntos a san Josemaría y a don Álvaro. Los recuerdo entrando en una sala de estar, adornada por la simpática reproducción de un barco, y cuyas ventanas daban a la romana calle de Bruno Buozzi. En cuanto los veíamos entrar, rodeábamos con entusiasmo juvenil a san Josemaría. Don Álvaro, siempre con su sonrisa que transmitía paz y confianza, se situaba donde le dejábamos sitio, en un rincón de la sala de estar. Lo recuerdo casi siempre en el mismo. Se quedaba fumando su cigarrillo -en aquellos años fumábamos prácticamente todos-, muy atento a lo que nos decía el fundador del Opus Dei, a quien familiarmente llamábamos Padre, porque realmente lo sentíamos así. La conversación era una auténtica tertulia familiar, vivaz, entretenida, con bromas ingeniosas y temas muy variados, que fácilmente daban paso a temas serios de espiritualidad y vida interior.

Estoy seguro de que el más atento de los que estábamos allí era Don Álvaro. Y no es que nosotros

no lo estuviésemos, no perdíamos ni una de las palabras de san Josemaría, pero don Álvaro, desde aquél rincón, estaba pendiente de la conversación y sabía que, en cualquier momento, el Padre podía necesitar algún dato o una referencia. Recuerdo una vez, en concreto, que el Padre nos contaba un encuentro con sor Lucia, la vidente de Fátima. Don Álvaro también se encontraba presente en aquel encuentro. Nos decía el Padre que sor Lucia les había dado una cantidad grande estampas de la Virgen de Fátima, para que las distribuyesen en su viaje, que el Padre estaba realizando, por España y Portugal. En un momento de su relato, giró levemente su cabeza, hacia donde estaba don Álvaro y preguntó:

*-¿Recuerdas, Álvaro, cuántas estampas nos dio sor Lucia?*

La respuesta llegó rapidísima: “Tantas, Padre”. Eran varios miles, no me acuerdo del número exacto, pero sí recuerdo la rapidez de la respuesta. Este tipo de situaciones se repetía con frecuencia: una pregunta del Padre a don Álvaro, pedir un dato, a veces un “Álvaro, cuéntales...” y la respuesta rápida, el dato o el relato preciso, siempre breve, porque lo que don Álvaro quería, era que escucháramos al Padre.

En esos ratos de tertulia familiar, san Josemaría probablemente no veía a don Álvaro, porque éramos muchos, pero sabía que estaba allí, lo sentía próximo, contaba con él en cada momento. Se apoyaba en él, no solo en esos momentos, sino en todos los asuntos, importantes o no, de su quehacer diario. Nos

dábamos cuenta de que se entendían muy rápido, con la mirada, con muy pocas palabras.

Nosotros queríamos saber cómo era don Álvaro, porque habíamos descubierto algo de su excepcional categoría, humana y espiritual. Por eso, cuando estábamos con san Josemaría, y don Álvaro no estaba, porque atendía alguna visita o había tenido que salir por alguna gestión, preguntábamos:

-*“Padre, ¿cómo es don Álvaro?”*

Primero, el Padre se “aseguraba” . *“¿No está?”*. Porque no quería, de ninguna manera, herir su humildad. Luego, trataba de desviar la pregunta, con expresiones como *“es como uno de vosotros”*. Nosotros insistíamos. Algunas veces, el Padre nos hablaba de él, con frases breves, llenas de cariño y de agradecimiento hacia don Álvaro. Recuerdo alguna de esas frases, referida a la actitud que tomó don Álvaro, en momentos de incomprensiones hacia la Obra, cuando el espíritu del Opus Dei chocaba en algunos ambientes, porque rompía esquemas vigentes durante siglos. Luego, años más tarde, el Concilio Vaticano II hizo suyos esos nuevos esquemas, de santificación en medio del mundo, y los convirtió en Magisterio oficial de la Iglesia. En aquellos años, don Álvaro explicaba con claridad el Opus Dei, en los diferentes ambientes de la Santa Sede, donde era entendido por unos y por otros no. En ese contexto se entiende el comentario que alguna vez escuché de san Josemaría -que por el paso de los años no puede ser textual-, referido a don Álvaro:



“algunas veces ha puesto él las espaldas para que no me den a mí los golpes”.

En la vida de don Álvaro, como podrá comprobarse a lo largo de las páginas que siguen, lo suyo personal, siempre lo ha puesto en segundo plano.

Recuerdo que don Álvaro nos ayudaba a entender bien lo que el Padre nos decía. A veces, en encuentros muy breves, en un pasillo o en un encuentro rápido, san Josemaría comentaba una cosa concreta a alguno. Era frecuente que don Álvaro, al terminar esa breve conversación, le decía: “fíjate que el Padre te ha dicho...”, y efectivamente ayudaba a esa persona a comprender mejor lo que había escuchado. En una ocasión, viví personalmente esa experiencia. Estaban san Josemaría y don Álvaro caminando por un pasillo, me acerqué a decirle algo a san Josemaría, me miró con cariño y me contestó con una frase, llena de ingenio y contenido, que no llegué a entender del todo. Se dio cuenta don Álvaro y me dijo sonriendo. “fíjate que te lo dice por *esto*”. Me ayudó tanto que, muchos años después, recuerdo con nitidez la escena, el lugar y el contenido de la frase. Queda un regusto de cariño y agradecimiento hacia san Josemaría y hacia don Álvaro.

Al escribir estas páginas, vuelvo a descubrir al protagonista. Me asombro ante muchas de sus facetas pero, sobre todo, por los fuertes contrastes de colores que aparecen en el cuadro de su vida: cómo él, un Ingeniero de Caminos, hombre acostumbrado a las ciencias exactas, llegó a destacar

en el Concilio Vaticano II, como un gran teólogo y canonista, un gran experto en Derecho de la Iglesia. Me sorprende que, siendo estudiante, no se decidió a seguir la profesión de su padre, abogado, porque, pensaba que no sabía hablar en público, pero luego, siendo sucesor de san Josemaría, continuó sus viajes de catequesis, recorrió los cinco continentes y habló en público a multitudes: más de cien mil personas lo escucharon en vivo y en directo. Es la misma persona que, a los 24 años, en la guerra civil española, se alistó en un ejército, dominado por los marxistas, fue hasta la línea del frente y se pasó al ejército contrario, atravesando la línea de fuego. En el libro se explica porqué se jugó así la vida.

Su carácter presenta rasgos muy contrastantes. Es un hombre siempre acogedor, afectuoso, que tiene paz y transmite paz; pero cuando se trata de defender valores importantes, en los que están de por medio los intereses de Dios y de la Iglesia, actúa con una fuerza y energía insospechadas. Un Cardenal que lo conocía bien, haciendo un elogio de don Álvaro, comentó a otras personas que, cuando tenía que defender a la Iglesia, lo hacía con “la fuerza de un león”.

Sorprende que modos de ser tan diversos se encuadren en una misma persona. En las páginas de este libro encontrará el lector cómo se complementan y armonizan facetas tan distintas, y cuál es la causa íntima que lo explica todo.

**PARTE I**

**PRIMEROS AÑOS**

# Capítulo 1

## Raíces mexicanas

Entre plantaciones de mango, guayaba, plátanos y naranjas, van cabalgando Clementina y Dolores Diez de Sollano. Son hijas de don Ramón Diez de Sollano, uno de los hacendados más conocidos y respetados del estado de Morelos, al sur de México, zona de clima caliente y húmedo, donde se da muy bien la caña de azúcar. La vista disfruta de un paisaje agradable, con abundantes sembríos y variedad de tonos verdes.

Don Ramón no era el hacendado típico de aquellos años, en México. Muchos de ellos se desinteresaban de los campesinos y los mantenían en niveles económicos muy deficientes. No era así en la hacienda de don Ramón Diez de Sollano. El hacendado se había ganado el respeto y el afecto de sus trabajadores, los visitaba en sus casas cuando necesitaban alguna ayuda, se ocupaba de la educación de los chicos y de que pudieran progresar y desarrollarse. Había edificado una iglesia que permanecía abierta durante el día, de modo que pudiesen entrar los campesinos y sus familias cuando deseasen. Se celebraba la Misa los días domingos y festivos.

La esposa de don Ramón Diez de Sollano se llamaba María de los Ángeles. Sus dos hijas, Clementina y Dolores, se habían educado en el

ambiente rural de la hacienda, de modo que les gustaba, caminar por el campo, bañarse en las lagunas y montar caballo, aprendiendo a dominar los más bravos.

Se cuenta que Clementina quiso montar uno de los caballos, especialmente brioso y difícil, “el Prieto”, un pura sangre negro. Los hombres de la hacienda se resistían a dejárselo, porque conocían la dificultad y viveza de ese caballo, pero viendo la seguridad de Clementina, a quien familiarmente llamaban Clemen, accedieron al reto, vigilando de cerca sus evoluciones. Tuvo que pelear fuerte con el pura sangre, pero acabó haciéndose con el “Prieto”, ganándose la admiración de aquellos hombres, que valoraban bien lo que suponía dominar un caballo como aquél.

Más tarde, sus padres decidieron que Clementina viajase a Londres, para completar su educación en el colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón. Allí aprendió inglés y francés y desarrolló su afición a la historia y la literatura.

Durante el verano, sus padres viajaban, desde México, a un lugar de veraneo próximo a Madrid, llamado “La Granja”. Clemen también iba allí, desde Londres. En ese lugar conoció a Ramón del Portillo, se trataron y se hicieron enamorados. Tiempo después, el matrimonio se celebró en Cuernavaca, (México), lugar de nacimiento de Clementina, el 11 de enero de 1908. y, a partir de entonces, residieron en Madrid.

Dos años después del matrimonio, en 1910, estalló la revolución mexicana, que duró, en diferentes fases, un tiempo largo. La causa fue una tensión social que se venía incubando desde lejos.

En aquellos años, la economía mexicana progresaba, pero solo para algunos. A los hacendados les iba bien, pero muchos eran insensibles a la situación de los campesinos, que se encontraban en una situación económica precaria. La revolución fue violenta y don Ramón, aunque salvó la vida, perdió su hacienda, como muchos otros hacendados. A él lo respetaron, porque reconocían su actitud de hombre de bien y su gran ascendiente popular. Decidió trasladar la familia a Madrid. En esa ciudad se reunieron con Clementina y su esposo Ramón del Portillo.

El matrimonio del Portillo tuvo ocho hijos. Primero vinieron tres hombres, Ramón, Francisco y Álvaro; después vino una mujer, Pilar y después José María, Ángel, Teresa y Carlos. Formaban una familia profundamente unida, con hondas raíces católicas. Álvaro recuerda que aprendió de sus padres a vivir algunas costumbres cristianas, por ejemplo, las oraciones de la mañana y de la noche, la bendición de la mesa, el rezo del Rosario y otras invocaciones a la Virgen que recitó toda su vida, como ésta:

*"Dulce Madre, no te alejes  
tu vista de mí no apartes  
ven conmigo a todas partes  
y solo nunca me dejes.  
Ya que me proteges tanto*

*como verdadera Madre,  
haz que me proteja el Padre  
el Hijo y Espíritu Santo.”*

Los domingos asistía a Misa toda la familia y luego –como recuerda Teresa- “dábamos un paseo por el parque del Retiro con mis padres, que se llevaban muy bien entre sí”. Luego, don Ramón del Portillo les invitaba a papas fritas y gaseosa. Era un momento muy agradable de vida de familia. Don Ramón se había graduado de abogado en la Universidad Central de Madrid y trabajaba como tal en una empresa importante madrileña. Sus hijos lo recuerdan con gran estima. Pilar lo describe como “muy educado y elegante (...) Tenía gran preocupación por la educación de los hijos”.<sup>1</sup> Carlos, el hijo menor, lo recuerda como un padre muy afectuoso. Álvaro expresa la gran confianza que disfrutó con su padre, una amistad llena de intimidad.

Su madre, Clementina, conservó siempre el suave acento mexicano, así como las costumbres y el gusto por las comidas de su país. Álvaro, como los otros hermanos, heredó de su madre el cariño por la tierra mexicana. La recuerda siempre serena, alegre y, al mismo tiempo enérgica, cuando hacía falta. También recuerda consejos recibidos de ella como, “no hay que hablar nunca mal de nadie, y no deben aceptar juicios temerarios”.

---

<sup>1</sup> Javier Medina, “Álvaro del Portillo”, p.

Los hijos aprendieron de su madre la virtud de aprovechar el tiempo y hacer cosas útiles. Por ejemplo, los reunía para confeccionar alfombras de nudos. Llevaba una tela de arpillera coloreada y, sobre ella, cada hijo iba metiendo la lana del color que correspondía. Luego, con un gachillo, iban haciendo los nudos. El trabajo les resultaba entretenido, daba pié a bromas que se hacían los hermanos, se divertían juntos y acababa saliendo una bonita alfombra de nudos.



## Capítulo 2

### Travesuras infantiles

Álvaro de niño, según lo describe su hermana Pilar, “era feliz, gracioso, algo gordito, con cara de bueno, con el gesto simpático y risueño. Un niño como todos los niños: deportista, juguetón, divertido y algo travieso.”<sup>2</sup>

Algún día, con sus travesuras, puso en problemas a su padre. Sucedió que había venido de visita un señor que se había dejado bigotes “a lo Kaiser”, estaban de moda en aquellos años, y que todavía se ven en algunas fotografías antiguas. Eran unos bigotes bastante poblados, amplios y con las puntas hacia arriba. Al niño le divirtieron bastante y se le ocurrió que sería todavía más divertido restregarlos con ají picante. Comentó el proyecto con su padre, quien le dijo que de ninguna manera hiciese tal travesura. Sin embargo, la tentación fue superior a sus fuerzas y el proyecto se hizo realidad. El señor de los bigotes “a lo Kaiser” se molestó mucho. El asunto se complicó más todavía cuando vio en el rostro de don Ramón un esbozo de sonrisa que no pudo reprimir, porque la figura de su rostro era verdaderamente divertida. El embigotado señor, aumentó su enfado al ver la

---

<sup>2</sup> Javier Medina, “Álvaro del portillo”, p. 37

sonrisa, y sintiendo su honor herido, retó a duelo a don Ramón.

Como el asunto no daba para tanto, don Ramón del Portillo le pidió sinceramente disculpas, le hizo notar que estaba dando excesivo valor al incidente y que además no era propio de caballeros cristianos retarse a duelo. Todo quedó, que no fue poco, en un enfriamiento definitivo de la amistad entre ambos.

Por aquellos años, los padres pensaron que la primera infancia de los niños sería buen momento para que aprendiesen francés e inglés, y les pusieron dos profesoras parlantes en estos idiomas. Pero Álvaro no era muy partidario de la idea y se dedicaba durante las clases a jugar por el suelo y a hacer sus travesuras con las profesoras, Miss Hoches y Mademoiselle Anne.

Era el benjamín de la casa hasta que dejó de serlo, porque nació su hermana Pilar. Le atacaron los celos al comprobar que la niña había pasado a ser la “prima donna”. Sus padres le dijeron que “la envidia pone la cara amarilla”, intentando con esto mitigar sus celos. Un día lo sorprendieron delante de un espejo diciéndose a sí mismo: “los niños que tienen envidia se vuelven amarillos, pero yo tengo mucha envidia y estoy bien blanco.”

Pocos años más tarde nació Ángel, el sexto de los hermanos. Álvaro tenía seis años y entró al colegio del Pilar, de los padres Marianistas, un buen colegio de Madrid con aires de “moderno”, porque se fomentaban los deportes, las excursiones y una vida cultural adecuada a los muchachos. Su lema era “la

verdad os hará libres” y se explicaba a los padres de familia que el colegio colaboraba con la familia, pero no la sustituía. Nuevamente Álvaro volvió a encontrarse con el francés, que era el idioma que los niños debían hablar en los recreos, sin que en este caso hubiese resistencias.

La formación religiosa estaba muy bien pensada para que los alumnos fuesen adquiriendo con naturalidad una práctica cristiana. Hizo su Primera Comunión a los siete años, con muchos deseos y, antes, su primera confesión, de la que guardó siempre un grato recuerdo, entre otras cosas, porque “se había sentido importante” al ver que lo habían tomado en serio y tratado con mucho cariño.

A partir de entonces y durante toda su vida, nunca dejó de recibir de modo frecuente, también en días de semana, el sacramento de la Eucaristía.

Como nota curiosa hay que resaltar que en el mismo grupo de Primera Comunión estaba José María Hernández Garnica, quien estudiaba un año adelante, y que se ordenaría sacerdote con él en 1944, completando José Luis Muzquiz el trío de los primeros sacerdotes del Opus Dei, después de su Fundador, San Josemaría Escrivá. Todos los años recordaba con inmenso agradecimiento el día de su Primera Comunión. En 1983 comentó:

*Ya son 62 o 63 años que llevo comulgando a diario y es como una caricia de Dios<sup>3</sup>.*

---

<sup>3</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 46.

Cuando tenía ocho años, un pequeño suceso de su mundo infantil ayuda a perfilar su carácter. Un día de invierno, que amaneció especialmente soleado, el profesor se animó a comunicar a los alumnos una buena noticia:

-“Como hace tan buen día, en vez de clase vamos a dar un paseo por el parque del Retiro”.

La expresión de alegría fue general, pero el alumno que estaba sentado con él, en el mismo pupitre, quizá por ser muy expresivo, explotó de entusiasmo, gritó “¡viva!”, al tiempo que daba un abrazo de alegría a su compañero Álvaro. Extrañamente, el profesor lo interpretó como una falta de disciplina y castigó a toda la clase sin paseo. Es de imaginar la reacción de los compañeros hacia el causante de aquello, pero Álvaro fue la excepción: lo disculpó y le sonrió.

Le debió impresionar la solidaridad de su compañero de pupitre y quedó bien grabado este recuerdo en Javier García Leániz, porque muchos años después, ya médico pediatra y con cuarenta años de ejercicio profesional, escribió en sus recuerdos:

*“He tratado a miles de niños pero hay uno que no he podido olvidar a lo largo de mi vida. Era mi compañero de pupitre. (...) Me cayó especialmente simpático por su bondad, por su sencillez y por su alegría”.* Y seguidamente, relata con todo lujo de

detalles el suceso del frustrado paseo al parque del Retiro, ocurrido más de cincuenta años atrás.<sup>4</sup>

Su carácter enérgico y fuerte iba también creciendo. Sus padres se daban cuenta perfectamente de esto. En uno de los informes pedagógicos enviados a los padres se decía: “se dibuja de carácter algo brusco”. El padre comentó:

- “Cómo que se dibuja?. ¡Se esculpe!”

Quizá contribuyó a esa anotación un incidente ocurrido en las horas de deporte: en su colegio se practicaba fútbol, hockey, y otros deportes. Álvaro los practicaba con entusiasmo y quizá con más fuerza que habilidad. Una de las primeras veces que jugaba hockey golpeó con el palo la cabeza del contrario. Decidió abandonar ese deporte y limitarse al fútbol. En ese deporte era conocido como un defensa que imponía respeto a los delanteros contrarios.

Su carácter travieso seguía en plena forma. Un día encontró en algún lugar un palito y con él perseguía a sus hermanos. Su hermana Pilar recuerda “el día que me perseguía por los pasillos de la casa dándome con el dichoso palito. Jugábamos como todos los hermanos pero pelearnos, así pelearnos, no recuerdo que lo hiciésemos nunca.”

---

<sup>4</sup> Javier Medina, ob cit., p. 49.

## Capítulo 3

### Salvado de los fuegos y de las aguas

Tenía 14 años cuando no estuvo tan lejos de terminar su recorrido en esta vida: un día de setiembre de 1928, su hermano mayor Ramón lo invitó al teatro Novedades, donde se representaba una obra de éxito en Madrid. Por lo que sea, no llegaron a asistir. En esa representación se produjo en el teatro un tremendo incendio. Las llamas se veían de los pueblos vecinos. El teatro estaba con sus novecientas butacas ocupadas. Hubo muchos muertos y una cantidad grande de heridos.

Precisamente por esos días, también en Madrid un joven sacerdote, Josemaría Escrivá de Balaguer, recibía la inspiración divina de fundar el Opus Dei, (en castellano, Obra de Dios). Desde diez años antes sentía en su alma la inquietud de que Dios lo preparaba para algo. Su oración constante era “Señor, que vea”, “Señor que sea eso que tú quieres”.

El 2 de octubre, mientras hacía unos días de retiro espiritual, vio que Dios le pedía difundir un mensaje de santificación en medio del mundo. El fundador del Opus Dei, sintetiza de esta manera el espíritu de la Obra:

*“Hemos venido a decir (...) que la santidad no es cosa para privilegiados; que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde*

*estén; de todos, cualquiera que sea su estado, profesión u oficio.*

*Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad: (...) todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo”.<sup>5</sup>*

*¿Porqué y cómo se llamó “Opus Dei”?*

*Su fundador explicó: “Yo no puse a la Obra ningún nombre. Hubiera deseado, de ser posible –no lo era-, que no hubiera tenido nombre ni personalidad jurídica (...). Mientras, llamábamos a nuestra labor sencillamente así: “La Obra”.*

*Un día fui a charlar con el P. Sánchez (...), al final me preguntó: ¿cómo va esa Obra de Dios?. Ya en la calle, comencé a pensar: “Obra de Dios. ¡Opus Dei!. Opus, operatio..., trabajo de Dios. ¡este es el nombre que buscaba!. Y en lo sucesivo se llamó siempre Opus Dei”.<sup>6</sup>*

Dios iba a relacionar muy íntimamente a los protagonistas de los dos sucesos, al fundador del Opus Dei y a Álvaro del Portillo, que esta vez había salvado de los fuegos. Todavía quedaba otro suceso en el que estuvo cerca de perder la vida, pero fue salvado de las aguas.

La familia fue a pasar el verano cerca de Santander, en la costa del Cantábrico, en un pueblo llamado La Isla. Un día, el grupo de amigos decidió

---

<sup>5</sup> “Conversaciones”, n. 55.

<sup>6</sup> Cfr. Vázquez de Prada, “El Fundador del Opus Dei”, tomo I, Rialp, Madrid. pp. 331-333

hacer una travesía en una lancha motora hasta otra playa cercana. En el momento en que se disponían a partir, su hermano no se encontró bien y Álvaro se quedó a acompañarlo. Ese día el Cantábrico, mar bravo entre los bravos, quiso hacer una de las suyas y desencadenó una tempestad que hizo naufragar la lancha y se ahogaron todos los que iban en ella menos uno que consiguió llegar a nado hasta la costa. El suceso le hizo pensar que Dios lo reservaba en esta vida para algo.

Sus estudios de bachillerato, (o enseñanza media), iban avanzando y llegaba el momento de elegir carrera universitaria. Álvaro lo recuerda así:

*“Yo tenía que escoger. Mi padre era abogado y yo pensaba: los abogados tienen que hablar mucho en público y yo no sirvo para eso porque soy tímido. Mejor un trabajo en que tenga que estar a solas. Así me decidí por la Ingeniería”.<sup>7</sup>*

En el colegio era bueno para la literatura y le gustaba. Como tenía muy buena memoria, aprendía fragmentos de obras literarias, poemas y refranes de la literatura clásica. No imaginaba que, años después, le iban a venir bien en su insospechado trabajo sacerdotal, ya que tanto en su predicación como en sus numerosas reuniones y tertulias por diversos países del mundo, vendrían a su memoria pequeños fragmentos de autores clásicos de la literatura universal. En estos años, ni se le pasaba por la cabeza ser sacerdote.

---

<sup>7</sup> Javier Medina, ob cit., p. 59.



El recuerdo de su padre ha estado siempre presente en su vida. Lo consideraba una gran suerte. Tenían largas conversaciones en las que los dos se lo pasaban muy bien. Esto lo vio siempre como una bendición de Dios y lo agradecía vivamente.

-*“Dios Nuestro Señor quiso que fuera amigo de mi padre”*, decía con alguna frecuencia.

Se dio cuenta de que esa amistad fue muy beneficiosa en la formación de su carácter y de su modo de ser. De él aprendió, entre muchas otras cosas, el orden, la puntualidad y un trato afable y acogedor con todas las personas.

## Capítulo 4

### Ingeniería de Caminos

La Ingeniería de Caminos, era quizá la carrera más difícil que había entonces en España. Exigía una preparación de varios años para tener alguna posibilidad de ingreso.

La proporción de postulantes era aproximadamente treinta por uno. Todos los que se presentaban eran buenos alumnos y hábiles para las matemáticas, porque a nadie se le ocurría perder tres o cuatro años de preparación para el ingreso si no se veía con alguna posibilidad de éxito. Después del ingreso venían los cinco años de carrera.

La situación económica de su familia había cambiado, porque en octubre de 1929, ocurrió el llamado “jueves negro” en la Bolsa de Valores de Nueva York, que originó una crisis financiera internacional. Al abuelo materno, don Ramón Díez de Sollano, desde que salió de México, se le venían debilitando las finanzas, lo cual afectaba a toda la familia. A esto se sumó que la crisis ocasionó la pérdida de unos bienes familiares que poseía el padre de don Ramón del Portillo y que suponían unos ingresos para la familia del Portillo. Álvaro vio que su padre necesitaba ayuda económica y decidió estudiar, además de Ingeniería de Caminos, una carrera corta que le permitiese, en poco tiempo, ganar algún dinero. De este modo, podría costearse

sus estudios de Ingeniería de Caminos y ayudar algo a su padre. La carrera que eligió fue “Ayudante de Obras Públicas”, porque iba en la misma línea de Caminos, e incluso se estudiaba en la misma Escuela de Ingenieros.

Se presentó a exámenes de ingreso en “Ayudante de Obras Públicas” y, con 18 años, obtuvo el ingreso. Mientras estudiaba esa carrera, siguió preparando Ingeniería de Caminos. Se presentó una vez y no ingresó. Se presentó al año siguiente. Los postulantes eran 549, la mayoría de ellos de muy buen nivel en matemáticas. Las vacantes eran solo 23. Consiguió el ingreso. ¡Todo un éxito!.

Quiso estudiar terminar “Ayudantes de Obras Públicas”, mientras empezaba Caminos, pero el director de la Escuela le aconsejó no estudiar las dos carreras a la vez por el excesivo esfuerzo que suponía. Aplazó un año empezar Ingeniería y terminó “Ayudantes de Obras Públicas”. Lo destinaron al Ministerio de Obras Públicas y empezó a trabajar. Tenía entonces veintiún 21 años. Podía pagarse sus estudios de Ingeniería y ayudar a su familia.

Un día sucedió algo que expresa su gran corazón. Su hermano pequeño Carlos se puso a jugar con unos planos de Álvaro, en los que había invertido muchas horas de trabajo, hasta que ocurrió la “tragedia”: cayó sobre ellos una buena cantidad de tinta y quedaron inservibles. Su madre se disgustó muchísimo y el niño esperó la llegada de su hermano

temblando. Llegó Álvaro, y vio el desastre. Su hermano Carlos, muchos años después lo escribió así:

“ (...) me llamó, me sentó sobre sus rodillas y, con aquella serenidad que lo caracterizaba, comenzó a explicarme el tiempo que había empleado en realizar aquel trabajo y cómo yo, por haber jugado donde no debía, lo había echado a perder. Me quedé asombrado. En vez de pegarme, me enseñó la importancia de aquel trabajo para que yo fuera más cuidadoso en adelante”.<sup>8</sup>

La reacción de Álvaro fue muy distinta a lo que cabría esperar. Es evidente que reaccionar así tuvo que costarle mucho esfuerzo, porque su carácter era fuerte y enérgico. Por tanto, supone un dominio del propio carácter. Pero, además, es una exhibición de cariño hacia su hermano pequeño Carlos, quien lo recordará toda su vida y corresponderá con un gran afecto y admiración a su hermano Álvaro.

---

<sup>8</sup> Salvador Bernal, “Álvaro del Portillo”, Eunsa, p. 95.

## **Capítulo 5**

### **En las barriadas de Madrid**

Mientras Álvaro estudiaba Ingeniería de Caminos, con un grupo de compañeros y amigos, visitaban una de las barriadas pobres más populosas de Madrid, llamada Vallecas. Daban clases de catecismo a los niños, visitaban las familias y atendían también a quienes necesitaban otro tipo de ayudas.

Como en otras ciudades, en las barriadas que rodeaban Madrid se vivía en condiciones de extrema pobreza. Allí se generaban las condiciones ideales para incubar la violencia marxista y la lucha de clases. Se acusaba a la Iglesia de ser cómplice de las clases adineradas, y se propalaban otras calumnias, inventadas por los líderes anarquistas y comunistas. El resultado fue un odio agresivo a los sacerdotes, a la religión y a los ciudadanos conocidos como católicos. Por tanto el odio era extensivo a esos grupos de muchachos jóvenes que visitaban Vallecas.

Álvaro entró en contacto con ese grupo por un compañero que estudiaba con él Ingeniería de Caminos, Manuel Pérez. Además de dar catecismo a los niños, visitaban las familias, daban bonos de comida canjeables en las tiendas próximas, conseguían medicinas y procuraban trabar amistad con sus padres. Una vez, hasta organizaron unos

días de “retiro” espiritual, para adultos. Las charlas tenían que darlas ellos mismos, porque era peligroso que entrase un sacerdote. El retiro terminó con un almuerzo para unas cien personas. Los mismos muchachos estudiantes sirvieron la comida. A los hombres les daban un vaso de vino y una cajetilla de cigarros. Álvaro participó activamente en la organización y en el servicio de la comida.

Un día, en una de las “fabelas”, se encontraron con cuatro niños, muy pequeños, y solos. El más pequeño tenía un año. No tenían comida y tiritaban de frío. La policía había detenido a los padres por alguna razón y se los había llevado, sin pensar que dejaban abandonados a los niños. Los llevaron a la Comisaría, pero estaba cerrada. Entonces dieron dinero a un vecino para que se ocupasen de ellos. El día siguiente volvieron a llevarlos a la Comisaría pero allí no quisieron saber nada del asunto. Buscaron un asilo de niños y encontraron uno, el de Santa Cristina, que estaba muy lejos. Manuel Pérez recordaría años después:

-“Eran tan pequeños los niños que algunos no sabían andar todavía. Tengo grabada la imagen de Álvaro con uno de aquellos pobres niños entre los brazos, por las calles de Madrid, dirigiéndose al asilo.”<sup>9</sup>

El buen corazón de Álvaro le mueve a recordar sus visitas en Vallecas, incluso con agradecimiento

---

<sup>9</sup> Hugo de Azevedo, ob cit., p. 20.

hacia las personas que allí conoció. Comentaría años después:

*-“Siempre aprendía de ellos: eran personas que no tenían para comer y yo no veía más que alegría. Para mí eran una lección tremenda”.*<sup>10</sup>

No rehuían el peligro. Sabían bien los graves riesgos que corrían y que algún día podría llegar una agresión. Hasta que llegó.

Fue el 4 de febrero de 1934. Estaban dado una clase de catecismo y les avisaron que unos agitadores los esperaban para atacarlos. Trataron de escaparse pero los alcanzaron, a Álvaro le dieron con una llave inglesa en la cabeza, corrió hasta una boca de Metro que felizmente había cerca. Se precipitó escaleras abajo, aunque la sangre ya le corría por el abrigo. Dios quiso que cuando llegó al andén, en ese momento entraba un tren. Ingresó por la puerta más próxima, que se cerró inmediatamente. Detrás de él venían varios de sus perseguidores con la intención de seguir golpeándolo. Todo quedó en unas miradas de odio como despedida. La intención de los perseguidores era matarlos, como ya habían hecho con otros. La Policía eludía responsabilidades.

Llegó a su casa en mal estado y, para no alarmar a su familia, dijo que se había caído. Lo llevaron a un puesto de salud próximo, donde hicieron una curación de emergencia, no bien hecha, de modo que se infectó la herida. Tuvo fiebres altas durante un buen tiempo y hubo que hacerle

---

<sup>10</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 78.

curaciones muy dolorosas. El médico comentó alguna vez a doña Clementina:

-“¡Vaya hijo más valiente que tiene usted!. ¡No se queja nunca!”<sup>11</sup>

La dolorosa experiencia del fierrazo en la cabeza no consiguió desanimar ni a Álvaro ni al grupo, y continuaron sus clases de catequesis y de asistencia social en la barriada, aunque tomando algunas precauciones.

Poco después, se le presentó un fuerte ataque de reumatismo. Recurrieron a un médico que vivía cerca de su casa, ni más ni menos que el célebre doctor Gregorio Marañón, de fama mundial. Ante la sorpresa de todos, recetó ajos picados y macerados en alcohol. Como no podía ser de otra forma, dada la calidad de quien recetaba, el tratamiento dio resultado.

---

<sup>11</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 21



## Capítulo 6

### Encuentro con San Josemaría

Su amigo Manuel Pérez, el que lo invitó a sus aventuras por las barriadas madrileñas, conocía a un sacerdote joven, con enorme jale, que trataba a universitarios en un pequeño piso de la calle Luchana, donde funcionaba una Academia que llamaban “DYA”. Eran las iniciales de Derecho y Arquitectura, pero realmente significaban Dios y Audacia. Verdaderamente era audaz el proyecto, porque no disponían de dinero ni de otros medios necesarios para lanzar una iniciativa como esa, pero lo hacían seguros de la ayuda de Dios. En la Academia se daban clases de Derecho y Arquitectura y, además, clases de formación cristiana para universitarios; gran parte de ellos conversaban con el sacerdote y recibían de él orientación espiritual.

Manuel Pérez asistió a algún retiro espiritual, que lo impresionó fuertemente, y conversaba con el sacerdote.

Un día, en marzo de 1935, mientras se dirigía a sus actividades de ayuda social y de catequesis por las periferias madrileñas, le habló con entusiasmo del sacerdote e invitó a Álvaro a conocerlo:

*“Ah, pues voy”, dijo.*

A los pocos días fueron a Ferraz, 50, el nuevo local donde la Academia se había trasladado. Era

más amplio. Además, se había convertido en residencia de universitarios, llegados de provincias, que iban a estudiar a Madrid.

Manuel Pérez lo presentó al sacerdote. La conversación duró unos pocos minutos, y quedaron en un nuevo encuentro para poder conversar más despacio. Sacó su agenda el sacerdote y apuntó la cita. Esto impresionó a Álvaro, sintió que le daban importancia. De todos modos, estos pocos minutos dejaron una huella en el joven estudiante de Ingeniería de Caminos. Muchos años después la recordaba con todo detalle y con una gran emoción:

*“Ví que era un sacerdote muy alegre.*

*-¿Cómo te llamas? ¿Tú eres sobrino de Carmen del Portillo?...*

*-Mi tía le había dicho al Padre que tenía un sobrino muy listo. Por esto el Padre se acordaba de mí y de un detalle que mi tía y madrina contaba. Decía que de pequeño me gustaban mucho los plátanos, pero por lo visto no sabía pronunciar bien esa palabra y decía palátanos. Por eso el Padre añadió:*

*-¿Tú eres aquel al que le gustan mucho los palátanos?*

*Me quedé asombrado y contesté:*

*-Sí, me gustan mucho.*

*Entonces el Padre sacó la agenda y, como si no tuviese nada más que atenderme a mí, me propuso con gran cordialidad: tenemos que hablar despacio y largo.*

*Y me citó para cuatro o cinco días después. Yo lo anoté también*".<sup>12</sup>

Carmen del Portillo era una de las señoras que llevaba adelante el Patronato de Enfermos, del que san Josemaría había sido capellán. Hacía varios años que le habló de su sobrino. Desde entonces rezaba por él.

El día previsto para la cita se presentó Álvaro en Ferraz, 50, pero el sacerdote no estaba.

Su disponibilidad para atender a enfermos, moribundos y todo tipo de personas hacía que no fuese dueño de su tiempo. Como no tenía el teléfono de Álvaro, no pudo avisarle. Es probable que lo encomendó a su ángel y le pidió que tuviese un nuevo encuentro con él.

El ángel no tuvo excesiva prisa, pero cumplió su cometido. Cuatro meses después, Álvaro se iba a ir de Madrid para pasar las vacaciones de verano con su familia en La Granja, un pueblo de clima agradable en la sierra madrileña, muy concurrido en los meses de verano. La víspera de su partida, decidió ir a despedirse de ese sacerdote que le había causado tan buena impresión. Era un sábado, el seis de julio.

*"Me recibió y charlamos con calma de muchas cosas. Después me dijo:*

*-Mañana tenemos un día de retiro espiritual, ¿por qué no te quedas a hacerlo antes de ir de veraneo?"*

---

<sup>12</sup> Javier Medina, ob. cit., pp. 84-85

Álvaro asistió al retiro. El sacerdote predicó sobre el amor a Dios y el amor a la Virgen.

*"Yo no había oído nunca hablar, de Dios con tanta fuerza, con tanto amor a Dios, con tanta fe".*

De modo que, en expresión suya, muy madrileña, se quedó *"hecho fosfatina"*, es decir, impactadísimo.<sup>13</sup>

Se puede suponer, aunque no hay testimonios, que su amigo Manuel Pérez, le explicaría algo del espíritu del Opus Dei, y que se haría una idea mucho más exacta en las conversaciones con el sacerdote. Luego, el retiro ayudó a completar todavía más lo esencial del mensaje que Dios quería difundir en el mundo.

Álvaro se sintió identificado con este espíritu. Vio que eso era para él. Le ilusionó. Lo entusiasmó. Ciertamente lo vio con la ayuda del Espíritu Santo. Su honda formación cristiana era un campo preparado para esta llamada. También ayudaban sus recias virtudes humanas y su generosidad con los demás.

No era hombre de dilaciones. Ese mismo día pidió al sacerdote su admisión en el Opus Dei. Era el siete de julio de 1935.

---

<sup>13</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 88.

## Capítulo 7

### Primeros pasos en el Opus Dei

Las vacaciones de verano sufrieron un retraso. Los días siguientes, aprovechando los pequeños espacios libres que quedaban en la jornada del sacerdote, a quien pronto aprendió a llamarlo familiarmente el Padre, conversó con él todo lo que pudo sobre el espíritu del Opus Dei.

Le impactó el amor del sacerdote a la Eucaristía, y se propuso imitarlo todo lo posible.

También empezó a ver que el fundador practicaba una constante y heroica penitencia, primero porque de esa manera manifestaba su amor a Dios y segundo porque de esa manera ponía unos cimientos sólidos a la Obra.

Le dijo el sacerdote que el Opus Dei tenía que extenderse a todo el mundo y proyectarse a través de los tiempos.

Álvaro, muchos años después, el 2 de octubre de 1988, recordaría el impacto que las palabras del fundador produjeron en su alma:

*“Hablaban del Opus Dei proyectado en los siglos, a pesar de que éramos cuatro gatos. Nuestro fundador lo contemplaba como lo estamos viendo ahora, y con el*

*desarrollo completo de todas las potencialidades que aún tiene*".<sup>14</sup>

Estuvo junto al Fundador algo más de un mes. Luego se fue a La Granja, donde su familia se había trasladado durante el verano, y se quedó allí algunas semanas. Desde La Granja, escribía cartas al sacerdote, le contaba cómo organizaba su vida interior y cómo procuraba acercar a sus amigos a Dios. Todo iba bien.

Hasta que un día comenzó a experimentar de forma más clara el esfuerzo necesario en la lucha ascética y le escribió al sacerdote una carta en la que le comentaba que *"se me ha pasado el entusiasmo"*. Aquello duró poco y fue una circunstancia de la que se sirvió Dios para hacer más madura y sobrenatural su entrega. Eso formaba parte de un proceso normal en su trato con Dios.

Tres años después, cuando san Josemaría redactó *Camino*, fue el motivo del punto 994:

*"Se me ha pasado el entusiasmo", me has escrito.*  
– *Tú no has de trabajar por entusiasmo, sino por Amor: con conciencia del deber, que es abnegación.*

Álvaro, años después, leyó aquel punto de *Camino*, pero no se dio cuenta de que iba por él, porque no se acordaba de ese pequeño enfriamiento ni de su carta. Un día se lo recordó el Padre y le dijo que ya sabía que aquello no significaba que estaba atravesando una crisis interior, pero que lo recogió

---

<sup>14</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 94

en el libro porque pensó que vendría bien a otras personas.

El mismo Don Álvaro, muchos años después, recordó así el suceso y le dio una interpretación más exacta, para ayudar a quienes pasen por ese tipo de experiencias, que son normales:

*-“Una vez escribí al Padre que se me había pasado el entusiasmo sensible, cuando me parecía que veía a Dios en todos los acontecimientos. Después ya era cosa más reflexiva, de otro estilo, más seria: porque era el mismo amor, pero de otro modo, con mayor madurez y seguridad.*

*Esto no quiere decir que el entusiasmo del principio no fuese sereno, sino que quizá en los comienzos el Señor quiso ayudarme concediéndome una especial alegría”.*<sup>15</sup>

Estuvo en La Granja, con su familia, hasta finales de setiembre, que es cuando terminaban en Europa las vacaciones de verano, en colegios y universidades. Volvió a Madrid para incorporarse a su trabajo, en las tardes, en el Ministerio de Obras Públicas y comenzar su segundo año de ingeniería de Caminos.

Durante ese año, al salir del Ministerio, y en los fines de semana, iba a la Residencia de universitarios de Ferraz y ayudaba al Padre en todo, también en la atención material de la casa, incluidas las tareas más domésticas, porque la ajustadísima economía de ese

---

<sup>15</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 98.

audaz proyecto no permitía tener el personal necesario.

San Josemaría, alguna vez lo recordó:

*-“Don Álvaro y yo nos poníamos a lavar los platos... y rompíamos alguno, sin querer. Lo peor eran los suelos: ¡nos desriñonábamos!; entonces no había máquinas”.<sup>16</sup>*

Así trascurrió la vida con normalidad hasta que una ola de fuego y sangre lo cambió todo.

---

<sup>16</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 100.



## Capítulo 8

### Estalla la Guerra civil

La lucha de clases se hacía cada vez más violenta. Se responsabilizaba a la Iglesia y a los sacerdotes de estar del lado de las clases altas, de modo que la actitud hacia ellos se iba tornando más agresiva.

Todo se agravó cuando en febrero de 1936, el Frente Popular, de pensamiento marxista, ganó las elecciones. Las llamas en Madrid y otras ciudades españolas iluminaban la noche. Eran incendios de iglesias y conventos. El desorden y la impunidad era total. Se producían asesinatos, robos sacrílegos y todo tipo de acciones violentas.

El fundador temía por su vida, lo cual no le importaba tanto como la continuidad del Opus Dei. Nunca lo vio como algo suyo, sino como un querer de Dios.

Quería asegurar esa continuidad.

*“Un día -recordaría Álvaro muchos años después- el Padre me estaba esperando en el comedor de la Residencia universitaria de la calle Ferraz. Cuando entré, me dijo:*

*-Tú ves cómo están las cosas; a mí me pueden matar en cualquier momento, porque soy sacerdote. ¿Tú te comprometerías libremente a sacar adelante la Obra si me matan?*

*-Sí, Padre, sin duda- respondí".<sup>17</sup>*

Esa pregunta el fundador la hizo también a otros, que respondieron afirmativamente. Sabían que comprometerse a sacar adelante la Obra equivalía a arriesgar la vida.

En aquellos momentos, el simple hecho de ser conocido como católico era peligro de muerte. De hecho, muchos miles fueron asesinados solo por eso.

El día 13 de julio, un suceso conmocionó a todo el país: Calvo Sotelo, líder de la oposición parlamentaria, fue asesinado por fuerzas del orden público.

Cinco días después, 17 de julio, parte del ejército, en Marruecos, se levantó contra el gobierno. Comenzó una guerra civil que iba a durar tres años, ocasionó medio millón de muertos y fueron asesinados doce obispos y centenares de sacerdotes.

Madrid se convirtió en una ciudad en llamas. Las milicias populares marxistas incendiaron iglesias, conventos y otros edificios.

Las Universidades interrumpieron su funcionamiento durante los tres años de guerra. Álvaro había terminado, días antes, segundo año de Ingeniería de Caminos. Las demás Universidades habían terminado también su ciclo académico. El verano europeo había comenzado, por tanto, algunos estudiantes habían viajado a sus ciudades habituales de residencia y otras familias habían salido a sus lugares habituales de veraneo.

---

<sup>17</sup> Javier Medina, ob. cit., pp. 103-104

En la residencia de Ferraz, varios universitarios estaban trabajando en el arreglo de la nueva sede. Pocos días antes, se había trasladado del número 50 al 16 de la misma calle, un local más amplio y con más capacidad de residentes. Trabajaban en el arreglo de la residencia, con la ilusión de llegar a más universitarios en el próximo año académico.

Al ver que la situación se iba tornando cada vez más peligrosa, el Padre les dijo que lo más prudente era que se fueran a sus casas.

Enfrente de la residencia de universitarios, en la calle Ferraz, había un cuartel importante, llamado cuartel de la Montaña, que se había sumado al levantamiento militar. Diversas fuerzas militares lo iban rodeando y preparando el asalto al cuartel. Toda la zona era un hervidero de milicianos exaltados y con sus armas en la mano. Álvaro fue detenido por un grupo de milicianos. Lo registraron, sacándole las cosas que llevaba en los bolsillos. Entre ellas había un pequeño crucifijo. Normalmente eso solo ya era motivo para ir a la cárcel o ser asesinado. Extrañamente lo dejaron seguir.

Frente a la Residencia, el asalto comenzó. Desde el cuartel contestaban al asalto. Las balas impactaban en la fachada y en las ventanas de la residencia. Dentro estaba san Josemaría y algún otro miembro de la obra que lo acompañaba. Tuvieron que salir rápidamente. El Padre cambió la sotana por un overol de trabajo y atravesó entre los milicianos. No se explica cómo pudo llegar a casa de su madre, sin ser registrado.

Álvaro vivió en casa de sus padres hasta el 13 de agosto. Ese día, unas milicias armadas entraron en otro piso del edificio buscando a un capitán del ejército. Había salido de su casa por unas horas. Su esposa salió huyendo y se refugió en el departamento de la familia del Portillo. Los milicianos la siguieron y entraron pistola en mano. Irrumpieron por sorpresa en las habitaciones. En una de ellas estaba Álvaro que, al verlos, se metió algo en la boca y empezó a masticarlo. Posiblemente era una lista de amigos suyos a quienes hubiese comprometido.

-“¿Tú que estás mascando?”, le gritaron.  
Contestó muy sereno y sin darle importancia:  
-“Un papel”.

Su serenidad los convenció o los desconcertó y no le dijeron nada más. Pero se llevaron a su padre, don Ramón del Portillo, y lo internaron en una cárcel donde estaban hacinados millares de presos, la de san Antón. Comenzaban los sufrimientos para Doña Clementina.

Rompieron las imágenes religiosas que había por el departamento, registraron los muebles y esperaron en el edificio la llegada del capitán. Cuando apareció lo apresaron, se lo llevaron y lo mataron esa misma tarde.<sup>18</sup>

Doña Clementina tenía que proteger a sus hijos; se asiló en la embajada de México. Álvaro no fue admitido por estar en edad militar. Tenía entonces 22 años. No estaba dispuesto a alistarse en un

---

<sup>18</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 111.

ejército que perseguía a la Iglesia y asesinaba. Con su hermano Pepe y con Juan Jiménez Vargas, un estudiante de Medicina, miembro del Opus Dei, buscaron dónde esconderse. Consiguieron alojarse en la casa de unos conocidos que habían puesto una bandera argentina, como si gozasen de protección diplomática. El refugio era muy frágil y no ofrecía garantías, por lo tanto, tendrían que salir pronto de ahí. Lo que más preocupaba a Álvaro era tener noticias del Padre. Sabía que cualquier sacerdote corría un grave peligro en ese Madrid enloquecido por el odio antirreligioso. Por una casualidad, o más bien por providencia de Dios, iba a saberlo enseguida.

## Capítulo 9

### Álvaro en la cárcel de san Antón

Un día se le ocurrió ir al Ministerio de Obras Públicas con la pretensión, bastante audaz, de cobrar su sueldo.

Sorpresivamente, le pagaron sin mayores problemas. Al salir, como era pleno verano y hacía calor, se sentó en un bar de la plaza Alonso Martínez a tomar un refresco. Corría un grave riesgo, porque era un lugar muy transitado y era bien visible que estaba en edad militar, cualquier patrulla de milicianos podía pedirle documentación y llevárselo.

Pero Dios quiso que Álvaro actuase así, porque a los pocos minutos apareció por allí, muy inquieto, el padre de José María González Barredo, un amigo suyo, y le dijo que don Josemaría estaba en su casa. Le contó que había llegado, pidiendo descansar un poco, pero que el edificio no era nada seguro porque el portero no inspiraba confianza.

En esos momentos de anarquía total, cuando los milicianos entraban a un edificio, pedían información al portero sobre los vecinos y algunos de ellos delataban a los que llevaban vida cristiana.

Álvaro decidió enseguida llevarse al sacerdote a la casa donde él estaba escondido. Allí tuvieron unas pocas semanas de relativa tranquilidad.

*“El Padre nos dirigía la meditación –recuerda Álvaro- y nos ayudaba a tener el día muy ocupado.*

*Como carecíamos de libros, inventaba cosas para distraernos. Nos enseñó a jugar al tresillo pero nos hacía trampas descaradas; obraba así por dos motivos, para distraernos un poco y para que nos diésemos cuenta de que incluso en el juego, lo habréis comprobado vosotros en el fútbol y en tantos otros deportes, puede meterse el amor propio. (...).”<sup>19</sup>*

Recuerda que el sacerdote decía “misas secas”, pues no tenía pan y vino para consagrar; seguía las ceremonias de la misa y cuando llegaba a la consagración, por respeto, la omitía. No podía usar ningún misal, ya que hubiese sido motivo de muerte en caso de un registro. El Evangelio lo decía de memoria, era el de la llamada de los Apóstoles.

Un día se enteraron de que los milicianos estaban registrando diversas casas de la familia en la que vivían, de modo que era inminente que llegasen a la que ocupaban.

Tenían que irse enseguida a otro sitio, no sabían dónde. Fueron de casa en casa. Recorrían las calles de Madrid sin más equipaje que un cepillo de dientes en el bolsillo y un pijama enrollado a la cintura, debajo de la camisa.

El día 6 de octubre consiguieron que el Padre fuese admitido en una clínica de enfermos mentales, la del doctor Suils, y Álvaro volvió a la casa de sus padres, que estaba vacía. Allí se reunía a veces con

---

<sup>19</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 114.

Isidoro Zorzano, uno de los primeros miembros del Opus Dei, que por ser argentino, tenía cierta libertad de movimientos. Pero la casa de sus padres no era un sitio seguro, porque mucha gente lo conocía y alguno podía delatarlo. Decidió salir de allí.

Consiguió que lo admitiesen como refugiado en la embajada de Finlandia. Un día, entraron los milicianos, registraron a todos y a él se lo llevaron a la cárcel de san Antón. En la misma cárcel estaba también su padre, aunque ni uno ni otro lo sabían; como eran varios miles los presos, nunca se encontraron. Tampoco doña Clementina sabía dónde estaba su esposo.

En san Antón, Álvaro sufrió muchísimo: hambre, humillaciones, malos tratos y peligro continuo de ser fusilado. Habló poco de esa durísima temporada. Un recuerdo suyo sirve como pincelada:

*“Había una capilla en la que estaban encerrados cuatrocientos presos. Un miliciano se subió al altar pateándolo y puso un pucho de cigarrillo en los labios de un santo; uno de los que estaba conmigo se subió al altar y se lo quitó. Lo mataron inmediatamente por haber hecho eso. Era un odio increíble a la religión”.*<sup>20</sup>

Su madre y su hermana Pilar trataban de llevarle algo de comida que conseguían después de hacer cola durante horas. Nunca le llegó lo que le llevaban, de esto se enteraron después. En alguna ocasión, el miliciano que recibió el paquete lo abrió y se comió la tortilla de papas delante de ellas.

---

<sup>20</sup>Javier Medina, ob. cit., p. 117



Su hermana Pilar cuenta algo de esos largos meses:

“Cuando íbamos a visitarlo casi no podíamos hablar por el alboroto que había en la cárcel y por lo separados que nos ponían a unos de otros.

Álvaro nos decía que nos paseásemos por la calle Fuencarral, porque las ventanas de su celda daban allí. Se conformaba con vernos, aunque nos advirtió que no mirásemos a su ventana. Y nos repetía que no nos preocupásemos por él. Vivía aquella situación con una gran serenidad, con aquel sosiego interior que lo caracterizaba”.

Sufrió la cárcel con una gran fortaleza y con una buena dosis de buen humor. Prueba de ello, es una carta que les escribe desde san Antón:

*“Querida mamá: estoy en san Antón muy bien. Tienen muchas atenciones con nosotros. (...) La comida es muy abundante. Me suelo comer dos o tres raciones de rancho”.*<sup>21</sup>

Por supuesto que su madre y sus hermanos no debieron tomarse muy en serio la carta, pero algo les levantaría el ánimo.

En situaciones tan difíciles es cuando más se valora y agradece la generosidad y el buen corazón. Así debió sentirlo su profesor de ingeniería de Caminos, Domingo Mendizábal, que apareció un día en la cárcel, apresado por los milicianos. Encontró a su alumno del Portillo, quien tuvo con él un rasgo de caridad cristiana que puede calificarse de heroico. Le

---

<sup>21</sup> Javier Medina, ob. cit., p.118-119.

preguntó al profesor Mendizábal si había llevado su colchón. No lo traía. Álvaro le explicó que el que no trae el colchón tiene que dormir en el suelo. Enseguida lo tranquilizó y le dijo que no se preocupase porque le iba a dar el suyo. Así lo hizo. Una nieta del profesor Mendizábal testifica que su abuelo pudo dormir en colchón mientras estuvo en la cárcel, gracias a la generosidad de su alumno y que le quedó agradecido toda la vida.

El 28 de enero de 1937 lo llamaron para juzgarlo. Lo normal era que sucediese lo peor. Sin embargo, sin haber ninguna explicación humana, lo pusieron en libertad. Al día siguiente salió de la cárcel.

## Capítulo 10

### En la Legación de Honduras

Al salir se fue a una de las dependencias de la embajada de México, en la calle Velázquez, 98, donde estaban su madre y sus hermanos. Pudo estar allí poco tiempo porque no era mexicano y estaba en edad militar.

Nuevamente comenzó un peregrinaje de casa en casa. Por esos días cumplió 23 años. Tuvo éxito una gestión para refugiarse en la Legación de Honduras, en el Paseo de la Castellana 51. Allí estaba san Josemaría. Tuvo la gran alegría de poder abrazarlo. Estaban también el hermano pequeño del sacerdote, Santiago, con Juan Jiménez Vargas, y otros dos amigos, José María González Barredo y Eduardo Alastrué.

Vivían todos en una habitación muy pequeña que se cubría totalmente cuando extendían las colchonetas. Años después Álvaro la recordaba así:

*“En esa temporada se veía a nuestro Padre (como familiarmente lo llamaban) metido en Dios, sereno, rebosante de paz, lleno de confianza, porque sabía que el Señor no pierde batallas. Al mismo tiempo, había puesto su vida en las manos de Dios. Le ví sufrir y le ví gozar”.*<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 122.

Por las mañanas, durante media hora, el sacerdote les hacía una reflexión sobre el evangelio del día y les animaba a transformar ese “encerramiento” en un tiempo de “crecer para adentro”. Les decía que pueden ser como los volcanes, cubiertos de nieve, que esconden el fuego que hay en sus entrañas.

*“¡Qué fecunda se tornará la inactividad nuestra!”*, les decía.

Al terminar, el sacerdote, celebraba la santa misa. Colgaba de la pared un crucifijo y extendía los corporales sobre una maleta. Después de la misa, se conservaban en una pequeña cartera formas consagradas. Las guardaban, para que pudieran comulgar otras personas allí refugiadas, o para entregárselas a Isidoro Zorzano, quien iba a recogerlas a la Legación de Honduras, aunque con mucha prudencia, para no levantar sospechas.

Isidoro distribuía las formas consagradas entre otras personas en Madrid. La Santa Sede, desde Roma, había dado autorización para actuar así, mientras durase el tiempo de guerra. Suponía un acto heroico de amor a Dios y de caridad con esas personas, porque aunque era ciudadano argentino, si los milicianos lo registraban, lo más probable era que lo fusilasen.

Aunque parezca increíble, la vida en esa pequeña habitación de la Legación de Honduras era un oasis de paz, y hasta de alegría. Además de la celebración de la Santa Misa, habían previsto un cierto horario que incluía tiempos para la oración y

prácticas de piedad y, además, tertulias, conferencias culturales, arreglo y orden de la habitación, horas de estudio o lectura. Es indudable que en un clima de tensión, como el que se vivía entonces en Madrid, un ambiente de serenidad y paz solo se podría conseguir con la ayuda de Dios.

En aquellas circunstancias la vida corría peligro constantemente. Eso explica que un día, el fundador del Opus Dei volvió a hacerle, a Álvaro del Portillo, una pregunta importante que ya se la había hecho al comienzo de la guerra:

*-Si yo muriese, ¿tú continuarías la Obra?*

*-Sí, Padre*

*-¡Pues no faltaba más!, porque no habéis venido por mí, sino porque el Señor os ha llamado... ¡Y solo faltaría que me siguieseis a mí y no a Jesucristo!"<sup>23</sup>*

Con estas palabras, el sacerdote ayudaba, a Álvaro y a los otros, a reafirmar el sentido sobrenatural de su entrega a Dios en el Opus Dei.

Por consejo del sacerdote, Álvaro estudió japonés, porque soñaba con ir algún día a Japón; también estudió un diccionario de alemán-español. Desde el primer momento, el fundador les dejó claro que el Opus Dei se extendería por todo el mundo. Desde aquel pequeño rincón, hacinados en unos pocos metros cuadrados, soñaban con llegar a todo el mundo. El sacerdote les hacía ver el Opus Dei extendido por los cinco continentes.

---

<sup>23</sup> Francisco Ponz, "Mi encuentro con el Fundador del Opus Dei". EUNSA, p. 66

Como un detalle de agradecimiento por la hospitalidad que recibían y con un deseo de colaborar, le ofreció al cónsul llevar la contabilidad de la Legación. Aceptó encantado. Con este y otros detalles de disponibilidad y servicio, se ganó el afecto y la amistad de la familia. Esta amistad se prolongó años. Casi cuarenta años después, cuando falleció san Josemaría, los familiares del cónsul tuvieron un detalle de delicadeza y generosidad con don Álvaro, que le emocionó: le enviaron una copa de oro con la que el fundador del Opus Dei había celebrado la Misa en la Legación, algunas ocasiones. Don Álvaro agradeció el regalo con toda el alma y dispuso que se guardara entre las reliquias eucarísticas que había utilizado san Josemaría durante la guerra.

La vida en la Legación seguía su curso normal. Un gran motivo de alegría eran las visitas de los hermanos pequeños de Álvaro que, por ser niños, tenían facilidad para visitar la Legación y, además, vivían a seis cuadras. Teresa, una de las hermanas pequeñas, recuerda esos momentos, muchos años después:

“Esas visitas eran muy agradables y divertidas; yo cantaba unas canciones mejicanas que estaban de moda y el Padre nos acompañaba y cantaba con todos”.

Su hermano pequeño Carlos también recuerda muy bien esos momentos y añade que uno de los que

vivía en la legación, contribuía a la fiesta, cantando unas canciones asturianas.<sup>24</sup>

Pero el fundador no estaba dispuesto a seguir en ese encerramiento, porque le impedía cumplir el encargo recibido de Dios: extender el Opus Dei en el mundo. La guerra se alargaba y no se sabía cuánto podría durar. Por eso, deseaba salir cuanto antes de allí. Sabía que era jugarse la vida, pero valía la pena arriesgarse.

El plan era salir a Madrid y, luego, intentar pasarse a la otra zona de España, donde podía moverse libremente como sacerdote. El único camino posible era cruzar los Pirineos, andando y de noche, pasar a Francia o Andorra, para volver a entrar a España a la otra zona. Bastantes habían perdido la vida al ser descubiertos por la patrullas de milicianos que vigilaban mucho la frontera.

San Josemaría lo pensó despacio y pidió luces en la oración. Decidió hacerlo. Se consiguió una documentación como “intendente de la Legación de Honduras”, que lo protegía muy poco y el 31 de agosto de 1937, trece meses después de comenzada la guerra, se despidió de Álvaro y de los otros y se lanzó a las revueltas aguas madrileñas. Madrid era un caos, donde imperaba el odio de las milicias comunistas. Nadie tenía derecho a la vida.

Su hermano menor Santiago salió un poco antes. Corría menores riesgos, por no estar todavía en edad militar.

---

<sup>24</sup> Id., ob. cit., pp.124-125

Álvaro no pudo salir por estar en edad militar. Se quedó sufriendo, ya que conocía bien al Fundador y sabía que expondría su vida por atender sacerdotalmente a otras personas.

Además, tuvo que soportar otra noticia dolorosa: sus hermanas pequeñas Pilar y Tere fueron a verlo y le contaron que su padre estaba gravemente enfermo. Le comunicaron que lo estaba atendiendo san Josemaría. Quiso salir a ver a su padre pero le hicieron ver que no podía hacerlo. Al poco tiempo falleció su padre, don Ramón del Portillo.

San Josemaría iba a ver a don Ramón del Portillo, para atenderlo espiritualmente. Era muy arriesgado. Al portero le dijo que era enfermero, para lo cual se colocaba una vestimenta más o menos adecuada a esta función.

Un día, vio que convenía administrarle la Unción de los enfermos y llevó los Santos Óleos en una jeringa de inyecciones. Tuvo que hacerlo así por los frecuentes chequeos que hacían los milicianos por las calles. Conmovió a todos la piedad y serenidad con que vivieron el sacramento.

El sacerdote le escribió a Álvaro:

*“Ya sabrás por tu madre que asistí a los últimos momentos de tu padre (...) Te cabe la tranquilidad de que murió santamente”*<sup>25</sup>. Esta noticia le dio una gran paz.

Después de la muerte de su esposo, a doña Clementina ya no la retenía nada en Madrid. Decidió

---

<sup>25</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 133.



trasladarse, con sus hijos menores, a la zona libre de España, cuya capital era Burgos. Para eso, tenía que salir a Francia y volver a entrar a la otra zona de España. Las fronteras estaban cerradas, pero ella, por su nacionalidad mexicana, podía salir.

## Capítulo 11

### Los fugitivos

El plan trazado en la Legación de Honduras, de atravesar los Pirineos para entrar en la zona libre de España, comenzó a ponerse en práctica. Había que contactar con una de las expediciones que salían de Barcelona, guiadas por expertos que conocían bien los Pirineos, la cordillera que separa España de Francia.

A san Josemaría lo acompañò un pequeño grupo de hombres jóvenes, varios de ellos, miembros del Opus Dei: un joven biólogo, José María Albareda y algunos universitarios como Juan Jiménez-Vargas, Pedro Casciaro y Francisco Botella.

La espera fue tensa y riesgosa, primero porque tenían que caminar mucho por las calles como preparación para las marchas que tendrían que realizar y segundo, porque no convenía estar en un sitio fijo, sino moviéndose de un sitio a otro por las calles y el peligro de registros por las patrullas de soldados era continuo.

Por fin, el 19 de noviembre, ya comenzado el invierno europeo, salieron hacia la frontera con Francia. El gran peligro era que, en los meses de invierno, la nieve cubría todo y hacía imposible las marchas. A esta altura del año, la posibilidad de que nevase era grande.

Comenzaron las marchas. Atravesaron ríos de aguas muy frías, treparon por bosques y zonas rocosas, con ropa y calzado poco adecuados para lo que estaban haciendo. Siempre de noche y en silencio. De día, intentaban descansar en algunos lugares ocultos, muy fríos. Algunas veces amenazaba nevada y hasta comenzaron a caer los primeros copos, pero no pasó de ahí. Fueron trece días de vida o muerte.

Con la ayuda de Dios, llegaron a Andorra el 2 de diciembre, físicamente agotados. Lo primero que hicieron fue rezar una Salve a la Virgen, con todo su corazón puesto en Nuestra Señora. Al día siguiente, cayó una nevada muy fuerte, tanto que no pudieron salir de Andorra en varios días.

En Madrid, Álvaro también alistaba sus planes de fuga. Podía permanecer en la Legación de Honduras hasta el fin de la guerra, pero sabía que el fundador lo necesitaba y deseaba estar disponible para lo que el Padre quisiese encomendarle.

Sus planes de fuga eran alistarse en el ejército y ver la manera de cruzar el frente de guerra para pasarse al otro lado. Sabía el enorme peligro que esto suponía y que se jugaba la vida. También tenía gran confianza en la ayuda de Dios.

La autorización tenía que darla Isidoro Zorzano, a quien el Padre había dejado haciendo cabeza de los miembros del Opus Dei en Madrid. Isidoro pensaba que no tenía probabilidades de éxito, por eso no le daba permiso. Álvaro obedecía, pero insistía con frecuencia y siempre recibía la misma

respuesta negativa. Se comunicaban con mensajes que sólo entendían entre ellos:

*“(...) si a D. Manuel (Jesucristo) le gustara que me quede aquí, yo lo haría encantado, pero yo le pido que me deje salir”.<sup>26</sup>*

En sus planes, contaba siempre con el querer de Dios.

Las respuestas de Isidoro seguían siendo negativas hasta que un día, sorpresivamente, la respuesta fue sí. Isidoro lo autorizó a salir. También lo autorizó a otro miembro del Opus Dei, Vicente Rodríguez-Casado y a Eduardo Alastrué, un amigo común de ellos. Algo había sucedido para que Isidoro cambiase de opinión. Ellos no sabían nada, pero Isidoro sí. Haciendo oración Isidoro, por medios sobrenaturales, entendió que los tres conseguirán cruzar el frente en una fecha precisa, el día 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar. Les comunicó que podían salir.

Los tres salieron de sus escondites y se lanzaron al mar revuelto de Madrid. Los tres se presentaron en oficinas de reclutamiento distintas. Alistarse en el ejército suponía el primer gran problema. Álvaro tenía 24 años y el llamado a filas abarcaba de los 19 a los 29 años, por lo tanto era un desertor. Los otros dos tenían un problema parecido

A partir de entonces, muchas cosas inexplicables y sorprendentes iban a suceder.

---

<sup>26</sup>Javier Medina, ob. cit., p. 138

## Capítulo 12

### Doce de octubre

El 2 de julio de 1938, fiesta entonces de la Visitación de la Virgen, abandonó la protección diplomática de Honduras, después de 16 meses.

Consiguió un carné a nombre de su hermano Pepe y se presentó en la oficina de reclutamiento.

Cuando le preguntaron la fecha de nacimiento dio la suya, el 11 de marzo, y el año correspondiente al reemplazo de 18 años. Como tenía 24, el oficinista lo miró y no lo creyó. Fue al registro de ese año, donde encontró su apellido, pero el nombre que figuraba era Ángel, otro de sus hermanos, cuya fecha de nacimiento era el 14 de febrero. En ese momento comenzó un diálogo absurdo. Dijo Álvaro:

-“Es que es mi hermano; fíjate que ahí dice Ángel y no José, que soy yo”.

El oficinista respondió en tono molesto que cómo van a ser dos hermanos nacidos el mismo año.

-“Es que somos gemelos”, se le ocurrió decir.

Con cara de duda, comenzó el oficinista a rellenar su ficha. Le preguntó nombre y apellidos, fecha de nacimiento. Esta vez dio la de su hermano:

-“14 de febrero”

-“Pues antes no dijiste esa”

-“¡No seas bruto! Yo no sé qué diría antes pero no me cabe duda que si somos gemelos yo nací el mismo día que mi hermano”, aseguró Álvaro

Siguió rellenando su ficha y terminaron sin más problemas los demás trámites de reclutamiento.

Quedó alistado en el ejército, pero se enteró de que esa unidad en la que estaba, no iba destinada al frente. Como necesitaba llegar al frente, tomó la decisión de desertar y alistarse nuevamente en otra oficina. Sabía que estaba jugando con su vida.

Para el nuevo intento, utilizó un carnet suyo, pero modificando ligeramente el apellido, de modo que se leía Álvaro Rostillo. Esta vez se hizo pasar por alguien de 30 años. Años después, escribió en sus recuerdos:

*“Encargo a los ángeles custodios que se las arreglen de modo que no me reconozcan. En efecto, todo sale a pedir de boca”.*<sup>27</sup>

Sin embargo, tampoco esta vez su unidad iba a ir al frente y volvió a desertar por segunda vez. Vistos los fracasos anteriores cambió de sistema: se abandonó totalmente en la ayuda de los ángeles custodios y les dejó hacer a ellos. Lo relata así en sus recuerdos:

*“En vista de que todos los medios que nosotros ponemos fallan, llegamos a la conclusión de que el Señor quiere que nos pongamos por completo en sus manos, no queda sino esperar a que Él, que sabe más, ponga los suyos y nos lleve, como de la mano, ya que nosotros estamos ciegos, por donde le plazca. Así lo hacemos”.*<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 141

<sup>28</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 135

Se presentó por tercera vez en otra oficina de reclutamiento distinta. Esta vez usó el nombre de Juan Alvaro Cortillo. Todo salió bien, lo aceptaron y lo inscribieron en una unidad que saldría al frente seis días después. Dio gracias a los ángeles Custodios.

El día de la partida, pudo asistir a una Misa y comulgó en casa de una familia cubana. De allí se dirigió al cuartel y partieron en un tren militar con destino desconocido para los soldados.

Se produjo la primera gran coincidencia: en el mismo tren se encontró con Vicente Rodríguez Casado. Le contó que había conseguido alistarse con el carnet de su hermano Pepe del Portillo, que le dio Álvaro en Madrid. Todo era ilógico. Cuando se contaban sus aventuras, daban gracias a Dios y se divertían mucho. Los otros soldados hacían muchas conjeturas sobre cuál sería el destino del tren. No sabía dónde iban. A ellos no les importaba. Se habían abandonado completamente en los brazos de la providencia de Dios. En sus recuerdos, Álvaro escribió:

*“A lo largo del camino, la gente hace mil cábalas sobre cuál será el punto de destino de la expedición. (...). Nosotros apenas intervenimos en la conversación. Nos tiene perfectamente sin cuidado, pues sabemos que, donde quiera que nos lleven, ése precisamente será el mejor punto que haya, a lo largo de todo el frente, para que nos pasemos”.*<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 142

Cinco días después llegaron a un pueblo próximo a Guadalajara, a unos 60 kilómetros de Madrid, y comenzaron un breve período de instrucción antes de salir al frente.

A los pocos días se llevaron otra sorpresa mayúscula: se encontraron con el tercero que faltaba, Eduardo Alastrué, compañero de refugio en la Legación de Honduras. No tenía explicación humana que habiéndose alistado cada uno en diferentes centros de reclutamiento, los tres coincidiesen en el mismo regimiento, y dentro del mismo regimiento, en el mismo batallón.

Poco después comprobaron que también coincidían los tres en la misma compañía, que son unas cuantas docenas de soldados. Todavía les esperaba una sorpresa mayor: los tres eran parte del mismo pelotón de seis soldados. Entienden claramente que están en las manos de Dios.

Su sorpresa hubiese sido todavía mayor si hubiesen oído lo que san Josemaría, en Burgos, le estaba diciendo, en esos días, a la madre de Álvaro, doña Clementina:

*-“Su hijo Álvaro se pasará a mediados de octubre”.*

Isidoro y san Josemaría no se habían comunicado. ¿Cómo lo había sabido el fundador? Por los mismos medios sobrenaturales que lo supo Isidoro en Madrid. No tenía otros.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 139.



El tren militar llegó a las proximidades del frente. Los soldados se ejercitaron, durante unos días, en prácticas de entrenamiento bélico. Luego, el batallón fue transportado a la primera línea de combate. El día en que llegaron al frente fue el 10 de octubre.

El oficial que mandaba la compañía en la que estaban Álvaro, Vicente y Eduardo, comprobó que necesitaba hacer unas compras, en un pueblo cercano. Vicente Rodríguez Casado se acercó al oficial para decirle que tenía alguna dificultad estomacal y deseaba ir al pueblo para comprar alguna medicina. El oficial le dio permiso, al tiempo que le encargó las compras, pero le dijo que tenía que ir con otros dos soldados. El oficial eligió dos para acompañarlo: Álvaro del Portillo y Eduardo Alastrué. Les dijo que saliesen a la mañana siguiente, día 11 de octubre.

Muy de mañana, salieron. Caminaron todo el día, sin saber exactamente por donde iban, buscando cruzar al otro lado del frente. Se hizo de noche. La pasaron escondidos.

Cuando empezó a hacerse de día, vieron un pequeño pueblo no lejos de donde estaban. Ignoraban si era del lado republicano o de la zona llamada “nacional”, a donde ellos querían dirigirse. La apuesta era a vida o muerte porque si el pueblo pertenecía a la zona republicana, los considerarían desertores. Empezaron a desplazarse con grandes precauciones. Con gran alegría, oyeron repicar las campanas de la iglesia del pueblo, celebrando la fiesta de la Virgen del Pilar, día 12 de octubre. Hacía

más de un año que no escuchaban el repique de unas campanas de iglesia. Los tres bajaron corriendo, con gestos evidentes de paz.

Allí se enteraron de que ese pequeño pueblo se llamaba Cantalojas y de que los habían visto y los tenían enfilados con sus fusiles. Dudaban si era una avanzada de milicianos que atacaba el pueblo. Por eso, habían decidido que si seguían ocultándose o si se separaban, dispararían sobre ellos.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 57

## Capítulo 13.

### Álvaro en Burgos

El 12 de octubre era una fecha significativa. Durante los años que san Josemaría estuvo en el seminario de Zaragoza fue todos los días a rezar ante la imagen de la Virgen del Pilar, pidiéndole que “*que vea*” y “*que sea*”, eso que Dios le estaba pidiendo.

Al cruzar el frente, precisamente el día de su fiesta, la Virgen estaba expresando la protección que había tenido sobre ellos.

Vicente Rodríguez Casado era hijo de un militar del ejército nacional y trató de ponerse en contacto con su padre. Las comunicaciones no eran fáciles en aquella época y mucho menos en tiempo de guerra, con las instalaciones casi destruídas. Álvaro dio el nombre de su madre y sus hermanos, en Burgos, para que les avisase de su llegada.

Pero en Cantalojas, no se fiaban de aquellos tres milicianos. Podían ser espías. Tomaron sus precauciones y se comunicaron con el cuartel general de Soria. De allí enviaron a Burgos una comunicación preguntando si avalaban a un miliciano que decía llamarse Álvaro del Portillo.

En cuanto llegó la noticia a la familia del Portillo, la madre de Álvaro, con otros familiares, se fue enseguida a Soria. En el camino, se cruzaron con Álvaro y en Soria les informaron que ya había salido hacia Burgos. Volvieron y, por fin, pudieron

abrazarlo. “Estaba muy delgado –cuenta una de sus hermanas- y con la ropa tremendamente sucia: tanto, que mamá se la quitó y la quemó.”

Esa misma noche celebraron el reencuentro. Habían llegado también los padres de Vicente Rodríguez Casado. Se fueron todos al hotel Sabadell, juntaron mesas y cenaron con el fundador y los otros miembros del Opus Dei que vivían en Burgos con él. Es fácil imaginar la enorme alegría del grupo y las acciones de gracias a Dios que saldrían de esos corazones.

Toda esa aventura, años después, Álvaro la resumirá en unas breves líneas:

*“Muchas veces había pedido permiso a Isidoro para que nos permitiera salir de la Legación, pero siempre nos respondía negativamente. Hasta que un día, haciendo la oración en su despacho, supo que nos pasaríamos al otro lado del frente en una fecha precisa: el 12 de octubre de 1938. Fue una luz de Dios, algo sobrenatural y extraordinario, que no le dejó lugar a ninguna duda”.<sup>32</sup>*

En Burgos se presentaron a las oficinas de reclutamiento del ejército, esta vez sin tener que presentar documentos falsos. En los primeros días de noviembre, le llegó la orden de incorporarse a la Academia de Alféreces Provisionales.

Ya por entonces, el fin de la guerra empezaba a verse cerca. Quedaban algo más de cinco meses. El ejército tenía urgente necesidad de oficiales jóvenes

---

<sup>32</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 139

para las últimas batallas, que serían decisivas, y para reparar puentes y carreteras, destrozadas por la guerra.

Con este fin, se organizaban unos cursos de dos meses de duración, tras los cuales se les nombraba alféreces provisionales y se les daba un destino militar. El 10 de noviembre, Álvaro se incorporó a la Academia de Fuentes Blancas, cerca de Burgos.

Durante las semanas que estuvo en Burgos, Álvaro pudo conversar mucho con el Padre. Asistió a un retiro espiritual y trabajó en redactar y enviar los boletines informativos que, desde Burgos, se hacían llegar a los miembros del Opus Dei que estaban por diversos lugares del país. Doña Clementina, junto con el Padre, se encargó de que Álvaro descansase y recuperase algunos kilos.

Mientras tanto, en toda la temporada de Burgos, san Josemaría estuvo especialmente atento con la familia de Álvaro. Su hermana Pilar escribió, años después, en sus recuerdos:

“No se me olvida el cuidado y el cariño que ponía el Padre con nosotros, especialmente con mamá, durante una temporada en la que estuvo enferma. Había sufrido, anteriormente, una hemiplejía de la que, gracias a Dios, se había recuperado muy bien. La trataba siempre con un especial cariño y deferencia”.

Doña Clementina seguía su dirección espiritual con san Josemaría. Ella, con otras señoras, colaboraba en la preparación de lienzos para la Santa Misa, pensando en los futuros oratorios que se irían

abriendo en los diferentes centros, cuando terminase la guerra.

Por su parte, Pilar, trabajaba como enfermera atendiendo a heridos de guerra, en los hospitales de Burgos, como hacían muchas otras chicas jóvenes en el tiempo de la guerra. En muchos casos, sus hermanos estaban luchando en el frente.

## Capítulo 14

### Alférez Provisional

Los dos meses de preparación militar fueron intensos, ya que el mando de tropa, en tiempo de guerra, suponía una gran responsabilidad. No había casi tiempos libres. Tuvo que organizarse bien para incluir en su horario su plan de vida espiritual. En una carta, Álvaro dice:

*“Todos los días podemos comulgar en la Cartuja y cumplir bien con todas las normas de vida que acostumbrábamos”.*<sup>33</sup>

Iba diariamente a Misa, al lugar más próximo, que era la Cartuja de Burgos. Pero esto no era fácil porque exigía levantarse muy temprano y hacer un recorrido de varios kilómetros, con temperaturas próximas a los cero grados. Consiguió que lo acompañasen otros futuros oficiales que estudiaban con él en la Academia. Al comienzo eran pocos, pero el grupo fue creciendo y, en alguna ocasión, llegaron a ser cerca de treinta.

Algunos días, ir a la Cartuja se convirtió en una aventura. Así lo relata Álvaro en su diario: “

*“Hoy hemos tenido que aguantar en el camino una buena lluvia y un ventarrón terrible, además, como salimos cuando aún es de noche y yo soy bastante patoso, me he caído una serie de veces y he*

---

<sup>33</sup> Javier Medina, ob. cit. , p. 151.

*vuelto lleno de agua y barro. Se nos va uniendo gente y hoy hemos ido, a pesar de lo malo del día, cinco*".<sup>34</sup>

Hacía frecuentes visitas a Burgos, aunque eran breves. Además de estar con su madre y sus hermanos, sacaba tiempo para tener largas conversaciones con el fundador, algunas veces caminando por las orillas del río Arlanzón. En ellas se va consolidando la solidez humana y espiritual de Álvaro y el Padre ve que es el hombre que Dios pone a su lado para ayudarlo a hacer el Opus Dei y que será su apoyo más firme, como roca.

En algunas cartas lo llama así, "saxum", roca:

*"Jesús te me guarde, saxum: Y sé que lo eres. Veo que el Señor te presta fortaleza, y hace operativa mi palabra saxum!. Agradéceselo y sele fiel"*.<sup>35</sup>

Álvaro se ocupaba también de cada uno de sus hermanos y de sus estudios.

El 1 de enero de 1939, tres meses antes de terminar la guerra, recibió el nombramiento de alférez provisional y fue destinado a un regimiento de Ingenieros en Valladolid.

Los últimos meses de guerra iban a ser muy intensos y exigían una abnegada entrega al ejército. Álvaro se hizo un verdadero militar, consciente de la responsabilidad que suponía tener mando de soldados en esos meses decisivos.

Gran parte de su trabajo consistía en reparar, a marchas forzadas, puentes y carreteras, destruídos

---

<sup>34</sup> Id., ob. cit., p. 151-152

<sup>35</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 160.



por los bombardeos. El ejército los necesitaba para que pudiesen pasar las tropas en su avance militar.

Uno de los ciudades en que trabajó era Cigales, próxima a Valladolid. Ahí ocurrió una anécdota que, por lo divertido, se grabó en su memoria. El barbero de Cigales y él hicieron buena amistad. Era un hombre un poco particular, a quien gustaba alardear de cierta cultura, imitando los modos de decir de los oficiales que conocía, casi todos ellos universitarios o ya profesionales. Lo cual le llevaba en ocasiones a utilizar giros cuyo significado no conocía muy bien y podía emplearlos equivocadamente.

Una de esas ocasiones se dio con motivo de un viaje que hizo el fundador, desde Burgos, a Cigales. El barbero quiso tener la deferencia de invitarlo a un almuerzo. Ese día era de abstinencia y lo que habían preparado era a base de diversas carnes. San Josemaría agradeció, pero dejó claro que no comería de aquello. Explicó que los demás sí podían comer, porque estaban dispensados por la Santa Sede de la ley del ayuno, en razón a las circunstancias de guerra, pero que él no estaba en acciones militares. Además, aclaró que, por ser sacerdote, no se consideraba dispensado. Aunque el barbero y algunos otros insistieron, no cedió.

El barbero, con muy buena voluntad pero sin entender muy bien los términos que empleaba, quiso cerrar la cuestión, diciendo:

“No insistan ustedes porque yo estoy acostumbrado a tratar con gente de esta ralea y cuando dicen que no, es que no”.

Todos supieron pasar por alto la frase. Más tarde, la recordaron de modo divertido –el sacerdote, el primero- quien entendió siempre que el barbero quiso decirle algo amable.

## Capítulo 15

### Las audacias de un alférez

El final de la guerra se produjo oficialmente el 1 de abril de ese año, aunque la entrada en Madrid fue unos días antes. El Padre entró en Madrid en uno de los primeros camiones de soldados. Unas semanas después, Álvaro fue notificado de su nuevo destino: Olot, una ciudad de unos veinte mil habitantes, cerca de la frontera con Francia, alejada de Madrid unos seiscientos kilómetros. Allí hizo gran amistad con su jefe directo, el teniente Fernando Delapiente.

El teniente Delapiente recuerda sus paseos a caballo y las “locuras” de su amigo el oficial del Portillo, que las recoge el historiador José Orlandis<sup>36</sup>:

*-“¿Ves aquella cerca de piedra?; -le dice del Portillo- voy a ver si el caballo es capaz de saltarla”.*

Se ponía al galope y saltaba la cerca.

Fernando se lanzaba en pos de él y saltaba también.

*-“¿Qué te parece -proponía otra vez- si intentamos bajar a caballo ese cortado?”.*

Y sin pensarlo más, se precipitaba con el animal por el despeñadero. Y luego el desafío era vadear un río o subir a lo alto de unas peñas.

“Yo -comentaba Fernando- era el jefe y no podía dejar de hacer nada de lo que hiciera el oficial. Por eso, cerraba los ojos y me lanzaba tras él,

---

<sup>36</sup> José Orlandis, “Mis recuerdos. Primeros tiempos del Opus Dei en Roma”, Rialp, pp. 46-47

convencido de que en cualquier momento nos matábamos”.

Entre los dos se forjó una gran amistad, que los llevó a tener conversaciones importantes y profundas en temas muy personales. Tiempo después, Fernando lo siguió en otras “locuras” mucho más importantes, que marcaron toda su vida. Álvaro le habló del Padre y facilitó que pudiese conocerlo. No tardó en pedir la admisión en el Opus Dei.

Quizá influyó en esta decisión un suceso extraordinario, claramente de carácter sobrenatural. Fernando pasó por una situación difícil, que le preocupaba mucho y no sabía cómo resolver.

Álvaro lo relata así:

*“Un día recibí una carta de nuestro Fundador en la que me decía, más o menos: “dile a tu compañero Delapunte que lo que le ha pasado hoy se debe a esto y a esto otro”.*

*Me quedé asombrado: yo no había hablado ni siquiera de la existencia de aquel amigo mío; además, Fernando no había estado en Madrid ni conocía al fundador.*

*Decidí invitar a mi amigo a dar un paseo a caballo fuera de la ciudad, donde podíamos estar más tranquilos. Así le pude contar todo con calma. Fue tal su sorpresa que se cayó de la silla.*

*Me dijo que había pasado un momento verdaderamente difícil y me explicó las razones, añadiendo que hasta entonces no se lo había contado a*

*nadie. Naturalmente siguió encantado los consejos del Padre*".<sup>37</sup>

Entre los dones extraordinarios que Dios concedió al fundador del Opus Dei, estaba el de su capacidad para percibir situaciones que estaban ocurriendo en sitios lejanos.<sup>38</sup> Diferentes personas pudieron comprobarlo. El mismo Álvaro del Portillo fue protagonista de una de estas situaciones.

Ocurrió, cuando estaba en Olot. Se alojaba en casa de una familia. No es extraño que la señora de la casa pensase que aquel oficial, futuro ingeniero de Caminos y además, "bien plantado", era un buen partido para su hija casadera. Eran frecuentes las atenciones que madre e hija tenían con él. Por ejemplo, cuando llegaba a casa al atardecer, cansado por el trabajo de la jornada, lo esperaban madre e hija, con un rico chocolate caliente y le daban un buen rato de conversación. Ocurrían también otras atenciones similares. Cuando se dio cuenta de lo que pretendían, decidió abandonar rápidamente ese alojamiento. En un intento último, la madre le organizó una encerrona con su hija, que él salvó con energía.

En ese mismo momento, en Madrid, san Josemaría estaba en un rato de conversación familiar con otros miembros del Opus Dei y advirtió, por

---

<sup>37</sup> Álvaro del portillo, "Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei", Rialp, pp. 219-220.

<sup>38</sup> Javier Medina, ob cit., pp. 165-166

medios sobrenaturales, el peligro moral en que se encontraba Álvaro. Pidió que rezasen la oración “Acordaos”, de san Bernardo, por alguien que en ese momento la necesitaba especialmente. Así lo hicieron. Álvaro, en Olot, sintió que el Padre rezaba por él, y se lo contó poco después.

Este suceso lo dejó reflejado san Josemaría, en el punto 472 de su libro de reflexiones espirituales, *Surco*:

*“Comunión de los Santos: bien la experimentó aquel joven ingeniero cuando afirmaba: “Padre, tal día a tal hora estaba usted pidiendo por mí”.*

Desde entonces, ha quedado como costumbre en el Opus Dei rezar diariamente esta oración a la Virgen, por aquel fiel de la Obra que más lo necesite.

En los meses que Álvaro estuvo en Olot, puso todas sus fuerzas, en servir a su país, como alférez del ejército, en la reparación de puentes y carreteras destrozadas por la guerra. Pero su mayor deseo era conseguir el traslado a Madrid, para estar junto al fundador y ayudarlo en su trabajo de hacer el Opus Dei. Sabía que eso era lo que Dios le pedía. Por fin, en julio de ese año, consiguió ser destinado a Madrid.

## Capítulo 16

### Destino: Madrid

En los años siguientes a la guerra, el Opus Dei se extendió rápidamente por ciudades españolas, como Valencia, Valladolid, Zaragoza, Barcelona, Sevilla, entre otras, y Dios envió numerosas vocaciones, que hicieron posible la ampliación de nuevas actividades apostólicas.

La principal causa fue, sin duda, la gracia de Dios. Aunque también hay que considerar que las circunstancias humanas eran muy propicias, ya que la guerra había despertado la generosidad de toda una generación joven, que arriesgó la vida, en defensa de la fe cristiana y de la libertad del país.

Además, los años de la guerra, años de sacrificios y renunciaciones, hicieron crecer las virtudes humanas, en especial la de la fortaleza y la audacia.

San Josemaría experimentó enseguida el apoyo fuerte que era Álvaro del Portillo. Como hace notar Hugo de Azevedo<sup>39</sup>, Álvaro comenzó a ser el “*haceto*” de san Josemaría, y lo hacía admirablemente bien, desde las tareas más pequeñas al trato con las autoridades eclesásticas.

El fundador lo nombró Secretario General. A él se dirigían los demás cuando el Padre no estaba en Madrid, lo cual ocurría con mucha frecuencia.

---

<sup>39</sup>Hugo de Acevedo, ob cit., pp. 67-68

Sus ausencias, en gran parte, eran para dar cursos de retiro a sacerdotes de las diversas diócesis españolas. San Josemaría siempre había tenido en su corazón a los sacerdotes diocesanos y les tuvo un especial afecto y valoración, hasta el final de su vida. Al acabar los tres años de guerra, comprobó que había que levantar el ánimo del clero y devolverle su espiritualidad.

Durante la guerra los sacerdotes que sobrevivieron estuvieron dispersos y escondidos, a veces en medio de los bosques. Estos años causaron un deterioro en su espiritualidad sacerdotal y en su unidad con el obispo y los otros sacerdotes.

Algunos obispos llamaron a san Josemaría para dirigir cursos de retiro a sus sacerdotes, y comprobaron que el retiro los “volteaba”.

Eran retiros de una semana. Las invitaciones se sucedieron una tras otra. San Josemaría siempre contestaba que sí. A veces, eran más de cincuenta o sesenta sacerdotes y hablaba con todos, uno a uno. Les impactaba fuertemente. Muchos de ellos, recordarán, años después, sus charlas y meditaciones. También dirigió retiros a conventos de religiosos y de religiosas.

Nunca cobraba estipendios; le bastaba con que le den alojamiento y alimentación. Viajaba de un sitio a otro, en trenes destartados y vías férreas en mal estado. Todo lo ofrece por su labor con sacerdotes y religiosos. En esos años, más de mil sacerdotes pasaron por sus manos.



Álvaro suplía las ausencias del fundador en Madrid y, además, también viajaba a Valladolid, Valencia, Barcelona, Zaragoza y otras ciudades, para atender los nuevos apostolados que iban surgiendo. Además, trabajaba profesionalmente en el Ministerio de Obras Públicas y terminaba la carrera de Ingeniero de Caminos.

Sus prioridades las tenía claras: lo más importante era ayudar al Padre a hacer la Obra. Una simpática anécdota lo expresa muy bien:

En 1967, cuando ya llevaba años como sacerdote en Roma, sus compañeros de estudios de Ingeniería de Caminos le rindieron un homenaje, porque se enteraron que la Santa Sede le había entregado una medalla, en reconocimiento por sus trabajos jurídicos y teológicos durante el Concilio Vaticano II. Les causaba asombro, y al mismo tiempo los llenaba de orgullo, que uno de ellos, cuya especialidad son las matemáticas, recibiese una distinción tan alta por sus trabajos jurídicos y teológicos. Se realizó el homenaje en un clima de familiar amistad con sus antiguos compañeros de estudios. Uno de ellos dijo unas palabras, recordando aquellos años de estudios en los que Álvaro tenía que hacer tantas cosas a la vez:

-“Tú, Álvaro, en aquellos años, estudiabas Ingeniería de Caminos, hacías viajes los fines de semana para extender la Obra, y por eso algunos lunes, cuando llegabas a clase, te dormías; y además, ayudabas al Padre en el gobierno de la Obra”.

En la respuesta, Álvaro, con fino sentido del humor, aprovechó para cambiar el orden de las actividades:

*“Has dicho algunas exageraciones y una gran verdad, porque yo, en aquellos años, ayudaba al Padre en el gobierno de la Obra, hacía viajes para extender la labor del Opus Dei, y además, estudiaba Ingeniería de Caminos”.<sup>40</sup>*

Probablemente, no todos se dieron cuenta del significativo cambio de orden en que había colocado esas actividades. Quiso dejar claro que lo primero era ser una ayuda para el fundador del Opus Dei

En esa relación de actividades que hizo su compañero de estudios, todavía faltaba una bien importante, la de su trabajo en el Ministerio de Obras Públicas, en la Jefatura de “Calculo de puentes de altura estricta”. Lo hizo porque había que pagar los viajes a provincias, el alquiler de los nuevos centros que se iban abriendo, y eran muy pocos los profesionales del Opus Dei que podían ganar un dinero.

Hay un detalle de desprendimiento profesional que es necesario destacar. Acabó la carrera de Ingeniero de Caminos, que era la ilusión profesional de su vida, y llegó su destino como Ingeniero. Lógicamente, no era Madrid. Era Murcia, una ciudad distante de Madrid, a muchas horas de tren. No lo dudó un instante. Se fue a Murcia, tomó posesión de su primer destino como Ingeniero y, seguidamente,

---

<sup>40</sup> Javier Medina, ob cit., pp. 178-179.

pidió licencia, sin goce de haber, para poder seguir residiendo en Madrid. Esta renuncia a su trabajo profesional tuvo que costarle mucho. Puso por delante el querer de Dios, que sabía bien cuál era, y postergó sus legítimas ilusiones profesionales. Dios pide, durante la vida de cada persona, cosas que cuesta bastante entregarlas. Pero cada uno comprueba, cuando las entrega, que Dios nunca se deja ganar en generosidad.

## Capítulo 17

### Años de crecimiento

Ya se ha mencionado que en esos años el crecimiento del Opus Dei fue rápido. Llegaban numerosas vocaciones de universitarios. Álvaro y algunos mayores en la Obra los ayudaban, orientándolos en sus estudios y en sus actividades apostólicas. Uno de los universitarios jóvenes que pidió la admisión a principios de 1940, Francisco Ponz Piedrafita, cuenta su experiencia:

“El 10 de febrero pedí la admisión en el Opus Dei y con ese motivo tuve una larga conversación con el fundador. Al final, me invitó a que charlara con frecuencia con Álvaro del Portillo para que me fuera enseñando el plan de vida espiritual, el modo de vivir el espíritu de la Obra y los diversos aspectos de la entrega, así como para que pudiera ayudarme confiada y fraternalmente en las dificultades de cualquier tipo que surgieran en mi camino.

Álvaro nos atendía y quería a todos muy de veras, se interesaba mucho por todas nuestras cosas. Otro de sus rasgos característicos era la serenidad. Jamás vi en Álvaro el menor signo de nerviosismo o de ansiedad, ni un gesto o actuación que revelara precipitación o andar acelerado por la vida. Cuando acudíamos a él, nos escuchaba como si no tuviera ninguna otra cosa que hacer, en actitud amable,

acogedora, infundiéndonos confianza, seguridad, paz”.<sup>41</sup>

Otro de los jóvenes universitarios que siguieron el camino de la Obra, José María Casciaro, dejó escrito:

“No faltaba nunca esa sonrisa de Álvaro franca, llena de cariño, que efectivamente comunicaba gozo y paz”.

En Madrid se abrieron cinco centros y algunos más en provincias. Con ellos, crecieron también las necesidades económicas.

El fundador pidió a Álvaro que lo ayudara también en la tarea de sacar adelante los centros en el aspecto material y económico. A veces faltaba hasta lo más indispensable. Álvaro empezó a practicar lo que haría años más tarde en Roma: tapar unos huecos y abrir otros, sin detener las iniciativas apostólicas. Una carta que escribió al Padre refleja muy bien esta situación:

*“...Se ha agotado la cuenta corriente, lo cual quiere decir que no hay dinero. El día 1 hay que pagar 7.100 pesetas de alquiler y fianza a Donadío (propietario del edificio), más los gastos corrientes de alquilar y demás. A Ricardo le pagarán lo de Chamartín (7.500) y de sueldos reuniremos unas 4.000 más... Con Trueba habrá que liquidar unas 6 o 7.000 pesetas; pero dentro de unos meses. De este apuro momentáneo saldremos, pero la cosa está muy dura”.*<sup>42</sup>

---

<sup>41</sup> Javier Medina, ob cit., pp. 196-197

<sup>42</sup> Javier Medina, ob cit., pp. 193-194.

En aquella época, llamaba poderosamente la atención que un laico hablase de temas espirituales. Los miembros de la Obra lo hacían con toda naturalidad, tanto en conversaciones de amigo a amigo, como en pequeños grupos, en los que se trataba de la santificación del estudio y del trabajo, la convivencia con sus padres y hermanos, el servicio a los demás, así como de la eucaristía o del trato con Dios, en la calle o en la familia.

Uno de los asistentes a una de esas reuniones, Teodoro Ruiz, de Valladolid, recuerda la impresión que le produjo una charla que escuchó a Álvaro:

“Resultaba verdaderamente sorprendente oír a un estudiante de Ingeniería de Caminos que hablase con aquella soltura y naturalidad, y a la vez con tanto acierto y precisión, de temas como la oración y los sacramentos.

Nos insistía especialmente en que la piedad no puede consistir en simples gestos, ni en superficialidades ni beaterías, sino que la verdadera piedad tiene que ser algo sólido y profundo, radicada en una verdadera unión con Dios, afectiva y efectiva”<sup>43</sup>

Uno de los hermanos de Álvaro, Carlos, estaba en quinto año de media y no conseguía centrarse en sus estudios. Los tres años de guerra habían coincidido con su adolescencia y le habían afectado de modo especial. No conseguía recuperar el ritmo de estudios necesario. Álvaro conversó mucho con

---

<sup>43</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 190

él y, de acuerdo con su madre y sus hermanos mayores, vieron que lo más conveniente era cambiarlo a un colegio más adecuado a las circunstancias en que estaba. Carlos aceptó ese cambio, que lo ayudó, y pudo terminar sus estudios con normalidad.

## **Capítulo 18**

### **La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz**

Desde el dos de octubre, el fundador vio el Opus Dei compuesto de sacerdotes y laicos, cooperando orgánicamente. Pronto pudo darse cuenta de que los sacerdotes saldrían de los miembros laicos de la Obra.

Con el crecimiento de la Obra, cada vez se hacía más urgente esta necesidad. El fundador era el único sacerdote en el Opus Dei y no podía él solo dar la atención sacerdotal que los miembros de la Obra necesitaban. Vio que algunos de los miembros laicos, si ellos lo deseaban, podrían ordenarse como sacerdotes.

La dificultad estaba en que no había conseguido encontrar el título de ordenación adecuado, dentro de las posibilidades que ofrecía el Código de Derecho Canónico, entonces vigente.

Buscaba la solución, sin encontrarla. Pedía opiniones y consejos a otros sacerdotes. Conversaba mucho con el obispo de Madrid, que tenía un cariño grande al fundador y al Opus Dei. El obispo trató bastante con Álvaro del Portillo, le tomó mucho afecto y apreció sus grandes cualidades humanas y espirituales.

La solución no aparecía. Como siempre, el fundador rezó, hizo rezar, y confió en que Dios le



daría en su momento las luces necesarias. Propuso la posible ordenación sacerdotal a Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz. Los tres eran ingenieros y tenían un trabajo profesional. A los tres les insistió en su total libertad para aceptar o no. Les dijo:

*“Si lo deseas y no tienes inconveniente haré que seas ordenado sacerdote, con plena libertad; y te llamo al sacerdocio, no porque tú seas mejor, sino para servir a los demás”.*<sup>44</sup>

Los tres aceptaron la propuesta del Padre.

Comenzaron, con permiso del obispo de Madrid, sus estudios sacerdotales sin ir al Seminario. Tenían profesores particulares de mucho nivel teológico. La mayoría de ellos eran profesores de las Universidades Pontificias de Roma que, por motivo de la guerra mundial, estaban en España. Se examinaban en el seminario de Madrid.

El fundador daba las razones por las que había procurado para los tres primeros y para los sacerdotes de la Obra una esmerada formación. Acostumbraba a decirlas en este orden:

*“Segunda. Si nuestros sacerdotes no tienen una profunda formación teológica, no me sirven para el apostolado específico del Opus Dei.*

*Tercera. Los miembros de la Obra hacen muy bien sus estudios civiles, hubiese sido destruir su espíritu, que no pusiesen la misma intensidad en sus estudios eclesiásticos.*

---

<sup>44</sup> Hugo de Azevedo, ob cit., p. 74.

*Cuarta. Hay muchas personas que nos tienen un gran cariño, y conviene que vean hasta qué punto se preparan bien los sacerdotes de la Obra.*

*Quinta. No faltaban tampoco algunas otras personas que nos miraban con menos afecto, y era razonable que comprendieran –todos éstos también- la seriedad y la solidez de nuestra labor.*

*Y primera. Yo me muero cualquier día, y tengo que dar cuenta a Dios”.<sup>45</sup>*

Estudiaron mucho. Algunas temporadas se iban a algún pueblo cerca de Madrid, para dedicarse íntegramente al estudio.

Álvaro comunicó a su madre la noticia de que pensaba ser sacerdote. También le dijo que le gustaría que le hiciesen un alba y que él le enviaría el dibujo. Sus hijas cuentan que su madre se puso contentísima, aunque al principio no dijo nada. Pilar relata en sus recuerdos:

“De pronto se puso a bordar, cosa que no hacía desde muchísimos años atrás.

-¿Porqué te pones a bordar ahora, mamá?, le preguntaba Carlos.

-Es que... ¡estoy recordando viejas costumbres mexicanas!, contestaba ella.

¡Qué raro!. ¡Pero no había quien la sacara de ahí!

Más tarde, nos enteramos de lo que estaba haciendo: bordaba un alba para la ordenación

---

<sup>45</sup> Javier Medina, ob cit., p. 215

sacerdotal de Álvaro. Mi hermano se lo había dicho, varios meses antes, a ella sola.

A nosotros no nos había comentado nada porque, precisamente durante aquel período, se estaba buscando la fórmula jurídica apropiada para la ordenación sacerdotal de los miembros de la Obra, y no se sabía cómo ni cuándo se podría hacer realidad aquel sueño del Padre. Fue para mi madre uno de los grandes gozos –yo pienso que el mayor de su vida- . ¡un hijo sacerdote!”.<sup>46</sup>

Los años iban pasando y los tres dedicaban muchas horas a sus estudios sacerdotales, al tiempo que ayudan al Padre en las labores apostólicas. Continuaban con su trabajo profesional que daba, muy ajustadamente, los recursos económicos necesarios para los nuevos centros.

Por fin llegó la esperada luz de Dios: el 14 de febrero de 1943. Mientras el fundador celebraba la Santa Misa, Dios le hizo ver la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Sería una Sociedad de vida común sin votos, según lo previsto en el Código de Derecho Canónico de 1917. A esa Sociedad se adscribiría una pequeña parte del Opus Dei: los sacerdotes y algunos laicos en preparación para el sacerdocio.

El fundador sabía que esta no sería la solución definitiva, pero era la menos inadecuada para aquellos momentos. La solución definitiva llegaría en 1982, en el marco de un nuevo código de Derecho Canónico y de los nuevos caminos abiertos por el

---

<sup>46</sup> Javier Medina., pp.210-211

Concilio Vaticano II, y el Opus Dei se trasformaría en Prelatura Personal, de modo que los sacerdotes se incardinarian en la Prelatura, como los demás sacerdotes diocesanos se incardinan en sus respectivas diócesis o Prelaturas.

San Josemaría siempre actuó con decisión. Pensó muy bien las cosas, pero una vez vistas, las puso rápidamente en obra, si dependía de él. Por eso, al día siguiente, se presentó en El Escorial, cerca de Madrid, donde estaban Álvaro, José María y José Luis estudiando intensamente. Entró en la habitación, los saludó y les dio la noticia. Después les dijo:

*-Se va a llamar Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. (...) Álvaro tiene que venirse conmigo a Madrid para trabajar en unas cosas. Vosotros dos seguid estudiando y, cuando Álvaro regrese, lo ponéis al corriente.<sup>47</sup>*

Se prepararon los documentos, se presentaron al obispo de Madrid y éste decidió pedir enseguida el *nihil obstat* (fórmula jurídica equivalente a “no hay ningún obstáculo”) a la Santa Sede. El fundador pidió a Álvaro que llevase la documentación a Roma, y la presentase a la Santa Sede.

---

<sup>47</sup> Javier Medina, ob cit., p. 223

## Capítulo 19

### Entrevista de Álvaro con el Papa Pío XII

El 25 de mayo de 1943, Álvaro viajó a Roma en avión. La guerra mundial estaba en pleno fragor. Italia era un país beligerante, junto con Alemania, y el avión llevaba bandera italiana. En el otro bando de la lucha se encontraban Inglaterra, Francia, Rusia y otros países.

Los italianos y alemanes estaban perdiendo la guerra y la aviación contraria dominaba el aire. Por tanto, era un vuelo riesgoso.

Cerca de las costas de Cerdeña vieron en el mar una flota de buques alemanes y, sobre ellos, unos aviones ingleses, que comenzaron a lanzar bombas sobre los buques de guerra alemanes. De la flota marítima contestaban hacia los aviones con cañones antiaéreos, cuyos disparos estallaban cerca del avión en que viajaba Álvaro. Literalmente, estaban entre dos fuegos. Álvaro relata así este momento:

*“En nuestro avión viajaba una compañía de comedia italiana, que había dado representaciones en España... Toda aquella compañía empezó a gritar, “mamma mía...madre mía, ¡qué gran peligro!, ¡nos ahogaremos todos!”.*

Sigue diciendo que él no perdió la paz en ningún momento porque llevaba unos documentos importantes, que tenían que llegar a Roma. Se decía a

sí mismo: *“voy a cumplir una misión que Dios quiere y, por lo tanto, no me puede ocurrir nada”*.<sup>48</sup>

Poco después aterrizó el avión en el aeropuerto de Roma. Lo esperaban José Orlandis y Salvador Canals, dos miembros de la Obra que estaban ampliando estudios de Derecho en Roma.

Al día siguiente de llegar a Roma comenzó sus visitas y gestiones. Conversó detenidamente con monseñor Montini, Sustituto de la Secretaría de Estado y futuro Papa Paulo VI y con altas personalidades eclesiásticas. Álvaro tenía entonces 29 años.

El día 4 fue recibido por el Papa Pío XII. Llevaba el uniforme de gala de Ingenieros de Caminos, color azul marino, hombreras de gala, condecoraciones civiles del cuerpo de ingenieros y espadín a la cintura, que era un recuerdo de los orígenes militares de las ingenierías militares, que dieron lugar a las actuales ingenierías civiles. Así vestido, se acercó a la Puerta de Bronce del Vaticano y el oficial de la Guardia suiza, pensando que se trataba de un alto oficial militar, ordenó “guardia a formar”. El visitante, que tenía tan próximos los usos militares de la pasada guerra civil española, no se extrañó y pasó revista con toda normalidad.

La audiencia fue muy cordial y extensa; duró tres cuartos de hora. El Papa ya tenía noticia del Opus Dei, porque había recibido anteriormente a José María Albareda, biólogo; a José Orlandis y Salvador

---

<sup>48</sup> Javier Medina., ob. cit., p. 224.

Canals, abogados; a Francisco Botella, matemático; todos ellos miembros del Opus Dei. La conversación con estos jóvenes profesionales le había interesado mucho y había despertado en Pío XII el deseo de conocer más a fondo la Obra, también porque le habían llegado algunas informaciones distorsionadas y deseaba aclararlas.

Álvaro pudo explicarle con calma el espíritu y la naturaleza de la Obra, así como sus apostolados y actividades, que entonces suponían una novedad muy grande en la vida de la Iglesia. Le expuso la necesidad de incardinar sacerdotes que atiendan, en el terreno sacerdotal, tanto a los miembros de la Obra como los apostolados que se iban originando en diferentes ciudades. También le habló de su deseo de ser ordenado sacerdote.

El Papa quedó muy contento con la entrevista y con las noticias sobre el desarrollo del Opus Dei. Comentó con el Cardenal Tedeschini y con monseñor Montini, la buena impresión que le había dado la personalidad del ingeniero del Portillo y la alegría que le había producido conocer más a fondo el Opus Dei.<sup>49</sup>

También se entrevistó Álvaro con el Cardenal Secretario de Estado, Luigi Maglione. El mismo Álvaro relata algunos detalles de la conversación:

*“Yo solía emplear, en la explicación que dí al Cardenal Maglione sobre la Obra, palabras y frases textuales de nuestras Constituciones. Esto lo hacía*

---

<sup>49</sup> Javier Medina, ob cit., 224-226

*para ser más conciso y por respeto a nuestro Padre. Y una vez me interrumpió el Señor Cardenal para decirme:*

*-“Eso es de sus Constituciones”.*

*Después, me hizo en varias ocasiones la misma observación. Y entonces exclamé:*

*-“¡Eminencia, sabe nuestras Constituciones mejor que yo!”.*

*Y el Cardenal Secretario respondió:*

*-“Como decían que Ustedes querían destruir la Iglesia, las hemos estudiado cuidadosamente el Santo Padre y yo.”*

Es cierto que el mensaje que traía al mundo el Opus Dei suponía romper esquemas de siglos. De ahí el interés con que las altas personalidades del Vaticano recibían esa gran novedad.

Veinte años después, en 1965, el Concilio Vaticano II estaba incorporando estas novedades en los documentos del Concilio y las estaba haciendo Magisterio oficial de la Iglesia.

José Orlandis y Salvador Canals seguían de cerca y se entusiasmaban con los trascendentales pasos de Álvaro por el Vaticano. El historiador Orlandis, con su fina capacidad de observación, se fijaba muy bien en las reacciones que se producían en los altos cargos de la Santa Sede. Las expresó así:

“Aquellos hombres de la Curia Romana, curtidos por una larga vida de servicio eclesial, escuchaban a Álvaro del Portillo con respeto y profundo interés, precisamente porque su larga experiencia les permitía captar en toda su hondura,



tanto la dimensión humana y sobrenatural de su interlocutor, como la trascendencia que la “novedad” que les exponía habría de tener para el futuro de la iglesia y del mundo”.<sup>50</sup>

Álvaro estuvo en Roma casi un mes. Cuando más necesitaría, humanamente hablando, la salud corporal, es cuando más se resintió: mareos ocasionados por sus habituales dolencias, llagas en los pies que le dificultaban caminar, dolores neurálgicos, y a todo ello se sumó una fuerte gripe. Lo llevó con una gran paz, lo ofreció a Dios y procuró que se notase lo menos posible.

Quedó claro que los cimientos del Opus Dei se iban forjando con el signo de la cruz y del sacrificio.

El 21 de junio regresó a España, dando gracias a Dios por la acogida tan cordial recibida en la Santa Sede. Quedaba el camino abierto para solicitar el *nihil obstat* para la aprobación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El obispo de Madrid tramitó enseguida la petición al Vaticano y la aprobación pontificia se produjo con fecha 11 de octubre, fiesta de la Maternidad de la Virgen.

El obispo de Madrid eligió otra fiesta de la Virgen, la Inmaculada Concepción, ocho de diciembre, para instituir la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

---

<sup>50</sup> José Orlandis, *Memorias de Roma en guerra*, p. 67.

## Capítulo 20

### Don Álvaro, sacerdote

Durante estos años de preparación, los tres ingenieros que se iban a ordenar como sacerdotes, Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz, tuvieron muchas conversaciones con el fundador sobre lo que es ser sacerdote:

*“El sacerdocio –les dijo- no es una carrera, sino un servicio, un apostolado.*

*Es una entrega generosa, plena, sin cálculos ni limitaciones, para ser sembradores de paz y de alegría en el mundo, y para abrir las puertas del cielo a quienes se beneficien de ese servicio y ministerio”.*<sup>51</sup>.

Semanas antes de la ordenación, tuvieron un retiro espiritual. Todas las meditaciones las predicó el Padre.

Les quedó claro que la razón de ser de su sacerdocio no era solo un servicio a la Obra, sino a la Iglesia y a Cristo.

Álvaro reflexionará muchas veces las palabras del fundador:

*“¿Cuál es la identidad del sacerdote? ¡la de Cristo!”.*

Entendió y predicó que el sacerdocio es una participación en el sacerdocio de Cristo. El sacerdote

---

<sup>51</sup> Javier medina, ob cit., p. 242

es Cristo: le “presta” su persona y actúa en el nombre y en la propia Persona de Cristo.

Más tarde, en los años del Concilio, y después, don Álvaro disertará, hablará y escribirá largamente sobre el sacerdocio.

Durante el Concilio, trabajó mucho en los estudios preparatorios del Decreto “Sobre el Orden de los Presbíteros”, de cuya Comisión fue Secretario.

No veía en el sacerdocio un “derecho” adquirido, puesto que nadie lo recibe para su propia honra, sino tan solo quien es llamado por Dios. Veía en el sacerdocio una vocación divina para servir a todos, que eso significa ser “ministro de Dios”. A don Álvaro, el sacerdocio le llenó el alma y la vida entera.<sup>52</sup>

Conforme se iba acercando la fecha de ordenación, se producía en san Josemaría, un choque de sentimientos encontrados. Por una parte, la necesidad de sacerdotes para atender los crecientes apostolados de la Obra, era evidente. La Obra los necesitaba y, como muchas veces comentó, “*los absorbería como la tierra reseca absorbe el agua.*” Por otra parte, el Opus Dei es eminentemente laical; la ordenación de hijos suyos le costaba, porque tenía la sensación de perder hombres hechos, ejemplo y testimonio de la santificación en medio del mundo. Y más aún en aquellos primeros años, en que los recursos económicos con que contaba la Obra eran

---

<sup>52</sup> cfr. Hugo de Azevedo, ob cit., pp. 98-100

muy escasos y ellos aportaban una parte significativa de esos ingresos.

Poco antes de la ordenación hubo un interesante diálogo de Álvaro con el Obispo de Madrid, que lo miraba con especial afecto:

“-Álvaro, ¿te das cuenta de que vas a perder tu personalidad? Ahora eres un ingeniero prestigioso y después vas a ser un cura más.

*-Señor obispo, la personalidad hace muchos años que se la he regalado a Jesucristo.”*

Esas palabras, dichas en un momento tan especial, expresan una realidad que marca la vida de Álvaro del Portillo: el olvido de sí mismo, la entrega de algo que “duele en el alma”, el decirle a Dios siempre que *sí*.

La ordenación sacerdotal tuvo lugar en la capilla del Palacio Episcopal, el 25 de junio de 1944. Ofició el obispo de Madrid, monseñor Leopoldo Eijo y Garay. El Padre ofreció el sacrificio de no asistir, de acuerdo a la norma de conducta que siguió toda su vida de *“ocultarse y desaparecer, que solo Jesús se luzca”*. A la misma hora, celebró la Santa Misa, ayudado por José María Albareda, pidiendo por los tres nuevos sacerdotes.

Doña Clementina y los hermanos de Álvaro participaron con gran alegría de la ceremonia de ordenación. Carlos del Portillo dejó constancia de que su madre estaba “radiante, exultante, felicísima.” La alegría familiar se prolongó al día 28 en que Álvaro celebró su primera Misa solemne en el colegio del

Pilar. Asistieron muchos amigos suyos y compañeros de la Escuela de Ingenieros.<sup>53</sup>

Cuidaba mucho la Santa Misa, como había aprendido del Padre. Para él, sin duda, era lo más importante del día.

Alguna vez celebró en el oratorio privado de sus tías Pilar y Carmen. Invitaron a la portera de la casa, Elvira. A la señora le impactó cómo decía la Santa Misa. En su vocabulario particular lo expresó así:

-“¡Es que el señorito Álvaro, dice la Misa tan perfeccionada!”.

Su hermano Carlos cuenta que esta expresión le hizo gracia y se rió, pero que luego pensó muchas veces en esa frase, diciéndose a sí mismo:

-“Pues es verdad, Álvaro celebra siempre con una especial piedad, sin cosas raras, pero con mucho recogimiento.”

Y así lo hizo toda su vida. Exactamente treinta años después, llegó a Lima, en julio de 1974, acompañando a san Josemaría, en su segundo viaje por América: Brasil, Argentina, Chile, Perú y Ecuador.

En Lima, el padre Luis Tegerizo, quien conoce bien a don Álvaro desde muchos años atrás, narra algunos hechos, que no tienen nada de extraordinarios, pero que manifiestan la finura con que vivía la Santa Misa y su cariño a la Eucaristía.

“Uno de aquellos días -cuenta el padre Tegerizo- lo ayudé en la Santa Misa. Estaba con una

---

<sup>53</sup> Javier Medina, ob cit., p.247

fuerte gripe. Me impresionó mucho ver la piedad y el fervor con que celebró. Durante la Misa, le dio una fuerte “tiritera” (tembladera), ocasionada por la subida de la fiebre. La superó como pudo, sin darle importancia. Estábamos los dos solos.

Terminó la Misa, hizo la acción de gracias con todo recogimiento y luego me explicó que no me preocupara, que estaba bien. Insistía en que no me preocupase.

El médico le mandó guardar cama y al día siguiente no pudo celebrar Misa. Recuerdo -continúa el padre Tegerizo- que ayudé a don Javier Echevarría a llevarle la Sagrada Comunión. Cuando entramos en su habitación, estaba ya sentado en la cama, esperando al Señor con verdadero fervor. Me llamó la atención el recogimiento con que vivió la ceremonia”.<sup>54</sup>

Estos sucesos engranan con otro, ocurrido once años después, y que relata Salvador Bernal:

“La habitual sobriedad de su lenguaje, alcanzaba gran expresividad poética cuando hablaba de la Eucaristía. Un día, en octubre de 1985, le preguntaron sobre la Misa y la Comunión. Respondió ampliamente, hablando de las puestas de sol en Castilla:

*“Como aquello es una inmensa llanura, se ve el sol ponerse a lo lejos. Cuando ya parece tocar la tierra, es como un incendio, todo el cielo se tiñe de rojo, y el sol de mil colores.*

---

<sup>54</sup> Luis Tegerizo. Recuerdos personales.

*Cuando recibimos al Señor en la Eucaristía, que es mucho más que el sol, es el Sol de los soles, toca nuestro cuerpo y nuestra alma... ¡qué maravilla ha de suceder en nosotros! ¡Cómo se encenderá nuestra alma al contacto con Cristo! ¡Cómo la transformará la gracia!'.<sup>55</sup>*

La “Misa tan perfeccionada”, que le gustó tanto a Elvira, cuando estaba recién ordenado sacerdote, se proyectó a lo largo de toda su vida; Dios quiso premiarlo con una caricia singular: la última vez que celebró el Santo Sacrificio fue en la iglesia del Cenáculo, donde Jesús instituyó el sacramento de la Eucaristía y el del sacerdocio.

San Josemaría quiso que don Álvaro fuese su confesor. Al día siguiente de su ordenación, fue a buscar al nuevo sacerdote y le preguntó:

*-¿Ya has recibido alguna confesión sacramental?*

*-No, Padre*

*-Pues la primera confesión será la mía: quiero hacer confesión general contigo.*

A partir de ese momento, fue su confesor toda su vida.<sup>56</sup>

Las labores apostólicas del Opus Dei ofrecieron enseguida un intenso trabajo para los nuevos sacerdotes. En los primeros meses, don Álvaro predicaría unos diez cursos de retiro espiritual, a hombres y mujeres de toda edad, en Madrid,

---

<sup>55</sup> Salvador Bernal, “Álvaro del Portillo. Una semblanza personal”, EUNSA, p. 123.

<sup>56</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 252

Salamanca, Vigo, Valladolid y Bilbao. Además, continuó como Secretario General del Opus Dei, ayudando muy de cerca al Padre en el gobierno de la Obra.



## **Capítulo 21**

### **Don Álvaro vuelve a Roma**

Había fieles del Opus Dei en Inglaterra, Irlanda Francia, Italia y Portugal. La expansión de la Obra en el mundo hacía necesaria una aprobación de la Santa Sede, de ámbito universal.

El fundador, ayudado por don Álvaro, preparó los documentos necesarios y le encargó que volviese a Roma a presentarlos ante la Santa Sede. Muchos obispos españoles dieron cartas comendaticias, avalando la petición de aprobación Pontificia de la Obra.

El 25 de febrero de 1946, recién terminada la guerra mundial, don Álvaro, acompañado por José Orlandis, salió de Barcelona en el “J.J.Sister”, rumbo a Génova. Las gestiones que tenía por delante eran de muy alto vuelo. Don Álvaro entonces solo tenía 31 años.

El viaje hasta Génova fue sin problemas, pero la aventura se presentaba de Génova a Roma porque la carretera estaba destrozada y las autoridades italianas todavía no podían garantizar la seguridad pública, hasta el punto de que en ciertos lugares solitarios se escondían bandidos para asaltar los vehículos.

El riesgo era tal que se re recomendaba circular solo dentro de caravanas, protegidas por vehículos militares armados.

En Génova, se planteó una fuerte disyuntiva. Por una parte, era urgente llegar a Roma porque terminaba un Consistorio de Cardenales de todo el mundo y varios de ellos podían entregar Cartas Comendaticias, manifestando así el carácter universal de la Obra. Esperar la próxima caravana suponía retrasar mucho el viaje. Por otra parte, el riesgo de sufrir asaltos era fuerte y, además, el viaje iba a ser de noche. Don Álvaro valoró las alternativas, lo pensó bien y decidió lanzarse, poniéndose en manos de Dios.

Como toda defensa, el chofer que los acompañaba llevaba un revolver.

Avanzaron un tramo y cenaron en La Spezia. Allí les reiteraron que era muy peligroso atravesar de noche esos lugares, especialmente la zona que venía por delante. Con todo, decidieron reanudar el viaje.

No hubo mayores dificultades, salvo bajadas de llanta o averías sencillas. Sin embargo, en determinado momento, un reventón de neumático impidió seguir, porque no había repuesto. Era ya entrada la noche y tuvieron que esperar a que se hiciese de día.

Cuando amaneció, se enteraron de que un kilómetro más adelante una banda de forajidos había asaltado un camión, se lo llevaron y dejaron a los pasajeros atados a los árboles. Dieron gracias a Dios, porque la siguiente presa hubiesen sido ellos.

Llegaron a Roma al anochecer.

A la mañana siguiente, don Álvaro comenzó a desplegar una intensa actividad, para obtener el mayor número de Cartas Comendaticias, procurando que fuesen de diversos países.

Para esto, hacía falta habilidad, simpatía personal, una gran dosis de persuasión y, por supuesto, mucha oración.

Uno de los obstáculos que encontraría sería la diferencia de idiomas, pero ya vería cómo resolverlo.

Tenía previsto ver a algunos cardenales españoles, que ya conocía, y al Cardenal de Berlín, al de Colonia, al de Nueva York, al de Westminster, al de Lisboa... ¡Una agenda intensa y un reto apasionante! Con algún Cardenal no encontró más idioma común que el latín, y en esa lengua consiguió explicarle el Opus Dei.

El plazo de tiempo era cortísimo, porque se había terminado el Consistorio y estaban saliendo de Roma hacia sus diversos países. Eran sus últimas horas en Roma.

Después de esas horas intensas, vividas a mil por hora, el resultado fue muy positivo: consiguió un buen número de Cartas, de países pertenecientes a tres continentes. Eran un signo muy expresivo de la universalidad del Opus Dei, que producirían impacto en la Santa Sede.

Los días siguientes pudieron ser más tranquilos, sin dejar de ser intensos. Ya sin apremios de tiempo, hizo contactos y amistad con importantes Prelados de la Santa Sede. Monseñor Montini lo recibió con mucho afecto. Se habían conocido en el

viaje anterior, tres años atrás. Ahí comenzó una amistad y afecto mutuo, que se prolongaría y fortalecería cuando ya fuera Papa Paulo VI.

También sintonizó con monseñor Tardini, ambos eran sustitutos de la Secretaría de Estado, cargos de gran importancia en la Santa Sede.

La audiencia más importante, decisiva, era la que iba a tener con el Papa Pío XII. Rezó mucho y pidió a otros que rezasen. Fue el tres de abril. Enseguida, escribió una carta a san Josemaría contándole algunos detalles, que mostraban el grande afecto del Papa hacia el Opus Dei:

*“A las 12.20 empezó la audiencia. Estuvo formidablemente cariñoso. Tenía preparadas unas palabras en italiano para decirle que, si le era, igual, le hablaría en español. Pero en cuanto le vi, se me fue el santo al cielo y se lo dije en castellano. Me respondió el Santo Padre, con acento muy americano (sudamericano):*

*-¡Sí, cómo no!*

*Le dije que había tenido la alegría de visitarle, en nombre de la Obra, hace tres años. Respondió que sí, que se acordaba perfectamente. Dije que ahora había venido a Roma, enviado por Usted, con los documentos para solicitar el Decretum Laudis (una fórmula de aprobación): entre ellos, unas cuarenta Cartas Comendaticias. Preguntó si para la Sagrada Congregación de Religiosos.*

*Después le fui hablando de la situación de la Obra (...). Alguna vez me interrumpía para decir:*

*-¡Qué belleza! ¡Qué alegría! Y cosas así.*

*Le recordé que la vez anterior me salté las rúbricas y que le había pedido no sólo la Bendición para el Padre, y para toda la Obra, sino que le había rogado que se acordase en sus oraciones de nuestro Padre. Él sonrió y dijo:*

*-¿Qué quiere Usted, que siga pidiendo?*

*Respondí que desde luego y me contestó que “no lo olvidaba y que pedirá todos los días, como lo viene haciendo: y que, además, lo hace con mucha alegría”.*

*Tuvo gracia que una de las veces que me interrumpió, fue para decir:*

*-Ahora le recuerdo perfectamente, como si lo estuviese viendo de uniforme;*

*-Con condecoraciones, y todo.*

*-Sí, sí, me acuerdo muy bien. (...)*

*Naturalmente, al hablar del Padre y de Camino le dije cómo Usted nos había enseñado a ser buenos hijos del Santo Padre. Le llevé dos crucifijos buenos y le dije que el uno era para Usted y el otro, en principio, para mí, para que los bendijera, como hizo.*

*Total, que volvimos muy contentos a casa Pepe (Orlandis) y yo (Pepe había quedado en San Pedro, encomendando el asunto)<sup>57</sup>.*

Se puede suponer la alegría que esa carta dio al fundador que, desde Madrid, rezaba intensamente por esas gestiones y movía la oración de muchos.

Después de la entrevista con el Papa y del éxito de las Cartas Comendaticias, parecía que se abría un

---

<sup>57</sup> Javier Medina, ob cit., pp.274-275

camino llano y sencillo. Sin embargo, iba a ser una carrera de obstáculos.

## Capítulo 22

### Llamada al fundador

En los centros de la Obra acostumbra a llevarse un diario, que es un relato sencillo y sintético de lo que sucede cada día. Queda reflejada la sencillez y naturalidad de los quehaceres ordinarios de cada jornada, vividos con sentido sobrenatural. Quienes viven en ese centro, en frase de san Josemaría, intentan *convertir la prosa diaria en verso heroico*.

Don Álvaro era consciente de la trascendencia de esos días que estaba viviendo en Roma. Por esta razón, decidió llevar el diario personalmente:

*“Empezaré el diario con las palabras que suele emplear el Padre: “Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada, la justísima y amabilísima Voluntad de Dios sobre todas las cosas. Amén. Amén.”*

*Si siempre hemos de vivir impregnados de este pensamiento, en estos días aquí, en Roma, hemos de paladear de modo especial esas palabras con las que el Padre encabeza los diarios.*

*Dios quiera que pronto podamos escribir en estas páginas cosas muy grandes, aunque grandes han de ser, ante Dios, si nosotros queremos, hasta las más insignificantes minucias que consignemos de nuestra vida de familia”.*<sup>58</sup>

Una anécdota ilustra bien cómo iba llegando a una amistad cordial con algunos de los altos

---

<sup>58</sup> Javier Medina, ob cit., p. 278.

dignatarios del Vaticano, por ejemplo, con monseñor Tardini,

Él fundó en Roma un hogar para niños huérfanos, que se llamaba “Villa Nazareth”. Con frecuencia invitaba a don Álvaro para que fuera a celebrar la Santa Misa allí. Una de las veces, también había acudido un embajador a visitar el Hogar; a monseñor Tardini se le ocurrió encargarse a uno de los niños que enseñase la casa al embajador, mientras él, con su hermano y con don Álvaro, se quedaron jugando fútbol un rato con los muchachos. Ya era la segunda vez que ocurría esto, porque lo había invitado a jugar fútbol la semana anterior. Se ve que le gustó la experiencia.

La presencia de don Álvaro en Roma sirvió para dar un fuerte impulso a la labor apostólica. Salvador Canals y Pepe Orlandis habían hecho amistad con bastantes compañeros de su universidad. Uno de ellos era un croata, Vladimiro Vines, que no podía regresar a su país porque Croacia había sido integrada de modo violento en la Yugoslavia comunista. Vlado y ellos dos se hicieron muy amigos. Un día Salvador le contó la experiencia personal que él vivía en el Opus Dei. A Vladimiro le impactó fuertemente. Se fue interesando cada vez más por conocer a fondo la Obra. Conversó también varias veces con don Álvaro, que le dio gran seguridad y confianza. Meses después, pidió la admisión en el Opus Dei.

En una carta al fundador, escrita algún tiempo después, Vladimiro le dice:



“Don Álvaro representa para mí una ayuda preciosa: me resuelve todas las dificultades y, si en alguna ocasión no acierto a explicarle todo aquello que me sucede, él lo adivina y me comprende.”<sup>59</sup>

¿Cómo iba en la Santa Sede la aprobación pontificia del Opus Dei? Muy lentamente. La Obra era muy querida por los eclesiásticos del Vaticano y por el Papa. Además, la veían como una gran esperanza para la Iglesia y para el mundo, que abría unos horizontes de renovación inmensos. El problema era que su misma novedad no encajaba en los estrechos moldes del Código de Derecho Canónico vigente entonces, pensado para estructuras eclesíásticas totalmente distintas, en las que los laicos no encontraban el espacio para unos afanes de santidad en medio del mundo. Por tanto, no había una figura jurídica adecuada para la naturaleza y espíritu del Opus Dei.

No es extraño que alguno de los eclesiásticos del Vaticano comentase:

-“¡Han llegado ustedes con cien años de anticipación!”.

Las conversaciones de don Álvaro con personalidades y expertos del Vaticano eran continuas. Muchos de ellos lo entendían muy bien, otros no tanto, porque el mensaje que el Opus Dei traía al mundo rompía esquemas, en los que ellos habían pensado y vivido toda su vida. Entonces se

---

<sup>59</sup> Javier Medina, ob cit., p. 281

esforzaban en encajar el Opus Dei dentro de estos esquemas, lo cual no era posible.

Don Álvaro, después de largas conversaciones con los eclesiásticos más directamente responsables, llegó a la conclusión de que era absolutamente necesaria la presencia del Padre en Roma. Así se lo hizo saber en una carta, en la que dejaba constancia de haberla escrito *“después de pensarlo mucho”*.

Sabía muy bien cuál era el estado de salud del fundador, enfermo con una diabetes de muy grave riesgo, enfermedad que en aquella época era de control mucho más difícil que en la actualidad. Pero sabía también que el Padre está dispuesto a arriesgar su vida por el Opus Dei, como había hecho ya otras veces.

Dos días después de escribir la carta anterior, vuelve a escribir otra:

*“Sigo pensando lo mismo que anteayer. Es evidente que yo estoy desgastado.”*

Don Álvaro tenía el convencimiento de que si las personas de la Santa Sede pudieran oír directamente al fundador, su comprensión de la Obra sería mucho mayor.<sup>60</sup>

En Madrid, los médicos afirmaban que no respondían de la vida del Padre. Estaba muy débil y el viaje suponía una travesía en barco y luego unas horas en automóvil por unas carreteras en mal estado. Dudaban de que su organismo pudiera resistirlo.

---

<sup>60</sup> cfr. Javier Medina, ob cit., pp. 285-286

El fundador pidió opinión al Consejo General de la Obra.

Se reunieron, conscientes tanto de la gravedad del Padre, como de la importancia de su presencia en Roma y se mostraron de acuerdo con la necesidad del viaje. San Josemaría les agradeció que estuviesen de acuerdo, pero añadió que hubiese ido a Roma en todo caso.

Enseguida se hicieron las gestiones para que saliese en el primer barco hacia Italia.

\*\*\*\*\*

Ese viaje a Roma marca un antes y un después en la vida de san Josemaría y de don Álvaro. Efectivamente, la presencia en Roma del fundador será determinante para conseguir la aprobación pontificia del Opus Dei.

Durante varios decenios, tanto san Josemaría como don Álvaro, se harán muy romanos y trabajarán juntos en el gobierno y la expansión del Opus Dei, y en su configuración jurídica definitiva: la erección como Prelatura Personal.

Don Álvaro, con autorización del Padre, y aún con su impulso, irá asumiendo trabajos y responsabilidades importantes en la Santa Sede, especialmente en los años del Concilio Vaticano II, en el que desempeñará un papel importante, lo cual supondrá una carga adicional de trabajo que afrontará con gran generosidad.

**PARTE II**

**EN ROMA, CON SAN JOSEMARÍA**

## Capítulo 23

### Llega a Roma san Josemaría

Es el 22 de junio de 1946. Son las once de la noche.

Momento histórico para la Obra y, quizá se podría decir, también para la Iglesia y para el mundo, porque van a suceder cosas importantes que solo se entienden con perspectiva de siglos.

-*“Aquí me tienes, ladrón, ¡ya te has salido con la tuya!”*, dice san Josemaría a don Álvaro, nada más bajar del barco. Utilizaba en forma cariñosa la expresión “ladrón”, dirigiéndose a sus hijos, porque decía que le “robaban” el corazón.

La travesía hasta Génova había sido agotadora, muy tormentosa y difícil. Se marearon los pasajeros y hasta el capitán sintió algo los efectos de las alborotadas olas. El Mediterráneo, habitualmente tranquilo, cuando se encrespa lo hace con furia. En este caso, la furia tuvo algo de diabólica.

Fueron al Hotel Columbia el fundador y José Orlandis, que lo acompañó en el viaje, junto con los dos que fueron a recibirlo, don Álvaro y Salvador Canals. Intentaron cenar algo pero el comedor estaba ya cerrado. Don Álvaro sacó de su bolsillo un pequeño trozo de queso que le habían dado en el postre del almuerzo:

*“Me ofrecieron un queso que no había tomado nunca, que se llamaba parmigiano, muy bueno. Me gustó tanto que tomé un poquito y pensé: éste, para nuestro Padre. Cuando llegamos al hotel, se lo di”.<sup>61</sup>*

El sentido del humor de Padre sacaba partido al incidente y recordando el momento decía riéndose:

*-“¡Un trozo de queso mordido!*

*-“No, Padre, mordido no estaba”, protestaba don Álvaro.*

Eso fue todo lo que comió hasta la mañana siguiente. Durante el día, casi no había comido nada por la tempestad en el Mediterráneo. <sup>62</sup>

El día siguiente, celebró su primera Santa Misa italiana, en una iglesia próxima al hotel, la parroquial de san Sixto. Celebró en el altar mayor y don Álvaro celebró en uno lateral, el del Sagrado Corazón.

Poco después salieron camino de Roma, en un automóvil alquilado, de esos que tenían unos pequeños asientos plegables detrás del conductor. Esto les permitía sentarse los cuatro, mirándose dos a dos, con lo cual el viaje fue una larga tertulia. El Padre fue desarrollando el magnífico panorama apostólico que se les abría por delante. <sup>63</sup>

El viaje no tuvo inconvenientes. El día amaneció lluvioso y la lluvia fue su constante

---

<sup>61</sup> Javier Medina, ob. cit., p.287-288

<sup>62</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 120.

<sup>63</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 121

compañera de camino. Pasadas las nueve de la noche llegaron a Roma.

En esa época del año anochece muy tarde, por lo que todavía era visible la ciudad de Roma, sobre la que destaca la cúpula de san Pedro. El fundador, al acercarse a Roma, iba emocionado, atento al momento en que apareciese en el horizonte la cúpula de la Basílica de san Pedro. Don Álvaro lo recuerda así:

*“¡Con qué emoción rezó un Credo por el Santo Padre nada más divisar la cúpula de la Basílica de San Pedro desde un recodo de la carretera! Se cumplía un ardiente afán de su alma, pues nuestro Padre siempre había deseado viajar a Roma videre Petrum, para ver a Pedro”.<sup>64</sup>*

Llegaron al departamento recién alquilado en Plaza de Città Leonina. Estaba muy próxima al Vaticano. Desde la terraza, se veían cerca las habitaciones donde vive el Santo Padre. Al verlas, se conmovió. Permaneció en la terraza toda la noche, su primera noche romana, haciendo oración por el Papa. Para valorarlo en su justa medida, hay que considerar el gran cansancio que llevaba acumulado, tanto por el tormentoso viaje en el barco, cuanto por su muy delicado estado de salud.

Al día siguiente, se le preparó al Padre la Santa Misa en el hall, porque todavía no estaba instalado el oratorio. Ese día no salió de la casa. Se impuso el

---

<sup>64</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 288

sacrificio de esperar unos días a salir a la calle y visitar san Pedro.

El departamento era muy pequeño, que consistía en un hall, un reducido living-comedor, una terraza cubierta, una habitación principal que se destinó a oratorio y otra habitación que prepararon para el Padre. Esa era la única habitación que tenía cama durante el día. Las otras camas se improvisaban, durante la noche, en el pasillo y en el hall.

Enseguida, san Josemaría comenzó el trabajo y las entrevistas con personalidades de la Santa Sede, continuando lo mucho avanzado por don Álvaro.

Nada más llegar, el 29 de junio, se llevó una gran alegría, fruto de una iniciativa de don Álvaro: se presentó en el departamento el director de Radio Vaticano, trayendo un elegante sobre que contenía una fotografía del Papa Pío XII, con una bendición para él, como fundador del Opus Dei, escrita de puño y letra del propio Pontífice. Esto era algo muy poco usual en la Santa Sede, y constituía una clara señal de afecto y deferencia hacia el Padre y la Obra.<sup>65</sup>

El texto autógrafo del Papa dice así:

“A nuestro amado hijo José María Escrivá de Balaguer, fundador de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei, con una bendición especial. Pius Papa XII. Roma, 28 de junio de 1946.”

Completa el texto el sello papal.

---

<sup>65</sup> cfr. Hugo de evedo, ob. cit., p. 121.



La esperada audiencia con el Papa Pío XII se produjo el 16 de julio. La había preparado rezando mucho y haciendo rezar mucho. Su emoción fue muy intensa: la misma que sentiría, en años sucesivos, cada vez que tenía audiencia con el Santo Padre. Le gustaba considerar que es el Vicario de Cristo.

Radio Vaticano se hizo eco de la audiencia y añadió una breve reseña de la Obra, que contenía un elogioso párrafo sobre el desarrollo de su labor apostólica.<sup>66</sup>

---

<sup>66</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 291.

## Capítulo 24

### La aprobación Pontificia

En la Santa Sede, durante el mes de agosto, centro del verano europeo, el trabajo ordinario se suspende; por tanto, quedaba poco tiempo.

San Josemaría y don Álvaro, junto con altos prelados de la Santa Sede, dedicaron muchas horas a la redacción del proyecto de una Constitución Apostólica, que permitiría la aprobación Pontificia del Opus Dei

El trabajo, aunque avanzaba, iba muy lento. Mientras tanto, el período veraniego, en el que las labores se interrumpían, se acercaba; el documento no podría salir sino después del verano.

El Papa Pío XII tuvo una deferencia con la Obra y dio, con fecha 28 de julio, un Breve Apostólico en el que se concedían una serie de indulgencias a los fieles del Opus Dei y se alababan los frutos apostólicos alcanzados desde su fundación, en 1928.

Era un documento muy estimable, porque se trataba de un expreso asentimiento pontificio a la labor realizada por la Obra.<sup>67</sup>

El fundador y don Álvaro regresaron por una breve temporada a España. A mediados de octubre, don Álvaro estaba de regreso en Roma y el fundador llegó poco después. Se reinició el fuerte ritmo de

---

<sup>67</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 292.

trabajo en la Santa Sede, preparando el texto de la Constitución Apostólica.

El ocho de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, el fundador tuvo la alegría de ser recibido nuevamente por Pío XII. Don Álvaro entró también a saludar al Papa, quien promulgó, pocas semanas después, el 2 de febrero de 1947, la Constitución Apostólica “Provida Mater Ecclesia”, que creaba la nueva figura jurídica de los “Institutos Seculares”, en la que cabían las nuevas formas de apostolado y vida cristiana, entre las que se incluía el Opus Dei.

Ese mismo mes, el 24 de febrero, el Papa Pío XII erigió el Opus Dei como Instituto Secular de Derecho Pontificio. Se había logrado la aprobación pontificia y la Obra podría extender su labor apostólica a todo el mundo. El fundador recitó un Te Deum de acción de gracias.

Quedaba por delante toda una “batalla jurídica”, que culminaría en 1982, con la erección del Opus Dei en Prelatura Personal. El reto consistía, como decía frecuentemente el fundador, en abrir camino a “*toda una teología nueva*”, la teología del laicado, la de la santificación del trabajo –toda la variadísima gama de los trabajos humanos, cualquiera que sean-, la de la santificación de la familia, de la vida social, de la diversión, de la economía, de la política., etc..

Cinco Papas, durante el itinerario jurídico de la Prelatura Personal, entendieron e impulsaron la Obra: Pío XII, quien fue el primer sorprendido y

esperanzado por este mensaje, Juan XXIII, Paulo VI, Juan Pablo I, que en sus pocos días de Pontificado puso sobre su mesa el asunto de la erección del Opus Dei como Prelatura Personal, y Juan Pablo II, que en su cama de hospital, gravemente herido, llamó al Cardenal Baggio para comunicarle su deseo de continuar el estudio de la transformación del Opus Dei en Prelatura Personal.

En los meses transcurridos en Roma, don Álvaro intensificó sus amistades y conocimientos con muchas personas en la Santa Sede. Por su simpatía natural y por el nivel de su trabajo, se hizo un hombre muy querido y muy prestigiado en el Vaticano. Como es natural, el Padre estaba feliz de que fuese así, y expresó su alegría en carta al obispo de Madrid:

*“Álvaro hecho un héroe por esta Curia Romana: todo el mundo lo conoce y lo quiere”.<sup>68</sup>*

Una anécdota es también muy expresiva de lo mismo. Su madre, doña Clementina, y varios de sus hermanos viajaron a Roma, y don Álvaro les consiguió una audiencia con el Papa Pío XII. Su hermano Carlos se sorprendió por cómo saludó el Papa a don Álvaro:

-“¡Hola, ingeniero!”.

A Carlos le impresionó la confianza y el afecto con que el Papa recibió a su hermano. Luego, Pío XII les dijo que a ellos “les debía suceder como las

---

<sup>68</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 298

cerezas, porque Álvaro iría tirando de uno tras otro para el cielo.”<sup>69</sup>

---

<sup>69</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 302

## Capítulo 25

### Villa Tevere

-“Conviene que tengan una casa amplia, aquí en Roma”. Dijo monseñor Montini a don Álvaro, nada más llegar.

No fue fácil la búsqueda de la casa. Los que vivían en el departamento de Cittá Leonina dieron muchas vueltas por Roma buscándola.

Un día don Álvaro conoció al conde Gori Mazzoleni, propietario de una Villa en la calle Bruno Buozzi. Por la descripción, podía ser la casa que buscaban. Fue a verla con el Padre, el 8 de febrero de 1947 y volvieron al día siguiente. Efectivamente, ésa era la casa. Además, había terreno suficiente para construir nuevos edificios.

Se iniciaron los tratos. Se prolongaron porque no había dinero para comprar la casa. Don Álvaro contaba años después:

*“Logramos reducir mucho la cantidad que había fijado, hasta tal punto que parecía un regalo: dos o tres años más tarde hubiera valido treinta o cuarenta veces más.”<sup>70</sup>*

El problema era que no había absolutamente nada de dinero para pagar al propietario.

Entonces, se intentó una gestión difícil: convencer al dueño de que les vendiese la casa sin cobrar nada, solo recibiendo como fianza unas

---

<sup>70</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 307

monedas de oro, que se guardaban para confeccionar dos vasos sagrados y que san Josemaría no quería perder. Seguidamente se hipotecaría la casa y se pagaría la primera parte del precio con el importe de la hipoteca. El resto se pagaría en un plazo pactado. El dueño se comprometía a devolver las monedas de oro cuando recibiese el precio.

La propuesta fue aceptada.

Así recordaba don Álvaro, treinta años después, aquella operación:

*“Se adquirió la casa comprometiéndonos a pagarla en dos meses. El dueño solo señaló una condición:*

*-Tienen que pagarme en francos suizos.*

*Se lo comenté al Padre y, con buen humor, me respondió:*

*-No importa nada, porque nosotros no tenemos ni liras ni francos, y al Señor le es igual una moneda que otra.”<sup>71</sup>*

El propietario otorgó el título de propiedad; seguidamente se hipotecó la casa y el dinero recibido se cambió en francos suizos, que se entregaron al señor Mazzoleni.

El reto más fuerte venía después de pagar la casa: realizar el amplio proyecto de construcciones, que actualmente es “Villa Tevere”.

Las obras comenzaron en 1949, cuando los inquilinos desalojaron la casa, y duraron diez años.

---

<sup>71</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 307

Por entonces, don Álvaro tomó una iniciativa, consciente de que iba a ir “en contra” del gusto del fundador, que nunca deseó nada para sí mismo, ni mucho menos aquello que pudiese significar honores y distinciones; acostumbraba a decir, “*lo mío es ocultarme y desaparecer, que solo Jesús se luzca*”. Pero don Álvaro pensó que era conveniente pedir el nombramiento de “Prelado Doméstico de Su Santidad” para el fundador. Tenía razones importantes para dar ese paso. Comentó la idea con monseñor Montini y le pareció tan bien que la hizo suya y él mismo hizo la gestión del nombramiento.

Cuando llegó, el fundador reaccionó como se esperaba: ¡no le interesaba esa distinción!

Don Álvaro ya tenía preparada toda su argumentación. Le dijo que ese título no se confiere nunca a religiosos, sino solo a sacerdotes seculares, y que resaltaba claramente la nota de secularidad del Opus Dei. Enfatizar este punto era especialmente importante en esos momentos, ya que algunos eclesiásticos, religiosos en su mayoría, no entendían que los miembros del Opus Dei eran ciudadanos corrientes, seculares que desempeñaban una profesión civil y de ella vivían; por el contrario, los veían como una nueva forma de religiosos en medio del mundo. El fundador aceptó enseguida que don Álvaro tenía razón.<sup>72</sup>

Años después, tuvo también que ir en contra de los deseos del fundador. Con motivo de sus bodas de

---

<sup>72</sup> Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 128-129



plata sacerdotales, que se cumplían el 28 de marzo de 1950, el Padre escribió diciendo que no quería ningún festejo especial, solo pidió *“oraciones y limosnas”*.

En esas fechas las dificultades económicas eran muy fuertes, por la construcción de los edificios de *“Villa Tevere”*. Eso explicaba por qué en la carta sobre sus veinticinco años de sacerdote solicitaba oraciones y, además, limosnas:

*“Si además, de vuestras familias o de algún amigo vuestro, podéis obtener una limosna –pequeña o grande- para nuestras casas de Roma, mi gozo será completo.”*

Don Álvaro pensó que sería conveniente poner, en los edificios de Villa Tevere, una lápida conmemorativa de sus bodas de plata sacerdotales. Ya suponía que no aceptaría, pero venció su resistencia diciéndole:

*–“Padre, estamos en Roma, y en Roma se suelen colocar lápidas para conmemorar acontecimientos. Si nosotros no ponemos esa lápida, los que vengan después dirán que éramos tontos o que no lo queríamos. Y las dos cosas son injustas: quererle, le queremos; y tontos..., lo seremos pero no tanto”*.

San Josemaría aceptó, pero puso una condición:

*–“Bueno, haced lo que queráis; pero con una condición: que encima pongáis un borriquito”*.

Por esa razón, quien visite esa lápida, encontrará, en la parte superior, un borriquito.<sup>73</sup>

---

<sup>73</sup> Cfr. Hugo de Azevedo, id p.140.

## Capítulo 26

### Construyendo el futuro

San Josemaría siguió muy de cerca la construcción de los edificios de Villa Tevere. En ellos, se refleja el espíritu del Opus Dei: el trabajo bien hecho, el cuidado de las cosas pequeñas y los detalles, la generosidad con el Señor en los oratorios. Así mismo, se manifestó el espíritu de pobreza, porque se procuró que todo quedase digno y duradero, pero con el mínimo gasto posible, por ejemplo, reutilizando materiales usados, restaurando muebles desechados por sus dueños y empleando en la decoración objetos sencillos con discretos retoques. Iba con mucha frecuencia al estudio de los arquitectos y fue para ellos una gran ayuda. También, animándolos espiritualmente y trasmitiéndoles entusiasmo, cuando hacía falta. Demostró sus innatas condiciones para la arquitectura y para la decoración. Combinaba el ingenio con el buen gusto.

Cuando comenzaron las obras, solo había el dinero para hacer los pagos iniciales necesarios, comprar los primeros materiales y pagar a los obreros. El encargado directo era un miembro del Opus Dei, Francisco Monzó. El responsable de toda la gestión económica era don Álvaro.

Más de una vez las cosas se pusieron difíciles, porque cada sábado había que pagar a los obreros y

días antes no había el dinero suficiente. Siempre se les pagó puntualmente. Se conseguía salir del momento difícil, a base de muchas gestiones y mucha oración.

Don Álvaro recordaría, muchos años después, aquella aventura:

*-“El Señor hizo que pudiéramos ir arreglándonos a base de letras y de equilibrios. Era desnudar a un santo para vestir a otro: una locura, una fuente de sufrimientos. ¿Y cómo pagábamos? Es un milagro. No se sabe cómo, pero pagábamos siempre”.*<sup>74</sup>

El Padre decía algunas veces:

*-“Estos muros, que parecen de piedra y son de amor...”*

Y otras veces comentaba:

*“Si las obras se paran, no será por falta de dinero, sino por falta de amor de Dios.”*

Un día Francisco Monzó, en algún momento de mayor agobio económico, estaba especialmente preocupado. Mostró a don Álvaro, la relación de gastos pendientes, que superaban los recursos disponibles, y le confió su preocupación de que si no pagaban, don Álvaro, que era el responsable, podía correr el riesgo de ir a la cárcel. Don Álvaro le contestó con su habitual serenidad y sentido del humor:

*-Si esto sucede, me traes a la celda una máquina de escribir y muchos folios.*

---

<sup>74</sup> Javier Medina, ob., cit., p. 318.

Detrás de esa respuesta había una buena dosis de fe, porque sabía que, poniendo los medios humanos, Dios no los abandonaría. Y la alusión a los “muchos folios”, hacía referencia al abundante trabajo escrito, que don Álvaro tenía que realizar.

Se iban salvando las dificultades, aquellos edificios iban creciendo, hasta que, por fin, llegó una buena noticia: se había firmado un convenio con una empresa constructora, “Castelli”, que se responsabilizaría de las obras. A partir de entonces, terminaba el agobio del pago semanal a obreros y proveedores. Se sustituía por las obligaciones contraídas con la empresa constructora, que eran ya de otro carácter.

Vale la pena relatar la historia de cómo se consiguió este logro importante. Después de pensarlo bien, don Álvaro se lanzó a establecer un contacto con una empresa constructora. No conocía ninguna. Buscó en la Guía Telefónica y eligió una de ellas: la empresa “Castelli”. Fue a ver al titular de la empresa. Le habló de las obras que se estaban llevando a cabo en Villa Tevere y cuál era el destino y la función que esos edificios iban a desempeñar. Le comentó que esos edificios deberían durar siglos y, para eso se utilizaban los materiales más adecuados; y que se cuidaban los detalles, de acuerdo al espíritu de santificación del trabajo del Opus Dei.

A Castelli le agradó mucho lo que le expuso ese sacerdote y, también, quedó impresionado por su atractiva personalidad. Aceptó el reto. La empresa se

hizo cargo de la construcción, estableciendo unas condiciones para los respectivos pagos.

El trato de don Álvaro con el señor Castelli y con su familia fue haciéndose cada vez más cordial amigable. Hasta el punto de que -como relata Encarnación Ortega, que trabajó por esos años en la Asesoría Central,<sup>75</sup> en Roma- “don Álvaro no era solamente un cliente, para el señor Castelli; era el amigo, el consejero, la persona a quien buscaba para que le acercase a Dios.”

Toda la familia Castelli llegó a sentir por don Álvaro una gran estima; lo llamaban para que participara en sus reuniones familiares y le pedían su consejo espiritual y humano.<sup>76</sup> Don Álvaro correspondía a esa estima y afecto, y agradeció siempre la enorme ayuda que supuso la empresa Castelli, en la construcción de los edificios de Villa Tevere.

---

<sup>75</sup> La Asesoría Central es un consejo que asesora al Prelado del Opus Dei, en temas referentes a los apostolados que realizan mujeres pertenecientes a la Prelatura, en todo el mundo.

<sup>76</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 328-329.

## Capítulo 27

### *“Padre, podría comprar mil hectáreas...”*

Cada vez eran más numerosos los fieles del Opus Dei, de distintos países, que iban a Roma a formarse junto al fundador y a estudiar en las Universidades Pontificias. Los gastos de manutención crecían rápidamente. Esa responsabilidad recaía también sobre don Álvaro. Un día le dijo al fundador:

*-Padre, podría comprar mil hectáreas...*

*-Pero hijo, ¡si no tenemos ni para comer!*

Precisamente por eso le hizo la propuesta. Era una de sus iniciativas inteligentes y audaces. La relata así:

*“Se me presentó la posibilidad de adquirir una posesión en Salto di Fondi (cerca de Roma), propiedad de un querido amigo mío, el marqués Giovanni Bisletti. ... Se trataba de comprar con créditos la hacienda, dividir las casi mil cincuenta hectáreas del terreno en pequeñas parcelas, para venderlas luego a los campesinos en condiciones económicas muy favorables. Además, eran trabajadores y se convertirían en propietarios.*

*Nosotros conservábamos una pequeña parte, que nos serviría como granja y, al mismo tiempo, como lugar de reposo veraniego para los alumnos del Colegio Romano”.<sup>77</sup>*

---

<sup>77</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit, p. 146

En la hacienda vivían unas trescientas familias de campesinos.

Se pensaron bien todos los detalles de la operación y el contrato de compra se firmó el dos de octubre de 1951. El proyecto se fue realizando en sus diversas etapas y, en pocos años, el proyecto se hizo realidad. Se lotizaron las mil hectáreas, se adjudicaron a los campesinos, y adquirieron la propiedad de sus lotes, comprometiéndose a pagarlos en condiciones muy asequibles. Se ofrecía a los campesinos una asistencia técnica, de modo que pudieran manejar sus parcelas adecuadamente.

El proceso de lotización agraria llamó la atención de algunos medios de comunicación. Por ejemplo, *L'Osservatore Romano*, en su edición del 22 de diciembre de 1955, le dio un amplio espacio y calificó esa gran labor social como “una reforma agraria hecha con espíritu católico”,

La granja de Salto di Fondi comenzó a proporcionar verduras, legumbres, carne, leche, resolviendo en gran parte la alimentación de los que vivían en los nuevos edificios de Villa Tevere, los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, un centro del Opus Dei, internacional, destinado a proporcionar una intensa formación doctrinal-religiosa y espiritual, a fieles de la Prelatura varones, que estudian en universidades pontificias de Roma.

También en esa ciudad existe un centro paralelo para mujeres, el Colegio Romano de Santa María.<sup>78</sup>

San Josemaría preguntó a su hermana Carmen si podía ir a Italia a dirigir la Administración doméstica de Salto di Fondi. Ya lo había hecho en algunos centros del Opus Dei, en Madrid. El fundador sabía que estaba pidiendo a su hermana un sacrificio importante; también conocía su generosidad. Ella aceptó el reto. Con su buen gusto, dispuso unos agradables ambientes, que servían en verano para cursos de estudios y de formación.

Un bosque de pinos corría junto a una larguísima playa en el mar. En aquellos lugares se había realizado un desembarco, durante la entonces reciente guerra mundial. Podían encontrarse algunos restos de granadas y material bélico, que nunca dieron señales de peligro. Había un “bunker” defensivo, construido por los italianos, que servía en la playa para diferentes usos.

Durante unos cuantos años se utilizó Salto di Fondi, hasta que la expansión del turismo convirtió aquellas magníficas playas mediterráneas, en una pobladísima zona turística.

---

<sup>78</sup> cfr. Diccionario de san Josemaría Escrivá de Balaguer, p. 235.



## Capítulo 28

### El Padre y don Álvaro

Era la fiesta de Nuestra Señora de Montserrat, 27 de abril de 1954. Como de costumbre, unos minutos antes de almorzar, don Álvaro inyectó a san Josemaría, una dosis de una insulina retardada, que había recetado el médico. Poco después de bendecir la mesa, estando solos frente a frente, el Padre le dice:

-“¡Álvaro, la absolución!”.

*“-Yo no le entendí –cuenta don Álvaro-, permitió Dios que no le entendiese. Y entonces insistió: “¡la absolución!”. Y por tercera vez, en cuestión de pocos segundos: “¡la absolución ego te absolvo!”. Y en ese momento perdió el conocimiento. Recuerdo que primero tomó como un color rojo púrpura, y después se quedó amarillo térreo. El cuerpo, como muy pequeño.*

*Le dí la absolución inmediatamente e hice lo que supe: llamar al médico y meterle azúcar en la boca, forzándole con agua a que tragara, porque no reaccionaba y no se le notaba el pulso”.<sup>79</sup>*

El fundador, no solo no murió, sino que quedó curado de la diabetes, sin ninguna explicación médica. El médico que habitualmente le trataba, llegó a toda prisa. Ya entonces se estaba recuperando san Josemaría. Quedó muy sorprendido de que no

---

<sup>79</sup> Hugo de Azevedo, ob., cit., p. 160.

hubiese fallecido, porque cuando la crisis traumática que había padecido supera un cierto número de minutos, es mortal. La sorpresa se incrementó cuando, al examinarlo, comprobó que no había síntomas de la enfermedad, lo cual se ratificó en los posteriores análisis médicos que se realizaron. Se había curado, no a través de un proceso de mejora, sino de modo repentino. En su curación, quedó patente la intervención sobrenatural; además, realizada en una fiesta de la Virgen, Nuestra Señora de Montserrat, precisamente la advocación a la que el fundador se había dirigido, antes de embarcar en el J.J. Sister, camino de Roma, para solicitar la aprobación del Opus Dei. En aquel viaje a Roma, parecía que todos los caminos estaban cerrados.

Sin embargo, el hecho de la curación repentina no trascendió de modo inmediato a quienes vivían cerca. Se vivió con una gran discreción. Fueron pocos los que conocieron su curación. Más tarde, se fue manifestando al exterior, ya que resultaba evidente que habían desaparecido las señales exteriores de la diabetes; era notorio que san Josemaría estaba curado de esa enfermedad.

Terminaron así casi diez años, en los que don Álvaro había puesto todo su esfuerzo en atender al Padre, con gran cariño y con la competencia que había adquirido: aprendió a poner inyecciones, a regular las dosis de insulina, a conocer los diversos tipos de medicinas necesarios, a seguir la dieta alimenticia.

Ahora comenzó una etapa distinta. Porque el fundador estaba en condiciones de realizar viajes, con el fin de preparar el comienzo de la labor en otros países, o de dar impulso a aquellos, en los que la labor apostólica había comenzado hacía poco tiempo.

En esos viajes, el Padre y don Álvaro visitaban a los obispos de las diócesis, informándoles de la naturaleza de la Obra. Además, daban un impulso de alegría y de renovado empuje a los fieles del Opus Dei que vivían en esos países.

Los viajes eran muy sacrificados, porque las carreteras estaban todavía en mal estado por la reciente guerra mundial y, además, los medios económicos eran muy escasos. Durante los viajes, era frecuente que el Padre cantase, canciones de amor humano a las que daba un contenido divino. Muchas veces, eran canciones muy conocidas en Italia. Otras muchas veces, con don Álvaro y quienes lo acompañaban, rezaban. En Roma le oí comentar que había llenado de canciones y avemarías los caminos de Europa y que pensaba hacerlo en los de América.

Pero el buen humor estaba siempre presente, como refleja este suceso ocurrido en Viena, en mayo de 1955. El Padre y don Álvaro querían regresar al hotel donde se alojaban, pero se perdieron. Así lo relata don Álvaro:

*“Yo sabía que si llegábamos a una calle, desde allí me orientaría, y pregunté -ya era de noche- al primer hombre que encontramos. Había empezado a hablarle, cuando nuestro Padre advirtió:*

*-A ése no, que parece borracho.*

*Me lo dijo en castellano, pero mi interlocutor, que estaba completamente ebrio, debió entender algo, a pesar del mucho vino; y me comentó, en alemán:*

*-Yo soy vienés, y por lo tanto católico; y todos nosotros somos muy amables con los extranjeros, de modo que no solamente les diré donde queda esa calle, sino que les acompaño, con la condición de que ese señor –se refería a nuestro Padre- se calle.*

*Le traduje a nuestro Fundador, que le hizo mucha gracia, y aquel hombre nos llevó.”<sup>80</sup>*

Al regresar de aquel viaje, recuerdo que san Josemaría nos contaba divertido diferentes incidentes, como el que acaba de relatarse, o lo notábamos emocionado, por ejemplo, cuando en la frontera con la zona soviética, los soldados rusos miraban a los dos sacerdotes, con una mirada en la que leían respeto y afecto hacia ellos.

En ese viaje habían rezado, en Viena, con mucha intensidad, ante una imagen de la Virgen, y habían pronunciado la jaculatoria “*Sancta María, Stella Orientis*”, encomendando a Nuestra Señora los países de Europa oriental, sometidos al comunismo. Nos enseñó su agenda, en la que había escrito de su puño y letra, con esos rasgos suyos firmes y fuertes, la jaculatoria a la Virgen, y nos recomendó decirla muchas veces, pidiendo a Nuestra Señora por esos países de Europa oriental.

---

<sup>80</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., pp.366-367

Por lo demás, la vida continuaba en Roma con una intensa normalidad. Don Álvaro estaba siempre junto al Padre. Su característica era colocarse en un voluntario segundo plano. Pasaba siempre inadvertido. Se repetía con frecuencia la siguiente escena, que relata uno de los estudiantes que vivían en “Villa Tevere”:

“Entraban los dos en aquel amplio *“soggiorno”* (sala de estar), donde esperábamos un centenar de universitarios. Nos fijábamos casi exclusivamente en san Josemaría. Don Álvaro podía sentarse en un rincón o, incluso, quedarse de pie cuando no había sitio para todos. Pero estaba mucho más atento que cualquiera de nosotros. Nos dábamos cuenta por la rapidez instantánea con que respondía cuando le preguntaba un nombre o una fecha, o le pedía la confirmación de un dato o un recuerdo:

-¿Te acuerdas, Álvaro?<sup>81</sup>

Y respondía en el acto.”

Otras veces, era don Álvaro quien tomaba la iniciativa, y se escuchaba su voz, diciendo, por ejemplo, “Padre, cuénteles tal cosa”, algo que tenía relación con lo que el Padre nos estaba diciendo.

Era un ejemplo de disponibilidad y de hombre activo. Alguna vez, el Padre nos mencionaba alguna cosa que había que hacer, algún pequeño detalle, como por ejemplo, un foco que había que cambiar o entornar alguna ventana por la que estaba entrando el sol. Recuerdo que don Álvaro se levantaba rápido y

---

<sup>81</sup> Salvador Bernal, ib. Cit., p. 101

salía de la habitación para hacerlo. San Josemaría nos hacía notar estos detalles para enseñarnos a cuidar las cosas pequeñas, lo ordinario de cada día, que en eso consiste gran parte de la santificación en la vida ordinaria. Don Álvaro, con su reacción pronta, nos enseñaba la disponibilidad y la obediencia activa; aprendíamos a ver lo que Dios pide a cada persona, a través de los pequeños detalles de su vida diaria.

Esa disponibilidad de don Álvaro se producía también en asuntos y gestiones de mayor importancia, aunque ello supusiese dejar algo que estaba haciendo o cambiar su propio plan, para hacer lo que el Padre sugería. Bastaba con oírle decir: *“Habría que hacer...”* o *“habría que visitar a tal persona...”*, para que don Álvaro recogiese inmediatamente la sugerencia y realizase esa gestión o esperase el momento oportuno. Este modo de actuar lo agradecía mucho san Josemaría quien, al ver su disponibilidad, más de una vez comentó:

*“Este hijo mío, me descansa”.*

Don Álvaro era un apoyo constante para el Padre y, al mismo tiempo, lo cuidaba de él mismo. Hugo de Azevedo, que vivió muy de cerca de ambos, durante bastantes años, explica esto de modo muy preciso y, al mismo tiempo, en breves pinceladas, dibuja la figura de don Álvaro:

“Al lado del Padre, don Álvaro, sonriente y silencioso, es como un ángel custodio: siempre atento a sus palabras, fijándose en el esfuerzo que le piden y que san Josemaría no mide; va protegiéndolo de él mismo y consiguiendo dar orden a lo que podría ser

una confusión. La serenidad de don Álvaro, crea un ambiente familiar de paz, de alegría, en el que todos se sienten queridos, comprendidos y atendidos. De la imagen de don Álvaro, sólo más tarde tomarán conciencia, fundida con la de san Josemaría, como una sombra afable y benigna. Pero jamás la olvidarán.”<sup>82</sup>

¿Cómo era un día de don Álvaro? Él mismo se lo contaba, con su característica sencillez, en carta a su madre, cuando don Álvaro cumplió cuarenta años, el 11 de marzo de 1954. Precisamente, pocos días después de su cumpleaños, ocurrió la curación del Padre. Así escribió a su madre:

*“Quisiera contarte detalles de mi vida pero hay poco que decir. Por las mañanas, me dedico sobre todo al trabajo en la Curia Romana... De esta manera, tengo la alegría de poner mi granito de arena en cosas que interesan a la Iglesia universal, desde su centro, que es la Santa Sede.*

*Por las tardes, me dedico exclusivamente, por regla general, al trabajo de la Obra. Preocupaciones, como es lógico, no faltan pero son preocupaciones que no llegan a preocupar, porque sé que cuento con muchísima ayuda. Concretamente, con tus oraciones por la Obra y por mí”.*<sup>83</sup>

En esas líneas, sencillas y cariñosas, se refleja el sentido sobrenatural de su vida, pidiendo oraciones a su madre para el importante trabajo que realiza y,

---

<sup>82</sup> Hugo de Azevedo, ob.cit., p. 176. Además

<sup>83</sup> Javier Medina, ob., cit., p. 360-361

también, la paz que don Álvaro ha sabido transmitir siempre a su alrededor. Se adivina que tiene preocupaciones grandes, pero que no lo agobian porque tiene su confianza puesta en Dios.

Exactamente un año después, de modo repentino, falleció su madre, el 10 de marzo de 1955. Supo la noticia cuando iba a comenzar la Misa, a las siete y cuarto de la mañana, así que pudo celebrar por ella inmediatamente después de su fallecimiento.

*“Jamás he rezado con mayor devoción –escribía a sus hermanos- y nunca me han dado más paz las palabras de la liturgia: “vita mutatur, non tollitur” (la vida se cambia, no se pierde). ...*

*Hubiera querido salir inmediatamente para Madrid, como me indicó el Padre, pero no podía llegar allí hasta el domingo por la noche y tuve que ofrecer a Dios la pena de no poder dar un último beso a mi madre, y a vosotros un abrazo”.<sup>84</sup>*

---

<sup>84</sup> Hugo de Azevedo, ob., cit., p. 162.



## Capítulo 29

### Los años del Concilio

Pío XII falleció el 9 de octubre de 1958 y el día 28 de ese mes fue elegido su sucesor: el anciano Cardenal Roncalli, que tomó el nombre de Juan XXIII.

Se encontró una Iglesia aparentemente tranquila, pero un tanto separada del mundo en que vivía. Muchas inquietudes hervían bajo esa aparente calma.

Los cambios sociales producidos después de la guerra mundial fueron importantes. Se sentía la urgencia de una nueva pastoral para un nuevo tiempo.

En algunos sectores de la intelectualidad católica se miraba con una cierta simpatía hacia corrientes marxistas, como un posible método de acción más “eficaz” que los empleados hasta ahora.

Se consideraba a Juan XXIII como “un Papa de transición”. Sin embargo, tres meses después de ser elegido, el 25 de enero de 1959, sorprendió a la Iglesia y al mundo con la convocatoria de un Concilio Ecuménico y el anuncio de la reforma del Código de Derecho Canónico.

El 11 de octubre de 1962 se inauguró el Concilio. El mundo presenció por televisión el largo cortejo de dos mil obispos (88 de países comunistas no pudieron asistir), de personalidades invitadas y “observadores” protestantes, etc.

En los medios de comunicación despertó tanta expectativa que se registraron mil doscientos periodistas. La mayoría de ellos iban a la caza de noticias sensacionalistas, como posibles disensos, novedades, tendencias enfrentadas; declaraciones que pudieran ser titulares de prensa.

El ambiente preconiliar era de euforia, de gran esperanza en la revitalización de la Iglesia. San Josemaría hacía una acertada síntesis de las etapas que venían:

*- Es “el tiempo de los hombres”, después vendrá “el tiempo del diablo” y, finalmente, “el tiempo del Espíritu Santo.” El Concilio será una gran bendición para la Iglesia y para el mundo, pero antes, sufriremos mucho. Es preciso rezar, rezar, rezar...<sup>85</sup>*

Conforme avanzaba el Concilio, el trabajo de don Álvaro se fue haciendo cada vez más notorio, hasta ser uno de sus protagonistas. Dejó una huella anónima importante en los documentos, que luego constituyeron Magisterio de la Iglesia.

Desde el dos de mayo de 1959, fue Consultor de la Congregación del Concilio y en agosto fue nombrado presidente de la Comisión preparatoria de laicos. También fue nombrado miembro de la Comisión para estudiar “los medios peculiares de apostolado de nuestro tiempo”.

Don Álvaro tenía mucho que decir sobre el laicado. Para su Comisión, preparó un texto de sesenta páginas, que adelantó ideas de un libro suyo

---

<sup>85</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p.179.

importante “Fieles y laicos en la Iglesia”, traducido a varios idiomas.

Cuando comenzaron las sesiones, los periodistas se sorprendieron por la facilidad con que accedían a los padres conciliares y porque éstos expresaban sus opiniones muy libremente, lo cual no contribuyó a transmitir una imagen cierta de lo que ocurría en el aula conciliar, porque se destacaba lo más controvertido, todo aquello que les sonaba a noticia.

En las etapas siguientes, se corrigió solo en parte esta distorsión informativa, que daba una falsa imagen del Concilio.

En la primera sesión, el esquema que recibió más atención es el de Liturgia. Durante la discusión saltaron algunos temas como “descentralización litúrgica” y “pobreza en el culto”, que preanunciaban los abusos y desórdenes que se produjeron en los primeros años siguientes al Concilio, a los que hubo que poner freno algunos años después.

Entre la primera y la segunda sesión, murió, en mayo de 1963, Juan XXIII, el Papa que había convocado el Concilio. No se sabía qué pasaría. El 21 de junio de 1963 fue elegido el Cardenal Montini, nuevo Papa, Paulo VI, que enseguida resolvió la duda: continuaría el Concilio. Convocó la segunda sesión para el 29 de setiembre.

El trabajo de don Álvaro se intensificó, porque además de presidir la Comisión de Laicos, le tocó presidir la Comisión del Clero, ya que el Cardenal Ciriaci delegó en él la presidencia.

“Hubo días –recuerda Julián Herranz, hoy Cardenal- en que la jornada laboral de don Álvaro acababa bastante después de medianoche. Cerradas las oficinas de la Santa Sede, nos teníamos que reunir en una de las residencias de los Padres Conciliares para ultimar la preparación de los textos que había que presentar al día siguiente.”<sup>86</sup>

La tercera sesión del Concilio se inició el 14 de setiembre de 1964. Se fueron aprobando los documentos trabajados en los años anteriores. El 13 de octubre llegó el turno al documento sobre el Clero, que don Álvaro, con la Comisión, había trabajado a fondo y en extensión. La comisión coordinadora, sin mayor fundamento, los obligó a reducirlo a diez “proposiciones” o afirmaciones.

Hicieron el esfuerzo de sintetizar el amplio texto preparado anteriormente, en las diez proposiciones. Un trabajo difícil, porque el texto incluía cuestiones muy importantes, que no se veía posible suprimir. Llegó el momento de presentarlo al pleno de la Asamblea conciliar y ésta reaccionó con sorpresa y energía ante el minúsculo texto.

La Asamblea exigió un Decreto digno de la función de los sacerdotes en la Iglesia, por lo tanto tenía que ser amplio y completo. La satisfacción de don Álvaro fue grande y enseguida comenzaron a trabajar el documento que la asamblea conciliar pedía. Un trabajo en sentido inverso del anterior.

---

<sup>86</sup> cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p.186

Al Cardenal Ciriaci y a monseñor Pericle Felici, secretario del Concilio, les pareció imposible que pudiesen hacerlo antes de la clausura de esa sesión que se estaba celebrando, ya que el tiempo que les quedaba era poco para el volumen de trabajo a realizar. Sin embargo, Don Álvaro pensó que había una razón muy fuerte para presentarlo antes de que se fuesen los padres conciliares; ésta era que pudieran llevárselo y reflexionarlo con calma, antes de la cuarta y última sesión. El documento sobre los sacerdotes era importante y probablemente suscitaría numerosas sugerencias.

¿Qué hizo don Álvaro? Marcar un ritmo de acción intenso y muy bien organizado. Los integrantes de la Comisión eran unas treinta personas, y los peritos y expertos unos cuarenta. A don Álvaro le correspondía organizarlos y distribuir el trabajo entre ellos. Lo hizo de tal modo que el penúltimo día de esa sesión, entregó el texto impreso al Secretario General del Concilio, monseñor Felici. Entusiasmado exclamó:

- “*¡Miracolo!*”, *¡Milagro!*”.

Pudo entregarse un texto, suficientemente extenso y completo, a cada uno de los padres conciliares, para que lo llevaran consigo a sus respectivos lugares y pudieran trabajarlo. La importancia del tema, la función de los sacerdotes en la Iglesia, merecía una detenida atención.

El último día de esa sesión, la tercera, se promulgó la gran Constitución “*Lumen Gentium*” (Luz de las Gentes). En ese documento conciliar se

proclama la llamada universal a la santidad, con igual responsabilidad de todos los bautizados, sin excepción. En él se lee:

“Es, pues, evidente para todos que los cristianos de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”.(n. 40). Y en otro lugar del mismo documento se dice:

“Así pues, todos los cristianos están invitados y obligados a buscar la santidad y la perfección de su estado” (n. 42).<sup>87</sup>

Es una afirmación nueva, que rompe esquemas de siglos en la vida de la Iglesia. Abre panoramas de santificación y vida cristiana a los laicos, en su vida ordinaria, en su familia, en su trabajo. Esa doctrina había sido fuerte motivo de escándalo y de contradicción en los decenios anteriores, y por hacer esa afirmación se habían hecho acusaciones fuertes, incluso de herejía, al Opus Dei. A partir de ese día, pasó a ser Magisterio oficial y doctrina de la Iglesia.

La cuarta y última sesión se reabrió el 14 de setiembre de 1965. Los obispos habían podido estudiar el documento sobre los presbíteros. Hicieron muchas sugerencias, la mayoría no eran de fondo. El propio Papa Paulo VI hizo algunas, que vinieron a confirmar o incluso acentuar ideas contenidas en el documento.

El Decreto sobre los presbíteros se sometió a votación el 4 de diciembre. Fue aprobado con 2,390

---

<sup>87</sup> cfr Concilio Vaticano II, Lumen Gentium, nn. 40.42.

votos a favor y 4 en contra, una de las votaciones de mayor consenso que hubo en el Concilio.

El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, se clausuró solemnemente el Concilio Vaticano II. Seis días después, don Álvaro recibió una carta del Cardenal Ciriaci:

“Reverendísimo y querido don Álvaro:

(...) Sé bien qué parte ha tenido en todo esto su trabajo inteligente, tenaz y delicado que, sin dejar de respetar la libertad de opinión de los demás, no ha dejado de seguir una trayectoria de fidelidad a los grandes principios de la espiritualidad sacerdotal. Al referirlo al Santo Padre, no dejaré de señalar todo esto. Mientras tanto, deseo que le llegue a usted, con un caluroso aplauso, mi más sentido agradecimiento”.<sup>88</sup>

A vuelta de correo contestó don Álvaro, agradeciendo las palabras tan expresivas y aprovechando para precisar la importancia de los nuevos horizontes que se habían abierto para todos los fieles cristianos:

*“... no hemos hecho más que cumplir nuestro deber al servicio de la Iglesia .... , convencido de que los resultados alcanzados producirán muchos beneficios en las almas, porque han recibido la solemne aprobación del Concilio que asegura su plena conformidad con los deseos del Señor..., le renuevo mi*

---

<sup>88</sup> Hugo de Azevedo, ob., cit., p. 194-195

*incondicionada disponibilidad para concluir el trabajo que aún queda por realizar”.*<sup>89</sup>

Hay una anécdota, muy expresiva del prestigio que don Álvaro había alcanzado en la Curia Romana. La relata el teólogo Pedro Rodríguez:

“Un alto prelado de la Curia despachaba con el Papa Pablo VI sobre un asunto grave en la vida de la Iglesia. Expone al Papa el estado de la cuestión, los distintos pareceres y una propuesta de solución. El Papa escucha atentamente y hace una pregunta:

“-¿Cuál es el parecer de Del Portillo?”

“-Santo Padre, apoya la propuesta”.

Concluye el Papa:

“-Entonces, adelante”.<sup>90</sup>

---

<sup>89</sup> Javier Medina, ob. cit., 411-412.

<sup>90</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 200-201



## Capítulo 30

### Se configuran las Prelatura personales

El Papa Paulo VI recibió en audiencia al fundador del Opus Dei, el 24 de enero de 1965. San Josemaría la preparó con mucha oración. Deseaba abrir confiadamente su alma al Vice-Cristo, como le gusta llamar al Santo Padre.

Va a tratar sobre el Opus Dei, encorsetado desde hace años en un estatuto jurídico que no le va. Monseñor Montini, desde sus primeros contactos con don Álvaro, entendió muy bien el Opus Dei. La entrevista fue cordial y llena de afecto. El fundador salió muy contento de la conversación con el Santo Padre.

Don Álvaro entró al final a saludar al Papa. Ambos se conocían y estimaban desde bastantes años atrás. El Santo Padre lo saluda con afecto y le dice:

- *¡Don Álvaro, me he hecho viejo!*

Don Álvaro responde rápidamente:

- *¡No, Santidad, se ha hecho Pedro!*

La conversación el uno con el otro.

En octubre, san Josemaría volvió a ser recibido por el Papa, quien le dió una buena noticia. Le dijo que en ese momento había razones para suponer que el Concilio configurase nuevas estructuras jurídicas, que serían adecuadas a la naturaleza y la vida del Opus Dei.

Don Álvaro, años después, con la precisión de quien conoce muy bien el asunto, porque lo ha vivido de cerca, recuerda esa audiencia de san Josemaría con Pablo VI:

*“Pablo VI le había confirmado que no era aún posible encontrar, en base al derecho entonces vigente, la deseada solución jurídica, pero dio a entender que los Decretos del Concilio podrían quizá proporcionar en el futuro, elementos válidos para resolver el problema institucional del Opus Dei.*

*Así fue efectivamente. Gracias a Dios, en el Decreto conciliar sobre los presbíteros, en el motu propio “Ecclesiae Sanctae” y en la Constitución Apostólica “Sobre el Régimen de la Iglesia Universal”, en los años 1965, 1966 y 1967, fueron apareciendo todas las normas de derecho general, necesarias para establecer las líneas fundamentales de la nueva figura jurídica de las Prelaturas Personales, y, por tanto, de la solución jurídica definitiva tan deseada por nuestro Fundador”.<sup>91</sup>*

Ya estaba abierta la puerta para solicitar el último y definitivo paso del itinerario jurídico: la transformación en Prelatura Personal. El fundador, viendo las circunstancias por las que atravesaba la Iglesia, consideró prudente esperar el momento oportuno.

Este momento llegó el 20 de mayo de 1969. Con esa fecha, dirigió una carta al Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, en la que,

---

<sup>91</sup> Javier Medina, ob., cit., p. 430.

entre otras cosas, le manifestaba el deseo de *“proceder ahora a la renovación y adaptación de nuestro actual Derecho peculiar”*.

Comenzaba así el camino hacia la erección en Prelatura personal, que iba a durar casi catorce años. Al principio, no parecía que sería tan largo. El fundador y don Álvaro realizaron un trabajo intenso. Pero había quienes no entendían la realidad del Opus Dei y, probablemente de buena fe, pusieron dificultades. Además, no eran años fáciles para la Iglesia. En los años posteriores al Concilio, las aguas discurrieron por caminos que merecen explicarse en un capítulo aparte.

## Capítulo 31

### Años de tormenta

*“En medio de las olas”* es el título del libro que escribió Ives Congar, uno de los más prestigiosos teólogos del Concilio, y con quien don Álvaro hizo gran amistad y trabajó muchas horas en los documentos conciliares.

El título resume muy bien el recorrido de la barca de Pedro en aquellos largos años que van desde el fin del concilio, en 1965, a la llegada de Juan Pablo II, en 1978, quien consiguió comenzar a amansar las aguas.

Fueron largos años de abusos litúrgicos descarados, de vaciamiento de seminarios y noviciados, de ataques a los sacramentos, especialmente al de la Eucaristía y la Penitencia, y de abandono de su vocación de parte de sacerdotes y religiosos.

Lo que parecía ser –y debió ser– unos años de renovada esperanza y crecimiento de la Iglesia, fueron unos años de rebeldía ante la autoridad, de un rechazo a la doctrina de siempre con el pretexto de verla como algo anticuado y fuera de la realidad.

Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas dejaron de vestir como tales, pensando que así se acercaban más al mundo.

El Papa Paulo VI experimentó la dificultad de frenar esta ola. El 29 de junio de 1972, fiesta de san Pedro, se quejó así:

“¡El humo de Satanás entró dentro de la Iglesia, como si ésta quisiera autodestruirse!”

En esos años don Álvaro estuvo especialmente cerca de san Josemaría, que sufrió mucho y se lanzó a unas intensos viajes de catequesis, por España, Portugal y otros países europeos. Fue a México en 1970. Luego siguió una larga ronda de tertulias multitudinarias en 1972 por la península ibérica. Y otro viaje en 1974, por Brasil, Argentina, Chile Perú y Ecuador. Meses después viajó, con gran esfuerzo físico, a Venezuela y Guatemala.

En esos viajes, donde cientos de miles de personas escucharon en directo a san Josemaría, y se filmaron docenas de películas, recordó la doctrina de siempre de la Iglesia. Por eso los llamó “*viajes de catequesis*”. Como es natural, habló mucho del espíritu de la Obra y de la vocación cristiana de los laicos, casados o solteros, en medio del mundo. Incidió mucho en el respeto a la libertad personal, un regalo de Dios, y en los distintos caminos para cada persona. “*Cada caminante, siga su camino.*”

Hugo de Azevedo recuerda un suceso personal, ocurrido en 1972, en Lisboa:

“El fundador había llegado para rezar ante la Virgen de Fátima. Se le ocurrió proponerle que fuese también a rezar ante el ícono de Nuestra Señora de Kazán, más tarde regalado por Juan Pablo II al patriarcado de Moscú. Respondió rápido:

“*No, no. Yo vengo a Fátima. ¡Pero tú, ve, ve! ¡Yo tengo mi camino y tú tienes el tuyo!*, remató con energía. Confieso que me sorprendió aquella

afirmación tajante. Luego lo entendí. Todos seguimos el camino del Evangelio y en el Opus Dei vivimos un mismo espíritu, pero no hay “vocaciones colectivas”, cada uno tiene la suya, su propio camino, único, singular, personalísimo, que corresponde al personal amor de Dios por cada criatura.”<sup>92</sup>

Esos viajes “*de catequesis*” fueron como un faro orientador en medio de la tormenta. Los fieles, en gran parte, estaban desorientados y confundidos. Se les presentaba una Iglesia “postconciliar”, enfrentada a la Iglesia “preconciliar”. Realmente no se estaba transmitiendo el mensaje renovador del Concilio, que estaba en perfecta sintonía con la tradición secular de la Iglesia. Esta era la razón por la que san Josemaría se lanzó a dar la luz de la fe de la Iglesia, por tantos países del mundo.

---

<sup>92</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 221.

## Capítulo 32

### Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela y Guatemala

Esos viajes a los que se lanzó san Josemaría fueron verdaderamente extenuantes. Don Álvaro estaba siempre junto al fundador y pendiente de él. Lo escuchaba en las tertulias con una atención que no pasaba desapercibida a los asistentes. Le sugería temas, anécdotas. Estaba en todo.

En Brasil el fundador del Opus Dei consiguió hacerse entender, a pesar de la diferencia de idioma. Tuvo varias reuniones muy numerosas, sintonizó rápidamente con los brasileños, creando una corriente mutua de simpatía y afecto. Le llamó la atención observar, en Brasil, su capacidad de acogida para gentes de tan diversas razas y culturas:

*“Brasil es una especie de madre, con los brazos abiertos. Aquí cabe todo el mundo. ¡Qué tierra!”*

Los brasileños recuerdan muy bien la bendición con la que terminó una de sus reuniones:

*“Que os multipliquéis, como la arena de vuestras playas, como los árboles de vuestras montañas, como las flores de vuestros campos, como los granos aromáticos de vuestro café”.*

De Brasil pasó a Buenos Aires. El administrador del Teatro Coliseo, con capacidad para cinco mil personas, nunca se explicó cómo un sacerdote consiguió llenarlo, en día de semana y en horas de trabajo. Y volvió a llenarlo otro día más, porque

había quedado mucha gente sin poder. Su secreto era hablar de los temas que interesan a la gente, que son los de la vida diaria; y de las cosas del alma, que también interesan mucho a la gente. Y tratarlas con tono optimista, y con un fino sentido del humor, de modo que sus reuniones, tenían mucho contenido y, al mismo tiempo, resultaban divertidas.

Las tres semanas en Buenos Aires pasaron rápidas. En la memoria quedaban frases, actitudes, consejos, como éste:

*“Sonriendo cuando hace frío y cuando hace calor. Cuando hay enfermedad y cuando hay salud. No digo cuando hay juventud y cuando no lo hay, porque somos siempre jóvenes.”*

El sacerdote se fue de Buenos Aires prometiendo:

*“Volveré y me quedaré”.*

Era el 26 de junio de 1974. Exactamente un año después, Dios dispuso llevárselo al cielo. Desde allí, en cierto modo, con su poder de intercesión ante Dios, san Josemaría cumple su promesa.

Cuando llegó al aeropuerto de Santiago de Chile, estaba envuelto en agua y nubes. No se veía la cordillera de los Andes. Continuó el mismo intenso ritmo de tertulias y reuniones que había tenido en Buenos Aires. Los temas seguían siendo los mismos, los de la vida humana y el trato con Dios. En una tertulia con gente joven, muy numerosa, las preguntas y respuestas fueron muy directas:

-“¿Cómo puedo llegar a ser del Opus Dei?”, le pregunta un chico joven:



*-“Yo tenía las mismas inquietudes tuyas, -le contesta el sacerdote.- A tu edad, más o menos, cuando las pasiones empiezan a removerse y le tira a uno de la ropa, por aquí, por allá, ... ¡barrunté el amor! No me pongo colorado para decírtelo (...) y dí un cambiao, con la gracia del Señor. (...) Déjate llevar por la gracia. ¡Deja a tu corazón que vuele! (...) Hazte tu pequeña novela: una novela de sacrificios y de heroísmos (...) y la novela se queda corta, las aventuras son más divinas, más extraordinarias, dentro de la vida ordinaria de un hombre corriente”.<sup>93</sup>*

Los once días en Chile pasaron rápidos. Quedó en el recuerdo, entre tantos, el del coronel que se levantó con su estilo militar, y preguntó que cómo puede buscar y poner a Cristo en su profesión, siendo coronel del ejército.

San Josemaría contesta, con visible agrado y sonriente, su pregunta:

*-“Tú estas llamado a la santidad igual que las monjitas de clausura, siendo coronel, y general y... lo que sea, Y estás santificando el trabajo, porque vives con deseos de santificarlo. (...) Sigue teniendo escondido en tu alma, pero siendo dueño de ella, al Señor Dios de los ejércitos”.*

De Santiago de Chile voló a Lima. Ahí estuvo del 9 de julio al 1 de agosto, prolongando la estadía prevista, a causa de una afección bronquial, que interrumpió sus actividades durante varios días.

---

<sup>93</sup> Cfr. Antonio Ducay, San Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei”, p. 175.

El resfrío comenzó a manifestarse un domingo por la mañana, durante una tertulia con más de mil personas. En algún momento se puso una pastilla en la boca, para aclarar la voz. Poco después, uno de los asistentes tuvo un diálogo simpático con san Josemaría y, en un determinado momento, quizá por la emoción, se le quebró la voz. Rápidamente el sacerdote, con una amplia sonrisa, le dice:

*-Te doy una pastilla, si quieres...*

Esa misma tarde, aprovechando que, por ser domingo, había poco tráfico, fue al centro de Lima, acompañado, como siempre por don Álvaro, para visitar varias iglesias que destacan por su arte colonial, entre ellas san Francisco, que visitaron detenidamente. También entraron en el Palacio de Torre Tagle, el palacio de la Cancillería y san Josemaría se asomó a los jirones limeños, desde uno de sus artísticos balcones.

Luego, fueron a la plaza de Armas. Al entrar en la Catedral, se dirigieron los dos a la capilla del Santísimo. A uno y otro lado del sagrario está la Virgen y san José. Don Álvaro dijo al Padre, en voz baja:

*-El Señor aquí está muy bien acompañado...*

*-Está la trinidad de la tierra,* comentó san Josemaría, como le gustaba llamar a Jesús, María y José.

Al salir de la Catedral, don Álvaro, siempre pendiente del Padre, se dio cuenta de que se notaban los síntomas del resfrío y decidió cortar el plan previsto y regresar a casa. Efectivamente el resfrío

fue creciendo de intensidad y determinó unos cuantos días de suspensión de actividades.

En una ocasión, al regresar de una de las tertulias, alrededor del mediodía, san Josemaría preguntó:

*-¿El centro de Lima está lejos?*

Se le contestó que no, pero que a esa hora el tráfico era bastante denso. Delicadamente, insistió:

*-Las ciudades hay que conocerlas en su salsa.*

El automóvil giró y en unos minutos estaba recorriendo las principales calles del llamado “centro histórico” de Lima. San Josemaría se fijaba con cariño y atención, especialmente en las gentes que transitaban por las calles, interesándose por ellas. Se fijaba más en lo peculiar y característico del país y de su cultura propia. En el escaparate de una tienda había un reloj inca, en forma de un sol que lo envolvía. San Josemaría se inclinó hacia don Álvaro y, señalándolo, le comentó en voz baja:

*-“Fíjate que reloj más bonito”*

El padre Vicente Pazos, Vicario regional entonces en el Perú, que iba en el asiento de delante, fue rápido para tomar mentalmente la dirección de la tienda. Al día siguiente, cuando san Josemaría fue a Cañete, a tener allí una tertulia y visitar “Valle Grande” y “Condoray”, dos Institutos de promoción rural para hombres y mujeres, los directivos de “Valle Grande” le regalaron el reloj que había visto el día anterior. Lo agradeció mucho y dijo que se lo llevaría a Roma, lo pondría en un centro del Opus Dei

en esa ciudad y enviaría una fotografía como recuerdo.

Cuando se terminó de construir “Cavabianca”, un centro del Opus Dei en las afueras de Roma, se puso allí el reloj peruano. Entonces ya había fallecido el fundador. Don Álvaro quiso cumplir el deseo de san Josemaría de enviar una fotografía como recuerdo, y lo hizo, acompañado de una carta que, entre otras cosas, dice:

*“(…) esa fotografía: sé que les servirá de industria humana para ser fieles a todas horas al espíritu que nos ha legado nuestro santo Fundador, y para acudir confiadamente a su intercesión en todas las dificultades y en las distintas tareas que llevan a cabo. (...) Yo los encomiendo con gran afecto, para que estén cada día más metidos en Dios, más enamorados de Él y de su santísima Madre y para que su trabajo apostólico dé un fruto copiosísimo.*

El 1 de agosto de 1974, san Josemaría salió de Lima, hacia Quito. Le ilusionaba su estadía en Ecuador, poder dialogar allí con los miles de personas que le esperaban y hacer mucho bien a sus almas. Sin embargo, su organismo, ya muy debilitado, no resistió la altura de Quito y el “soroche” o “mal de altura” lo afectó muy fuertemente. *Bromeaba* diciendo “*Ya se ve que no soy un hombre de altura*”.

Tuvo que cancelar las actividades en Ecuador, así como el resto del viaje previsto y regresar a Roma. En el viaje de regreso, san Josemaría y don

Álvaro pasaron por Venezuela, aunque sin salir del aeropuerto.

En febrero, realizó un nuevo viaje a América: Venezuela y Guatemala,. Este viaje fue verdaderamente heroico. Algunas veces, llegaba a las tertulias casi sin fuerzas. Sin embargo, conseguía elevar el tono de voz, hacer bromas, movilizarse por el amplio estrado, trasmitiendo a los oyentes, muy numerosos, la vibración sobrenatural y el entusiasmo que siempre le han sido propios. Era visible que el Espíritu Santo le prestaba una fortaleza física y una energía que en ese momento no tenía. La sorpresa y la alegría de don Álvaro eran bien visibles.

San Josemaría dijo, muchas veces durante su vida, que le gustaría morir *como un limón, bien estrujado, que no puede dar ni una gota más*. Este tercer viaje a América de san Josemaría lo realizó con las últimas reservas de sus fuerzas físicas. De Venezuela voló a Guatemala el 15 de febrero, de 1975. Cuatro días después, era el santo de don Álvaro. En la tertulia de ese día surgió, en la primera intervención, el saludo a don Álvaro, que dio lugar a un aplauso que inició san Josemaría, volviéndose hacia él, que estaba a su lado y sonriéndole cariñosamente. Luego, siguió la pregunta:

-¿Cómo hacer para que se convierta en realidad el deseo de tener tanta fidelidad como don Álvaro?

- *Pues lo he dicho antes. Vida de oración, sacrificio y trabajo profesional. Él es intelectual, como tú. (...) Nunca decimos basta al estudio. Tampoco don Álvaro lo dice: estudia, de cuando en cuando publica.*

*De modo que trabaja con un espíritu sobrenatural envidiable.*

Gran parte de las tertulias de estos dos viajes por América están filmadas. Quizá se puede decir que es gracias a que don Álvaro supo convencerlo. San Josemaría se resistía fuertemente a ser filmado; toda su vida afirmó que lo suyo es *“ocultarme y desaparecer, que solo Jesús se luzca”*. Don Álvaro, en Buenos Aires, insistió con un argumento muy persuasivo:

*“Padre, si ahora que hay tantos medios para conservar la imagen del Fundador, no los utilizamos, los que vengan después dirán o que no lo queríamos o que éramos tontos. Tontos lo seremos más o menos, pero gracias a Dios, quererlo, lo queremos mucho. O sea que nos tiene que dar el permiso para hacer las películas.”*

El Padre aceptó con un *“bueno, haced lo que queráis”*.<sup>94</sup>

El equipo de filmación estaba en Madrid esperando la llamada para volar hacia América. Es de justicia agradecer el trabajo laborioso y de calidad técnica realizado por este equipo, tanto en la filmación como en la edición de películas, que permite a tantas personas, de muchos países, beneficiarse de esos viajes de catequesis de san Josemaría y que, posteriormente, realizó don Álvaro.

---

<sup>94</sup> Javier Medina, ob. cit., pp. 438-439

## Capítulo 33

### Muerte de san Josemaría

El fundador del Opus Dei había dicho muchas veces que le gustaría morir *“estrujado como un limón, que no podía dar una gota más”*. Así fue.

En Lima, el inicial resfrío se convirtió en una fuerte gripe y, luego, en una grave complicación bronquial.

El tratamiento con antibióticos tuvo que ser fuerte y lo dejó muy debilitado. Haciendo un esfuerzo verdaderamente heroico tuvo tertulias con centenares de personas y en algún caso con más de mil. Su entrega emocionó y edificó a los asistentes. Don Álvaro estaba pendiente del Padre, apoyándolo en todo, hasta “adivinando” su estado de salud.

En ese invierno, hubo una epidemia generalizada de gripes y resfríos en Lima. Don Álvaro también cayó enfermo. No le dio importancia a lo suyo, lo único que le preocupaba era san Josemaría. El padre Vicente Pazos relata esta escena, muy expresiva, ocurrida en los días que san Josemaría estaba enfermo:

“Don Álvaro ha amanecido con un poco de fiebre y con las molestias características de un fuerte resfrío. Se ha levantado tarde, pero ni los médicos ni don Javier Echevarría han conseguido retenerlo mucho tiempo en la cama.

Se me quedó muy grabada la escena de esta mañana, junto a su cama. Yo le preguntaba cómo estaba, y él me preguntaba cómo estaba el Padre, cómo había dormido. Yo le contestaba y le preguntaba cómo estaba él, y volvía a preguntarme por el Padre y daba muestras de impaciencia por ir a verlo enseguida. Tomó las pastillas que los médicos le prescribieron y a los pocos minutos ya estaba junto a él.

Así pasó su enfermedad: junto a la cama del Padre, encontrándose mal y con una erupción de llagas en el interior de la boca que le hacía sufrir mucho, pero él no le daba importancia. Sonreía y no decía ni una palabra. Se veía que todo lo ofrecía a Dios, que no pensaba en sí mismo, solo en el Padre”.<sup>95</sup>

El tratamiento de antibióticos hizo su efecto, aunque lo dejó muy debilitado y la recuperación fue muy parcial. Después de los días en Quito, en que le afectó el “mal de altura”, regresó a Roma.

En febrero, durante el viaje a Venezuela y Guatemala, la atención médica fue constante. En mayo de 1975, viajó a España y visitó las obras del Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, cerca de Barbastro, su ciudad natal. Visitó la cripta de confesonarios y al ver que ya había alguno dispuesto, se confesó con don Álvaro. Después, don Álvaro lo hizo con el Padre, de modo que así quedaron inaugurados los confesonarios de Torreciudad.

---

<sup>95</sup> Vicente Pazos, “Recuerdos de san Josemaría en Perú”, p. 107.



Volvieron a Roma. La salud de san Josemaría se iba debilitando, aunque nada hacía suponer un desenlace próximo. El 26 de junio, poco antes de las 8 de la mañana, celebró la misa votiva de la Virgen. En la “Oración” se le pide al Señor “concedéndonos las alegrías del cielo”. Por lo tanto, eso pidió san Josemaría, en la que iba a ser su última Misa.

Alrededor de las nueve y media salió hacia Castelgandolfo, a un centro donde estudiaban mujeres de distintos países, pertenecientes a la Prelatura del Opus Dei. Ahí se sintió indispuerto. Volvieron a casa y, aunque se pusieron todos los medios médicos posibles, pocos minutos después, el Señor lo llamó a su presencia.

Cinco años antes, en México, viendo un cuadro de la Virgen de Guadalupe, en que Ella da una rosa al indio Juan Diego, había comentado:

*-Así querría morir: mirando a la Santísima Virgen y que Ella me dé una flor.*

La Virgen le concedió ese deseo.

Don Álvaro relata los últimos momentos de la vida de san Josemaría:

*“...subimos al cuarto donde habitualmente trabajaba –todos sabéis que era mi despacho– y, pocos segundos después de pasar la puerta, llamó: ¡Javi! (Se refiere a Monseñor Javier Echevarría, actual Prelado del Opus Dei)... Inmediatamente después se desplomaba en el suelo<sup>96</sup>. Esa habitación la preside un cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe.*

---

<sup>96</sup> Javier Medina, ob. cit., p.441-442.

San Josemaría tenía la costumbre de mirar la imagen de la Virgen cuando entraba en una habitación. Puede asegurarse que su última mirada en la tierra fue hacia el cuadro de la Virgen.

Se intentó reanimar el corazón, pero fue imposible. El fallecimiento del fundador fue sorpresivo y muy doloroso, tanto para los que vivían cerca de él como para los que recibían la noticia en los diferentes países del mundo.

Javier Medina, resume en breves líneas la actitud de don Álvaro en esos momentos:

“En aquellas difíciles circunstancias, don Álvaro se dedicó a servir a todos, sosteniéndolos con una fortaleza y una paz extraordinarias. La serenidad y visión sobrenatural que irradiaba en esos momentos, así como su prudencia y su delicado afecto por quienes compartían ese sufrimiento, confortó a los presentes”.<sup>97</sup>

Don Álvaro vivió cuarenta años junto a san Josemaría, salvo breves espacios de tiempo, desde aquel 7 de julio de 1935, en que pidió la admisión en el Opus Dei. Se puede afirmar que es la persona que más sintió y a quien más dolió la muerte del fundador. Si era un Padre para todos, para él lo era muy especialmente.

Casi tres meses después del tránsito del fundador, el Congreso General eligió, por unanimidad, como sucesor a don Álvaro del Portillo. Tenía entonces sesenta y un años.

---

<sup>97</sup> Id. id., pp. 442-443.

Ese día, en una tertulia familiar, comentó:

*-“es el momento de la continuidad, y no hay continuidad sin fidelidad, y no hay fidelidad sin humildad”.*<sup>98</sup>

Don Álvaro tenía muy claro que en el Opus Dei, desde el cielo, seguía mandando el fundador. El día que fue elegido bajó a la cripta de “Villa Tevere”, donde estaba enterrado el fundador, a rezar. Al entrar don Álvaro en la cripta, los que estaban allí hicieron ademán de levantarse; él los detuvo rápido, señalando la tumba del Padre y diciendo:

*-Donde hay patrón, no manda marinero.*

En esos días, desarrolló la misma idea en una tertulia familiar:

*-En el Opus Dei no hay vértice ni base. Todos somos igualmente hijos de nuestro Fundador, quien nos ha enseñado a poner a Cristo en la propia vida, y que ha dado para siempre a nuestra Obra el carácter sencillo y cordial de una familia bien avenida”.*<sup>99</sup>

---

<sup>98</sup> Salvador Bernal, ob. cit., p. 112

<sup>99</sup> Id. id., ob. cit., p. 110

## **Parte III**

# **SUCESOR DE UN SANTO**

## Capítulo 34

### Un entrevista importante

En aquel primer viaje a Roma, en 1943, monseñor Montini y el ingeniero del Portillo sintonizaron rápidamente. Luego, el trabajo en común y los frecuentes encuentros fueron consolidando un mutuo afecto y una buena amistad.

Han pasado treinta años desde aquella primera entrevista. Monseñor Montini se convirtió en el Papa Pablo VI. El ingeniero del Portillo se hizo sacerdote y recientemente fue elegido como sucesor del fundador del Opus Dei. Los dos se encontraron, el 5 de enero de 1976, en una entrevista en la que se abordaron temas muy importantes

Fue una entrevista amplia, de más de una hora. El Papa lo felicitó por su elección

*-“Santidad, agradezco mucho esta felicitación, pero yo pido al Santo Padre que me conceda su bendición y sus oraciones, porque yo soy el sucesor de un santo y eso no es nada fácil”.*

*-“Pero ahora el santo está en el cielo”<sup>100</sup>*

Don Álvaro pide permiso para transmitir a los fieles del Opus Dei algo que el Papa le dice, visto con una perspectiva histórica de siglos. Es una afirmación muy importante, sobre todo si se considera que está dicha por un Papa:

---

<sup>100</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 209.

*-“Me dijo que consideraba que nuestro Fundador es uno de los hombres que han recibido más carismas, más gracias de Dios, a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Y que siempre respondió con generosidad, fiel a esos dones divinos.*

*En otras palabras, que lo considera como uno de los santos más grandes. Esto lo subrayó varias veces”.<sup>101</sup>*

También le dijo el Papa algo que don Álvaro no necesitó pedir permiso para transmitirlo, porque era evidente que el Papa deseaba que lo transmitiese:

*“Me dijo con insistencia que si queremos ser fieles a la Iglesia y servirla como lo ha hecho nuestro Padre, hemos de ser muy fieles al espíritu de nuestro fundador.*

*A mí, concretamente, me decía:*

*-Usted, cada vez que deba resolver un asunto, póngase en presencia de Dios, y pregúntese: ¿en esta situación, qué haría mi fundador?; y obre en consecuencia.*

*Diga a todos sus hijos y todas sus hijas que, siendo fieles al espíritu del fundador, servirán a la Iglesia como la han servido hasta ahora: con eficacia, con profundidad, con extensión”.<sup>102</sup>*

Don Álvaro ya venía haciendo esto que el Santo Padre le dijo, pero le dio mucha alegría oírlo de labios del Papa. Además, ahora, cada vez que lo haga, sabrá

---

<sup>101</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 209.

<sup>102</sup> Id. id., pp. 210.

que está actuando de acuerdo con el deseo del Romano Pontífice.

Le comentó también el Papa algo que le dio mucha alegría. Me dijo que *“desde hace muchos años, leía Camino a diario y le hacía un gran bien a su alma, y me preguntó a qué edad lo había publicado nuestro fundador. Le respondí que lo había dado a la imprenta cuando tenía treinta y siete años, pero precisé que el núcleo del libro ya había aparecido con el título de Consideraciones Espirituales, en 1934, y lo había redactado un par de años antes, es decir, cuando tenía treinta años.*

*El Papa se quedó un momento pensativo y después observó:*

*“Entonces lo escribió en la madurez de su juventud”.<sup>103</sup>*

Don Álvaro fue contando al Santo Padre las “tertulias de catequesis” por diversos países de Europa y de América; el Papa le iba preguntando repetidas veces:

*-“¿Han escrito todo eso?”*

*-“Sí, Santo Padre, y no solamente está escrito sino que se ha recogido en películas.”*

*-“Perdone que insista, pero todo lo que se refiere al fundador, a su enseñanza doctrinal escrita o vivida, a los sucesos de su vida, no pertenece ya solo al Opus Dei: forma parte de la historia de la Iglesia”.<sup>104</sup> “Esto es*

---

<sup>103</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 453

<sup>104</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 210.

*un tesoro, no solamente para el Opus Dei, sino para toda la Iglesia”.*<sup>105</sup>

También don Álvaro comentó al Papa que había aprendido de san Josemaría a ofrecer diariamente la Santa Misa por la Iglesia y por el Papa. Esto conmovía al Santo Padre, pero respondía que rezase sólo por la Iglesia. Don Álvaro razonaba por qué no podía hacer sólo eso:

*“Yo, con respeto, le dije:*

*-Santidad, yo no puedo separar la Cabeza del Cuerpo. No puedo rezar por la Iglesia sin pedir al mismo tiempo por la Cabeza visible de la Iglesia, que es el sucesor de san Pedro”.*

*-No, no. Rece por la Iglesia, por la Iglesia.*

*-Insistí: vuestra Santidad me acaba de recomendar que sea muy fiel al espíritu de nuestro fundador. Y como él ofrecía siempre la Misa por la Iglesia y por el Papa, si yo hago lo mismo, soy fiel a su ejemplo y obedezco, también en esto, a vuestra Santidad”.*

*-“Bueno, haga como desea. Al pedir por la Iglesia, pida por la situación de la Iglesia”.*<sup>106</sup>

Es fácil entender en esa expresión del Santo Padre, “*por la situación de la Iglesia*”, un sentimiento de preocupación por las interpretaciones equivocadas del espíritu conciliar y de los documentos del Concilio, que tanto daño hicieron a la Iglesia, y tanto hicieron sufrir a san Josemaría, hasta

---

<sup>105</sup> Javier Medina, ob. cit., p.453.

<sup>106</sup> Id. id., ob. cit., pp. 210-211



el punto de ofrecer, continuamente, su vida por el Papa y por la Iglesia. El mismo día de su muerte, en las primeras horas del día 26 de junio, lo volvió a manifestar con mucha fuerza, para que se lo trasmitiesen al Papa.

También fue motivo importante de la conversación el tema de la transformación de la Obra en Prelatura Personal. El Papa sugirió dar comienzo al proceso canónico.

Don Álvaro propuso dejar pasar algo de tiempo para que no pareciera a algunos que la sucesión de san Josemaría estaba suponiendo una ruptura institucional. El Papa estuvo de acuerdo en esperar, pero deseando vivamente comenzar los trámites necesarios, de modo que añadió:

-*“La cuestión continúa abierta”*.<sup>107</sup>

Tres Papas: Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II estuvieron de acuerdo e impulsaron el camino hacia la Prelatura Personal. Faltaban seis años para llegar a la meta de un largo camino que duró, desde sus comienzos, casi cuarenta años. Los mismos que la peregrinación por el desierto del pueblo de Israel.

---

<sup>107</sup> cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 481.

## Capítulo 35

### Tres Papas, dos cónclaves

Ya habían pasado dos años desde aquella importante entrevista con Pablo VI. El 19 de junio de 1978 volvieron a verse nuevamente. Así recuerda don Álvaro la entrevista:

*“El Santo Padre tuvo la delicadeza de fijar la audiencia para una fecha en que solo recibía a dos personas y yo fui el segundo, para poder disponer de más tiempo.*

*Ya sabéis que es costumbre no contar nada de estas conversaciones con el Romano Pontífice, pero algo sí os puedo comentar, porque le pedí permiso expresamente.*

*Me contó, que al conocer a nuestro Padre enseguida se dio cuenta –repito la palabra italiana que empleó el Papa- de la straordinarietà de la figura de Monseñor Escrivá de Balaguer, es decir, que se trataba de una persona extraordinaria, y que, además, la Obra era para él una muestra evidente de la santidad de nuestro fundador. Me insistió en que nos mantuviésemos muy fieles al espíritu de nuestro Padre, porque así seremos fieles a la Iglesia”.<sup>108</sup>*

Al momento de despedirse, el Papa hizo una petición a don Álvaro:

*-“Ahora no me puedo mover de aquí mas que en contadísimas ocasiones y me es imposible ir a la cripta*

---

<sup>108</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 464-465.

*a rezar, como es mi deseo. Pero usted, cuando regrese a su casa, imagine que es el Papa y, en mi nombre, arrodílese delante de la tumba del santo y pida por mí y por la Iglesia.”*

*-“Un deseo de Su Santidad es una orden para mí. En cuanto llegue, iré inmediatamente a la cripta.”*

*-“No, enseguida, no: primero tiene que almorzar. Haga lo que le he dicho a otra hora, pero en este mismo día”.<sup>109</sup>*

Don Álvaro volvió muy contento de la entrevista, también porque el Papa lo animó a presentar la solicitud para la erección canónica del Opus Dei en Prelatura Personal.<sup>110</sup> Pero volvió conmovido al ver el deteriorado estado de salud de Pablo VI. Insistió en que había que rezar mucho por él, para que el Señor le diera la fortaleza que necesitaba para guiar la Iglesia en esos difíciles momentos de crisis.<sup>111</sup>

Al mes y medio falleció el Papa. Don Álvaro estaba en el norte de España, en Solavieya. Salvador Bernal, escritor y periodista, que se encontraba con él en esos momentos, relata cómo recibieron la noticia:

“En el oratorio de Solavieya recitó un responso por el alma del Papa fallecido y rezó un Padrenuestro por el sucesor. Perfiló los planes para regresar enseguida a Roma, mientras insistía en ofrecer sufragios por el alma de Pablo VI y rezar por el Papa

---

<sup>109</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 211.

<sup>110</sup> Javier Medina, ob., cit., p. 481

<sup>111</sup> Javier Medina, ob cit., p. 465.

que había de venir, y también por su “entorno”, es decir, por los que colaborarían cerca de él en el gobierno de la Iglesia.

En la noche, Televisión Española dedicó a Pablo VI un programa informativo especial: flojo, sin piedad, superficialísimo. A don Álvaro le dio una gran pena y manifestó su desagravio en voz alta. Era inmenso su amor al Papa. Al día siguiente, fue al santuario de Covadonga a dejar sus preocupaciones y esperanzas en las manos de la Virgen”.<sup>112</sup>

Pocos días antes del cónclave, pedía al Señor que viniese un Papa “*que no tengo miedo a nada ni a nadie*”.<sup>113</sup>

Cardenales de diversos países iban llegando a Roma, y varios deseaban conversar con él. Entre otros, fueron a almorzar y rezar en la cripta donde estaba enterrado san Josemaría, en días distintos, Albino Luciani y Karol Wojtyła.

El cardenal Luciani, semanas antes, había publicado un artículo, profundo y ágil, sobre el fundador del Opus Dei, en un diario de Venecia. Don Álvaro le agradeció el artículo y el cardenal le dijo:

“Pues estuve dudando si escribir un estudio más teológico, para una revista especializada o éste, más periodístico. Al final me decidí por hacer algo que pudiera llegar a muchas personas.”<sup>114</sup> Ese

---

<sup>112</sup> Cfr. Salvador Bernal, ob. cit., p.52-53.

<sup>113</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 466

<sup>114</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 214.

artículo se publicó el 25 de julio de 1978, en “*Il Gazzettino*”, de Venecia.

El Cónclave duró poco, porque al día siguiente fue elegido el Cardenal Luciani, que, por primera vez en la historia de la Iglesia, tomó un nombre compuesto, el de Juan Pablo, por los dos Papas anteriores, Juan XXIII y Pablo VI.

Pronto se ganó la enorme simpatía popular, por su bondad y su ingenio. Fue llamado “el Papa de la sonrisa.” Pero solo duró treinta y tres días: del 26 de agosto al 29 de setiembre. ¡Dios sabe más! Son los designios insondables de la Providencia divina.

En esos pocos días había pensado en el Opus Dei, que el 2 de octubre iba cumplir cincuenta años de existencia. Escribió una carta de felicitación a don Álvaro y, además, en esa carta manifestaba el deseo de iniciar el proceso para la configuración como Prelatura Personal. El cardenal Villot, Secretario de Estado, se lo comunicó a don Álvaro al acabar el funeral del Papa. Le dijo que no pudo enviarla porque Juan Pablo I no había llegado a firmarla.

Nuevamente se convocó otro cónclave, para el 14 de octubre. Don Álvaro animó a todos a tener visión sobrenatural y a entender, con la lógica de la Cruz, el dolor que atravesaba la Iglesia, inexplicable para la inteligencia humana. Añadía que en el cónclave, intervienen los hombres, “*pero lo termina el Espíritu Santo*”.<sup>115</sup>

---

<sup>115</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 466

El día 16, por la tarde, apareció la “fumata” blanca. Recibió con gran alegría la primera bendición de Juan Pablo II y escuchó emocionado y esperanzado el “no tengais miedo”, que inauguraba un largo y muy distinto papado, y que abriría nuevos surcos en la vida de la Iglesia.

## Capítulo 36

### Atentado a Juan Pablo II

Pocos días después de ser elegido Papa, Juan Pablo II recibió en audiencia a don Álvaro: un encuentro informal, afectuoso. El Papa le pidió que transmitiera su bendición a todos los fieles de la Obra y les dijera que los animaba en su labor apostólica y que rezaba por el Opus Dei.<sup>116</sup>

Solía comentar san Josemaría, refiriéndose a la acción del demonio que “*no se toma vacaciones y que está siempre activo*”. Es verdad que solo llega hasta donde Dios le permite, pero lo deja “suelto”, para que así tengamos necesidad de rezar más. Cuando ve que algo será un gran beneficio para las almas y que dará mucha gloria a Dios, se revuelve rabioso intentando impedirlo.

Eso ocurrió con la configuración jurídica del Opus Dei. Paulo VI dijo a don Álvaro que ya era momento de iniciar los trámites, pero falleció a los dos meses, sin dar tiempo a presentar la documentación. Vino Juan Pablo I y murió a los treinta y tres días, dejando en ese corto tiempo una carta a don Álvaro, dispuesta para la firma, en que se le decía lo mismo. Fue elegido Juan Pablo II, que desde el comienzo animó a don Álvaro a iniciar los trámites. Faltaban los últimos años del procedimiento jurídico, que iban a estar llenos de obstáculos.

---

<sup>116</sup> javier Medina, ob. cit., p. 475

Contra las artimañas diabólicas solo cabe oponer armas más potentes, por ejemplo, la intercesión de la Virgen. San Josemaría se había referido al Santo Rosario, calificándolo de “arma poderosa”.

Don Álvaro tomó una decisión, en cierto sentido “nueva”, con toda probabilidad inspirada desde el cielo por el Fundador: convocar un “año Mariano”. El 9 de enero de 1978, año en que se cumplirían los cincuenta años de la Obra, escribió una larga carta a los fieles del Opus Dei y les proponía que se preparasen para ese aniversario viviendo un “Año Mariano:

*“No haremos nada raro ni clamoroso.: vamos sencillamente, como buenos hijos, a meter más a la Virgen en todo y para todo”.<sup>117</sup>*

En los seis meses siguientes visitó más de veinticinco iglesias y basílicas de Roma, rezando el rosario completo, y viajó a los santuarios italianos de Loreto, Pompeya y bastantes más; y a los principales santuarios marianos de Europa. Daba gracias a la Virgen por la protección dispensada a la Obra en esos cincuenta años y le pedía que siguiese en este tramo final de la configuración jurídica, que entonces se veía muy próximo.

No hubo que esperar mucho para que el nuevo Romano Pontífice diera un impulso al camino jurídico: el primer día del año 1979, don Joaquín Alonso, sacerdote del Opus Dei a quien Juan Pablo II

---

<sup>117</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 461.



pidió que le ayudase a mejorar su español, almorzó con el Papa. Don Álvaro anota en su calendario litúrgico, que le sirve como diario:

(El Papa) *“brinda por la Obra y le pide a Dios que en este año nos conceda todo lo que haga falta”*.<sup>118</sup>

La sugerencia del Papa se hizo efectiva. Diez días después, se presentó la solicitud a la Congregación de los Religiosos (de la que dependía entonces el Opus Dei), para que se tramitase el asunto en la Congregación de los Obispos (de la que dependerá como Prelatura Personal) y de la que es prefecto el Cardenal Baggio. El 23 de abril se iniciaron los necesarios trámites, con la entrega de un amplio estudio sobre la cuestión.<sup>119</sup>

En los meses siguientes, se intensificó el trabajo y fueron más frecuentes las conversaciones con cardenales, obispos y otros eclesiásticos para darles a conocer con precisión el espíritu y las características del Opus Dei.

Don Álvaro, siguiendo los pasos del Fundador, mostró una gran capacidad de organización y un ritmo de trabajo, sereno pero rápido, sin demorar más de lo necesario para resolver cada asunto.

Salvador Bernal, con la autoridad de quien lo conoce bien y ha trabajado mucho con él, relata una experiencia personal, que refleja bien lo dicho anteriormente:

---

<sup>118</sup> Javier Medina, ob. cit., p.483.

<sup>119</sup> cfr. Hugo de Azevedo, ob cit., p. 224.

“A comienzos de 1992, había recibido yo un encargo muy largo, al que me dedicaba casi en exclusiva. Cuando me vio el 29 de marzo se interesó por mi trabajo. Le contesté que me quedaban diez o doce días de redacción. Y dirigiéndose a los demás, sugirió:

*-Pues a los diez días se lo quitáis.<sup>120</sup>*

Añade un testimonio sobre su espíritu de trabajo y su unión con Dios en el trabajo:

“He tenido la suerte de trabajar a su lado muchas horas de mi vida. Tenía muy buena capacidad organizativa y un don especial para impulsar con energía y sosiego la tarea en equipo. ...

Me permito destacar –continúa Salvador Bernal– su profunda rectitud de intención: la conciencia de que el esfuerzo vale de veras la pena cuando se ofrece a Dios, cuando se busca la gloria de Dios. No es suficiente, por tanto, la estricta competencia profesional; ... *“trabajar bien y trabajar por amor están íntimamente unidos”*, escribía don Álvaro el 1 de diciembre de 1991.”<sup>121</sup>

Ese espíritu de trabajo, tan intenso y tan organizado, explica cómo pudo darse tiempo para los asuntos de gobierno del Opus Dei y, al mismo tiempo, para dedicar tantas horas a los documentos del Concilio y, años después, al nuevo Código de Derecho Canónico y a los trabajos preparatorios de la Prelatura Personal. En esos años, también redactó

---

<sup>120</sup> Id. id., p. 87

<sup>121</sup> Cfr. Salvador Bernal, ob. cit., pp. 88-89

su testimonio, de más de mil páginas, sobre san Josemaría.

En el proceso de transformación del Opus Dei en Prelatura Personal, lo más importante, para don Álvaro, era la oración. Por eso declaró el “Año Mariano”. Cuando iba a terminar, decidió prolongarlo un año mas, como preparación para los cincuenta años del comienzo de la labor de la Obra con mujeres, que se cumplían el 14 de febrero de 1980.

Cuando se veía que estaba a punto de salir la Prelatura personal, se presentó un nuevo obstáculo: hubo un robo de documentos de la Congregación de Obispos, que se falsearon y se hicieron llegar a medios de comunicación y a numerosos obispos de diversos países, dando una versión distorsionada de la nueva figura jurídica.

El robo causó estupor en las altas esferas del Vaticano y obligó a numerosas aclaraciones y trámites. Don Álvaro mantuvo la paz en todo momento y dio paz. Esto obligó a rezar más, a trabajar más y a explicar la Obra con detalle a más personas y a más medios de comunicación. Por lo cual, el resultado fue contrario al que buscaban los calumniadores, porque se difundió más el conocimiento real de la Obra.

Don Álvaro comentó:

*“El diablo sale de ésta maltratado, pero no por eso cejará, hemos de continuar rezando mucho.”*

Superado el grave incidente, la meta parecía muy próxima. El Cardenal Baggio entregó toda la

documentación al Papa, con un parecer favorable. El Papa le hizo saber que respondería el 16 de mayo.

Quedará marcado para siempre el 13 de mayo de 1981 como una fecha que asombró al mundo: en plena plaza de san Pedro: un asesino profesional disparó al Papa a pocos metros. Eran las cinco y veinte minutos de la tarde.

A gran velocidad se llevó al Papa, muy gravemente herido hasta el Hospital Gemelli, donde esperaban los médicos con el quirófano preparado. Era inexplicable que el Papa no hubiese muerto. La bala se fue desviando de los órganos vitales, guiada por una mano no humana. La hemorragia pudo ser contenida y el Papa, después de unos días de incertidumbre, salvó la vida.

Una oleada de cariño al Papa se levantó en todo el mundo, también de los no católicos.

Don Álvaro escribió una carta a la Secretaría de Estado en la que decía:

*“No hacemos más que rezar y rezar, al Señor y a la Virgen Santísima, pidiendo por nuestro amado Santo Padre (...), la persona que más queremos en esta tierra”.*<sup>122</sup>

La recuperación fue larga y dolorosa. Millones de personas rezaron intensamente por el Papa. Los medios de comunicación del mundo informaban diariamente con afecto y respeto.

Al momento del atentado, don Álvaro estaba en una reunión de trabajo. Le informaron enseguida, se

---

<sup>122</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 492.

levantó, rezó un Padrenuestro y una Salve. A partir de ese momento, no se interrumpió su oración por el Papa. Se acercó al Policlínico Gemelli esa misma tarde.

Pocos días después, el domingo, durante el rezo del *Ángelus*, la voz del Papa, muy débil, pudo escucharse en la plaza de san Pedro y por los canales mundiales de televisión, bendiciendo a todos y perdonando a quien había intentado asesinarlo, Ali Agca, que estaba en la cárcel.

El pistolero profesional no se explicaba cómo había podido fallar. Analizó todos los detalles y preparativos y llegó a una conclusión, la única posible:

-“Los que prepararon esto lo pensaron todo muy bien..., menos una cosa.”

-“¿Qué cosa?”, le preguntaron los carceleros

-“¡La fecha! ¡La fecha!” (era fiesta de la Virgen de Fátima).

Acertaba solo en parte, porque la Virgen hubiese guiado la bala en cualquier otro momento.

## Capítulo 37

### El Opus Dei, Prelatura Personal

Durante varios días, el Papa estuvo entre la vida y la muerte. A Dios gracias, unas semanas después pudo trasladarse al Vaticano para continuar allí su recuperación. Pero surgieron complicaciones y el 20 de junio tuvo que ser ingresado de nuevo en el *Gemelli*, con una fuerte infección que costó mucho combatir.

A mediados de julio, don Álvaro iba a salir de Roma y como ya era costumbre, deseaba pedir la bendición del Papa. Fue al Hospital, acompañado por don Javier Echevarría y don Joaquín Alonso, y solicitó al secretario del Papa que, a través suyo, le enviase su bendición. Al mismo tiempo le transmitía que toda la Obra rezaba por él. El secretario les hizo esperar un momento y poco después les invitó a pasar unos instantes. A don Álvaro se le quedaron muy grabados esos pocos minutos:

*“Eran las once de la mañana y la habitación estaba en penumbra. Se alegró de nuestra presencia y, después de arrodillarme para besar su mano, cogí su brazo y noté que quemaba por la fiebre. Yo le dije, como nos hacía considerar nuestro Padre cuando alguien estaba enfermo, que ese padecimiento suyo era una caricia que le había hecho la Santísima Virgen, porque le estaba acercando más a Dios. Y si la enfermedad es siempre un tesoro, la del Papa supone*

*todavía una riqueza mayor para su persona y para toda la Iglesia.*

*-“Eso mismo pienso yo”, afirmó Juan Pablo II.*

*Nos comentó que durante el día, además de rezar, oye algo de música, y le gusta escuchar un cassette de canciones mexicanas, que le preparamos nosotros y le llevó don Joaquín -fue profesor suyo de español-; prefiere en especial “La Morenita”.<sup>123</sup>*

Muy pocos días después, el Papa llamó al Cardenal Baggio al Hospital. Los médicos le habían consentido que lo viese por unos minutos. Al Cardenal le dio alegría y dudó si llevar algún expediente de los que tenía en estudio. El propio Cardenal lo relata así:

*“Al fin decidí no llevar ningún papel, aunque me preparé mentalmente algunos temas por si me preguntaba por ellos. Llegué al Gemelli. Y nada más entrar a la habitación, después de saludarme afectuosamente, el Papa me dijo:*

*Eminencia, le he llamado para decirle que siga adelante con el estudio de la transformación del Opus Dei en Prelatura Personal”.<sup>124</sup>*

El Cardenal quedó impresionado por el interés del Papa por este asunto, a pesar de su enfermedad, y comentó:

*-“Verdaderamente, esto viene de Dios”.<sup>125</sup>*

---

<sup>123</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 493.

<sup>124</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 229-230.

<sup>125</sup> Hugo de Azevedo, ob., cit., p. 230.

Pero los obstáculos volvieron a presentarse, cada vez más a la desesperada, porque se fraguaron unos documentos falsos –ya no eran fotocopias como la vez anterior- y los hicieron circular a centenares de obispos.

El Cardenal Baggio se indignó y tuvieron que enviarse nuevos documentos que explicaban más en profundidad la naturaleza del Opus Dei y lo que son las Prelaturas Personales. Nuevamente el diablo salió perdiendo con su jugada. Lo único que ganó es dar más trabajo y demorar el resultado final.

Don Álvaro nunca perdía la paz. Carmen Ramos, una de las directoras de la Asesoría Central, dejó escrito en su testimonio:

“Nunca le vi impaciente o molesto con las personas que ocasionaron esas dificultades, por el contrario, constituían para él un estímulo para abandonarse más en las manos de Dios , y ayudarnos a los demás fieles de la Obra a enfocar los acontecimientos con mucha visión sobrenatural: rezando y perdonando”.

El Papa decidió que una comisión especial de ocho cardenales estudiaran todo y le diesen su parecer. El 26 de setiembre le dieron su parecer favorable y seis semanas después, el 7 de noviembre el Papa comunicó al cardenal Baggio su decisión de erigir la Obra en Prelatura Personal, recomendando que se informara de esta decisión a todos los obispos de las diócesis en las que trabaja el Opus Dei. Eran entonces cerca de dos mil diócesis, de treinta y nueve países. Añadió el Papa que se les diese tiempo



para enviar su respuesta y observaciones, si deseaban hacerlas.

Mientras las respuestas iban llegando a Roma, don Álvaro seguía haciendo romerías y visitas a santuarios de la Virgen. El 13 de abril de 1982 fue a Fátima. Ofreció unas molestias físicas, en la boca y en la vista, que procuró que pasasen muy desapercibidas. Y siguió impulsando la expansión del Opus Dei por el mundo, en concreto, en Hong-kon y Honduras.

Vencido el plazo de respuesta de los obispos, la gran mayoría no tuvo ninguna observación que hacer. Solo treinta y ocho obispos, entre los casi dos mil, hicieron observaciones o comentarios negativos. Juan Pablo II determinó que se contestase individualmente a cada uno, dándoles las explicaciones que solicitaban o aclarando sus dudas.

Por fin se llegó a una meta, que no era la última: el día 23 de agosto, Juan Pablo II mandó publicar su decisión de erigir el Opus Dei como Prelatura Personal, pero retrasando la publicación del documento oficial “por razones técnicas”.

Una anécdota muy expresiva denota como a don Álvaro no se le pasaba el más mínimo detalle de la vida de san Josemaría y, también, cómo la Divina Providencia sabe elegir las fechas. Desde cuatro días antes, el cardenal Baggio comunicó a don Álvaro que el Papa iba a hacer pública su decisión. Llegó el día 21, que es San Pío X, patrono de las relaciones del Opus Dei con la Santa Sede, y parecía una fecha muy adecuada para la declaración pública del Papa, pero

pasó en blanco. El día siguiente era una fiesta de la Virgen, Nuestra Señora Reina, y también pasó sin noticias. Por fin, el 23, ¡salió al aire la noticia!. Alguien, cerca de don Álvaro comentó:

-“¡Un día cualquiera!”.

Enseguida intervino don Álvaro:

-“*¡No es un día cualquiera! Es el aniversario de una locución divina a nuestro Padre; es la gran misericordia que esperábamos*”.

La historia es ésta: once años atrás, el 23 de agosto de 1971, después de celebrar la Santa Misa, san Josemaría escuchó, en latín, unas palabras que se le quedaron grabadas a fuego: *“adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur”*, que traducido al español significa: *“vayamos con confianza al trono de la Gloria (que es María) para alcanzar misericordia.”* Esas palabras las repitió san Josemaría muchas veces, confiando en la intercesión poderosa de María. Millares de personas las repitieron también, uniéndose a la petición de san Josemaría.

El cardenal Julián Herranz recuerda la tarjeta postal recibida en Roma, días después de esa locución, con esas palabras, escritas de puño y letra de san Josemaría, que entonces estaba en el norte de Italia.<sup>126</sup>

La Virgen contestó un 23 de agosto otorgando, por misericordia de Dios, la transformación del Opus Dei en Prelatura Personal. Por tanto era un día muy

---

<sup>126</sup> Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 233-234.

oportuno para que el Papa hiciese pública su decisión.

El mes de setiembre hubo que deshacer otros nudos de importancia. Se involucró al Opus Dei en ciertas conjuras políticas y económicas. También se acusó de lo mismo a la Santa Sede. Se detuvieron gracias a una declaración del gobierno italiano que no dejaba lugar dudas.

¡Llegó el último “por fin”! El 26 de noviembre, de 1982, el cardenal Baggio comunicó oficialmente a don Álvaro que el Papa había creado la Prelatura Personal del Opus Dei, que lo había nombrado Prelado y que la noticia se daría en los medios de prensa y televisión al mediodía del día 27. Esa tarde, con fecha 28 de noviembre, la publicó el diario del Vaticano, “*L’Osservatore Romano*”, con lo cual quedó oficialmente promulgada por la Santa Sede.

Surgió enseguida en el corazón de don Álvaro un profundo acto de acción de gracias a Dios, unido al deseo de ir a México, a agradecer a la Virgen de Guadalupe su intercesión poderosa.

## Capítulo 38

### Los viajes de don Álvaro

Logrado algo tan importante como la erección del Opus Dei en Pelatura Personal, don Álvaro no bajó su ritmo de acción.

Al año siguiente, 1983, se propuso otro “imposible”. San Josemaría había acariciado la idea de un centro de estudios eclesiásticos superiores en Roma. Hacía falta una buena dosis de fe y optimismo para llevarla a cabo, porque suponía un claustro de profesores de alto nivel, estructura adecuada, medios económicos. Por otra parte, en Roma ya había bastantes y las vocaciones sacerdotales habían disminuido en los últimos años. No parecía el momento adecuado.

Expuso su proyecto al Papa Juan Pablo II, que lo acogió con entusiasmo. Tanto que el secretario papal, don Stanislaw, después cardenal arzobispo de Cracovia, con cierto humor, comentó que dudaba “si la erección de esta universidad en Roma fue una idea original de Juan Pablo II o una petición del entonces Prelado del Opus Dei, Álvaro del Portillo”.<sup>127</sup>

El proyecto, que era grande, nació pequeño, pero nació rápido: al año siguiente abrió sus puertas, con unos 40 alumnos. Sin embargo, catorce años después, el 15 de julio de 1998, el Papa Juan Pablo II la erigió como “Pontificia Universidad de la Santa

---

<sup>127</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., pp. 543-544

Cruz". Don Álvaro lo vio desde el cielo. Por sus aulas han pasado miles de estudiantes, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, de muchas diócesis de todo el mundo.

Quedaba todavía una interrogante por resolver: ¿don Álvaro continuaría con los viajes de catequesis que inició san Josemaría?

San Josemaría denominaba "tertulias" a sus reuniones con centenares o millares de personas, en las que iban y venían las preguntas sobre muy variados temas, siempre en un contexto de vida cristiana. Según el Diccionario de la Lengua, tertulia es "una reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar o recrearse." San Josemaría, se reunía con esos grupos de personas para conversar, en un tono familiar y entretenido, sobre los temas corrientes de la vida, haciendo, de manera muy natural y espontánea, una verdadera catequesis. Por eso, a los viajes que realizó por Europa y América los llamaba "viajes de catequesis", y así lo fueron realmente. ¿Don Álvaro los continuaría?

Cuando fue elegido sucesor de san Josemaría, los directores del Consejo General le sugirieron seguir con esa tradición. Don Álvaro dudó. Pensaba que su carácter era menos expansivo que el de san Josemaría y que carecía de sus extraordinarias cualidades oratorias. Pero enseguida recapacitó y aceptó, pensando también que el Espíritu Santo ayudaría. Y así fue. Se realizaron muchas tertulias, algunas de ellas multitudinarias, y de esas reuniones

se siguieron abundantes frutos espirituales. Viajó por cuarenta y dos países de los cinco continentes y lo escucharon, dialogando con él, cientos de miles de personas.<sup>128</sup>

Frecuentemente las comenzaba con expresiones parecidas a ésta:

*-“Vamos a tener un rato de conversación. Lo importante no es lo que os pueda yo decir, sino lo que el Espíritu Santo haga oír a cada uno en el secreto de su corazón”.*<sup>129</sup>

Si podía, lo primero que hacía al llegar a un país era acudir a rezar ante la imagen de la Virgen más venerada. También visitaba al obispo del lugar para saludarlo y también para informarse de las prioridades pastorales que el obispo deseaba que trasmitiese.

Uno de los objetivos principales de sus viajes era mostrarse con los fieles de la Obra, hombres y mujeres, que residían en ese país, como lo que era, el Padre. Los alentaba en su vida espiritual y material, se preocupaba de su salud, de su descanso, como cualquier buen padre se preocupa de sus hijos.

En uno de esos viajes, estando en Dublín, hubo un accidente ferroviario en que falleció un miembro del Opus Dei. Lo sintió muchísimo, hizo sufragios por él y se interesó en detalles. De cómo había sucedido. Le dijeron que ese día John, antes de salir de viaje, sirvió el desayuno a su mujer, que estaba en cama

---

<sup>128</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 584

<sup>129</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 458-459

por el reciente nacimiento de su hijo y preparó sus cosas, entre ellas los documentos que trabajaría en el tren. Alguno de los que estaba con él, comentó: “Pienso que murió trabajando”, otro añadió: “o rezando, que es lo mismo”, y don Álvaro también hizo su comentario:

*-“O descansando; el que trabaja tiene derecho al descanso. Descansar es una cosa buena y santa”.<sup>130</sup>*

Don Álvaro, antes de las tertulias, se recogía unos instantes en oración, para pedir al Espíritu Santo que fuera él quien actuase en el alma de los que lo escuchaban. Confiaba totalmente en Dios. Monseñor Javier Echevarría le escuchó decir, en voz baja, después de una de esas tertulias:

*-“Yo no sé hacer las cosas, yo no sé hablar. Dios suplirá”.<sup>131</sup>*

Después de esas reuniones, las personas se sentían impulsadas a mejorar su vida y les transmitía paz y aliento. Suscitaba conversiones, deseos de mayor fidelidad en la vida cristiana, lo mismo que había sucedido en los encuentros con san Josemaría.

Aunque hablaba a multitudes, le interesaban las personas, una a una. Es muy expresiva la anécdota sucedida en París, con un joven africano que se encontró en la catedral de Notre Dame. Lo saludó y entabló una conversación con él. El muchacho se quedó sorprendido e impactado. El trato entre los dos continuó a través del correo. El muchacho

---

<sup>130</sup> Salvador Bernal, ob. cit., pp. 118-119.

<sup>131</sup> cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 460

descubrió así su vocación sacerdotal y entró en el seminario. Actualmente es párroco en Ottawa (Canadá).<sup>132</sup>

En cuanto le fue posible, viajó a México para dar gracias a la Virgen de Guadalupe por la transformación del Opus Dei en Prelatura Personal y, también, en recuerdo de la novena de oración tan intensa y confiada que vivió san Josemaría, en mayo de 1970.

Antes de aterrizar en México, hizo una rápida visita a Montreal (Canadá) y después fue a Colombia. En Bogotá visitó un convento de religiosas de clausura, a las que dijo:

*“... en el Opus Dei, también tenemos un espíritu contemplativo, pero en medio del mundo, donde hemos de descubrir (...) ese algo divino que se encierra en todas las cosas buenas de la vida. En todos los quehaceres honrados se puede encontrar al Señor. Contamos para eso con el apoyo de tantas Comunidades de religiosas de clausura -unas quinientas en todo el mundo- que ofrecen por nosotros algo de su oración y su mortificación”.*<sup>133</sup>

Rezó ante la Virgen de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Era una visita muy esperada y en cierto sentido anunciada porque alguna vez había dicho:

*-“No quisiera morirme sin haber rezado en Chiquinquirá”.*

---

<sup>132</sup> cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 588.

<sup>133</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., pp. 593-594.



Mirando la imagen, inició su oración diciendo.

*“Estamos en Chiquinquirá, cumpliendo de modo filial el deseo de nuestro Padre, que manifestó más de una vez, de venir a rezar a este Santuario.*

*Sé que hace muchos años comenzó a tener devoción a la Santísima Virgen en esta advocación de Chiquinquirá. Pero no pudo venir aquí. Lo que no realizó en la tierra, queremos hacerlo nosotros en su nombre”.*

En Colombia estuvo diez días, del 24 de mayo al 2 de junio, de 1983. Tuvo encuentros muy numerosos en Bogotá y en Medellín. De allí, voló a Nueva York, donde estuvo cuatro días. El tema predominante fue la familia y la santificación del estado matrimonial. Se despidió prometiendo volver en un viaje amplio por Estados Unidos. Cumplió la promesa en 1988: estuvo en ese país cerca de dos meses y visitó muchas ciudades.

De Nueva York, regresó a Europa por París, donde rezó una vez más en la iglesia de la Medalla Milagrosa. Terminó su largo itinerario en Roma.

Fueron cuarenta y cinco días de viaje, con más de ciento cincuenta intervenciones pastorales. Un buen ritmo para una persona que estaba muy cerca de cumplir los setenta años.

## Capítulo 39

### México: Novena en Guadalupe

Cada vez que don Álvaro fue a México, el recuerdo de su madre se hacía presente, al reconocer su suave acento en el modo de hablar de la gente de México. Estuvo casi un mes, del 27 de abril al 23 de mayo de 1983.

Enseguida, quiso comenzar la novena de agradecimiento:

-*“Un agradecimiento que no se acabará nunca”,* comentó.

Fueron nueve días de intensa oración, del 29 de abril al 7 de mayo, vividos en la intimidad, recordando la novena junto a san Josemaría, trece años antes. En esa ocasión, el Fundador de la Obra la terminó muy contento, convencido de que la Virgen lo había escuchado. Ahora trece años después, el recuerdo de san Josemaría está especialmente vivo.

Al comenzar, le dijo a la Virgen que se presentaba ante Ella con las manos vacías de méritos propios, pero que las llevaba llenas de los deseos de santidad de los fieles del Opus Dei y que le pedía la fidelidad de todas sus hijas e hijos.<sup>134</sup>

El seis de mayo, octavo día de la novena, el Abad de la Basílica tuvo la atención de invitarlo a pasar al pequeño camarín donde se custodia el

---

<sup>134</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 591.

cuadro de la Virgen, para que pudiera verla muy de cerca y besar el vidrio que protege el milagroso lienzo. Allí estuvo a última hora de la tarde, durante un buen rato, muy recogido en oración delante de la Virgen.

El último día, don Álvaro recorrió parte de la Basílica y se detuvo junto a una vitrina que guarda un crucifijo, de bronce, retorcido por un atentado. Es el recuerdo de un milagro sucedido en la anterior Basílica. En años de persecución religiosa, se hizo explotar una bomba muy cerca del cuadro de la Virgen, que entonces no contaba con la protección de un fuerte vidrio antibalas, que tiene ahora. La imagen no sufrió ningún daño, sin embargo el crucifijo que estaba cerca del cuadro, quedó retorcido, en el estado en que se ve, pese a ser de bronce. Don Álvaro leyó la cartela en que se relata el suceso y propuso rezar un Padrenuestro en desagravio por el atentado.

Durante los días que estuvo en México, tuvo muchas reuniones, algunas con varios miles de asistentes. En una de ellas, al ver la gran multitud, les dijo:

*“Para un sacerdote que ama a Dios -y todos lo sacerdotes aman a Dios- el contacto con las almas es la mayor alegría que cabe imaginar. Poder hablar de Dios a tanta gente -yo no hago otra cosa, como aprendí de nuestro Fundador-, y además en este México bendito donde se conserva tan bien la fe... Realmente el “non fecit taliter omni nationi” (no hizo nada igual en ninguna otra nación) que hay escrito*

*junto a la imagen de la Virgen de Guadalupe, es una verdad muy grande*".<sup>135</sup>

En una de esas grandes tertulias recordó el viaje de san Josemaría, en mayo de 1970, para rezar a los pies de la Virgen de Guadalupe, por la Iglesia y por la Obra.

*"Podía haberse postrado en cualquier otro sitio ante la Santísima Virgen, pero quiso hacerlo en México. Y aquel viaje fue una bendición de Dios. Nuestro Fundador comentaba que aquí aprendió mucho.*

*Cuando en la antigua Basílica de Guadalupe veía aquellas gentes humildes, muy pobres, que caminaban de rodillas llevando en una mano dos monedas -que sería todo lo que tenían- y la otra mano levantada en actitud de súplica, nuestro Padre se conmovía mucho. Aprendió -así decía- de la fe del pueblo mexicano".*

Como hacía san Josemaría, dedicó un tiempo a sacerdotes, consciente de la importancia que tienen para la Iglesia y para el mundo. Les manifestó su gran afecto y disfrutó con ellos. Había sacerdotes de cinco diócesis de México. Una de las cosas que les dijo fue:

*"El mejor servicio que podéis hacer a la Iglesia es asegurar la continuidad del sacerdocio. Para eso, que os vean alegres, dichosos con vuestro ministerio; que os vean piadosos, porque cuando pasáis delante del Santísimo hacéis una genuflexión pausada, diciendo una jaculatoria con el corazón; (...)"*.<sup>136</sup>

---

<sup>135</sup> Javier Medina, o. cit., p. 593.

<sup>136</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 592.

Viajó a Jonacatepec, cerca de Cuernavaca, donde está la casa de retiros de Montefalco y una escuela para campesinos, y otra para niñas y muchachas de la zona, entre otras actividades. Allí estuvo dos días.

También estuvo en Monterrey y en Guadalajara. En esas ciudades tuvo reuniones con familias, con sacerdotes y recibió a muchas personas.

En su visita a México se reavivó su sensibilidad social, que tuvo siempre, y venía desde los años de su juventud, que le costó que le abrieran la cabeza con un salvaje fierrazo, en una barriada de Madrid. Don Rafael Fiol, Vicario de la Prelatura del Opus Dei en México, recuerda en un artículo que publicó en el diario *"Reforma"*, de México:

"Se dolía profundamente por las patentes desigualdades económicas de la población, lo que le dio ocasión para hablar con mucha fuerza de las obligaciones sociales de los católicos e impulsó a miembros de la Prelatura a poner en marcha nuevas iniciativas sociales de gran alcance, además de las ya existentes en México".<sup>137</sup>

Uno de los días, en una tertulia en que había unas nueve mil personas, les dijo:

*"Yo me siento como en mi patria, en esta nación maravillosa, y no solo por parte de mi madre, de mi abuela y de toda la línea..."*

No pudo seguir por los aplausos. Cuando terminaron, continuó:

---

<sup>137</sup> Salvador Brnal, ob. cit., p. 77-78.

*“... pues pido al Señor que en esta nación mexicana exista siempre el calor de la fraternidad, que nadie sea indiferente a los otros”.*

## Capítulo 40

### México: el relato de Pedro Vargas

En la última tertulia general, poco antes de su partida de México, intervino Pedro Vargas, uno de los grandes cantantes mexicanos, de fama internacional. En esa tertulia había varios miles de personas. Agradeció un favor muy especial que le hizo san Josemaría y que ya todos conocían, por una entrevista en Televisión que le hicieron días antes. Allí contó con detalle que había escapado de la muerte por un milagro de Dios; y que acudió a la intercesión de un santo, que hasta entonces no conocía, san Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei.

El relato causó sensación, tanto que al día siguiente, tuvieron que repetir la entrevista, y sirvió para que mucha gente conociese a san Josemaría.

El relato, en síntesis es el siguiente:

Años atrás, la esposa de Pedro Vargas, Tere, recibió una estampa para la devoción privada al Fundador del Opus Dei, en la Basílica de san Pedro, en Roma. La señora que se la regaló le dijo que acudiera a su intercesión “cuando tuviera un problema grande”.

Con el tiempo, se olvidó de aquello. Pedro, que padecía diabetes, tuvo que ser intervenido quirúrgicamente por otra enfermedad. Hubo un problema con la anestesia, se fue complicando cada

vez más su situación, de modo que pasó un mes sin conocimiento y con un temblor importante en las piernas. Todo el cuadro hacía suponer un posible fallo cardíaco. Siguió la gravedad de modo que se esperaba el fallecimiento en cualquier momento.

Buscando algunos papeles, Tere encontró una *Hoja Informativa* sobre el Fundador del Opus Dei y cayó de entre sus páginas una estampa. Reconoció la que le había dado aquella señora en Roma. ¡Qué situación más grave que ésta para recurrir a su intercesión! Corrió a ponerla debajo de la almohada de Pedro y empezó a rezar la oración con mucha fuerza, acudiendo también a la Virgen de Guadalupe, porque leyó que el Fundador le tenía mucha devoción.

Rezaba, rezaba y más bien le gritaba: “¡Monseñor, tienes que conseguirme este favor!” Tan segura estaba de lograrlo que tomó fotografías a Pedro para que se pudiera ver la situación extrema de la que se iba a curar.

Una de esas noches, a las tres de la mañana, su hijo, que estaba con él, notó que había cesado el temblor en las piernas y que su padre dormía serenamente. A las diez de la mañana, Pedro abrió los ojos y dijo algunas palabras. A partir de ahí, la mejoría fue progresiva hasta alcanzar la normalidad. Tanto es así, que un tiempo después, pudo reanudar sus actividades. Dió un concierto, con miles de asistentes, en Ciudad de México, con motivo de sus 55 años de vida artística.



Tomó el micrófono, en la tertulia general, del 22 de mayo, y dijo:

-“Padre, mi nombre es Pedro Vargas”.

Estalló entonces una gran ovación. Seguidamente, preguntó:

-“¿Qué me aconseja para dar gracias a Monseñor Josémaría Escrivá de Balaguer y Albás, por el favor que alcanzó de Dios al obtener mi salud?”

-“Hijo mío, que Dios te bendiga. Es una cosa muy buena querer dar gracias. Es una predilección de Dios tener alma agradecida. ¿Cómo agradecer este favor? Haciendo lo que haces pero cada día con más Amor de Dios. Tere te ayudará”.

Don Álvaro recordó que al fundador de la Obra le gustaba cantar. Le dijo que cuando iban de un sitio a otro en automóvil rezaban y, en otros momentos, san Josemaría cantaba. Le agradaban las canciones mexicanas. Le dice a Pedro Vargas:

-*Generalmente se trataba de canciones populares que se refieren al amor humano, noble y limpio. Él las cantaba a lo divino, dirigiéndolas al Señor o a la Virgen Santísima. Así las convertía en oración.*

Mencionó que a Juan Pablo II, después del atentado, le prepararon unas canciones mexicanas entre las que había alguna de Pedro Vargas. Y le dijo:

-“*Cuando Dios te ha prolongado la vida, para algo será. Para que cantes a la Virgen tus canciones. Hazlo así.*”

Pedro contestó con su modo personal de agradecer al terminar sus conciertos:

-“Muy agradecido, muy agradecido, muy agradecido”

Don Álvaro rió con todos y tuvo con Pedro Vargas un último dialogo:

*-“Con tu profesión de artista puedes hacer lo que un torero famoso que hubo en España, y que también será conocido en México: Antonio Bienvenida... Era supernumerario del Opus Dei. Una vez le dijo nuestro fundador: tú casi siempre, cuando toreas, tienes que dar la vuelta al ruedo, cortas tantas orejas... y la gente te aplaude. Pues, cuando recibas esas ovaciones, levanta tu corazón a Dios y dile:*

*-Señor, esta ovación es para Ti, para tu gloria. Tú puedes hacer lo mismo, ¿verdad?*

*- Exactamente.*

*- ¡Que Dios te bendiga!*

Al volver a su casa, Tere, su esposa, comentó:

-Ha sido una mañana verdaderamente inolvidable.

## Capítulo 41

### Don Álvaro en Japón

San Josemaría decía muchas veces a sus hijos que pedía todos los días para ellos el “don de lenguas”, no en el sentido estricto de dominar muchos idiomas, sino en el de hacerse entender por la gente, decir las cosas de modo que lleguen y sean recibidas. Cada uno tiene su cultura, su diversa mentalidad, por lo que es preciso hablarle “en su idioma”.

Añadía que las cosas importantes y profundas siempre se pueden decir de modo sencillo y atractivo. Y redondeaba la idea, añadiendo, medio en serio medio en broma:

*“Entre que la gente tiene malas entendederas y vosotros tenéis malas explicaderas”*

Don Álvaro viajó a continentes y países con mentalidades y culturas muy distintas a la occidental y se hizo entender por esas personas. Siendo europeo, sin embargo, en cierto sentido, se hizo universal. Se encomendaba al Espíritu Santo y también ponía el esfuerzo humano necesario.

El cariño es un idioma universal que facilita mucho transmitir las ideas. Don Álvaro, como aprendió de san Josemaría, les hablaba siempre con cariño y superaba la barrera de culturas diversas, modos de decir distintos, traducciones simultáneas,

que objetivamente hablando no son fáciles de superar.

Uno de sus viajes fue a Japón. Es un país especialmente querido por san Josemaría y, también por don Álvaro, porque en los años de la guerra civil española, dedicó tiempo a aprender japonés, con la ilusión de que quizá algún día iría a Japón a llevar el sentido cristiano de la vida y el espíritu del Opus Dei.

El viaje a Japón fue en 1987, y allí estuvo del 12 al 23 de febrero. ¿Se hizo entender? ¿Llegó al corazón de los japoneses?

Hay una carta que viene desde Nagasaki, Japón. Va dirigida a un fiel de la Prelatura del Opus Dei, que entonces residía en Lima. Su nombre es Teru. La escribió su hermana y le dice que ha estado en una tertulia con don Álvaro. Hasta ese momento, sabía muy poco del Opus Dei. La traducción al castellano la hizo su hermano Teru:

“Fuimos al colegio Seido para asistir a una tertulia con el padre Del Portillo. Ha durado una hora. Para mí ha sido muy poco tiempo. Un encuentro significativo. Dios me ha dado una felicidad profunda y una alegría grande.

Después de regresar del colegio, tuvimos en casa una reunión familiar, llena de alegría. Mis padres comentaban que el Padre era muy cariñoso, pero también era muy exigente. Era sutil, digno y tenía una “luz” especial en los ojos.

Mi impresión era que a pesar de haber venido mucha gente a la tertulia, sentí que el Padre me hablaba personalmente, cara a cara, fijándose en mi

corazón y trasmitiéndome la profundidad y exigencia de su vida. En una palabra, el Padre era muy enérgico, lleno de luz.

A medida que avanzaba la tertulia, me dí cuenta que yo estaba sonriendo, llena de felicidad y alegría. Ahora pienso y deseo que ojalá que empiece yo también a hacer a la gente alegre y feliz.

Han pasado ya tres días. Ahora, no sé por qué, pero cuando recuerdo su rostro, no siento cansancio en mi trabajo. Eso es algo muy nuevo para mí. Sobre todo aprendí de sus palabras la importancia de la oración: rezar por los demás, ser instrumento para hacer a la gente feliz.

Te voy a contar el resumen de sus palabras:

La paz interior viene de la intimidad con Dios. Jugar y pasarlo muy bien con Dios.

Dolerá el corazón cuando uno está separado de Dios.

La verdadera felicidad solo puede darla Dios. El pecado destroza esta felicidad.

El sufrimiento es la bendición de Dios y, a través de él, uno puede purificar su alma y tener más cariño a los demás.

Nos contó sobre el fundador del Opus Dei.

A una niña de 15 años que va a la Escuela de Hogar de Seido le dijo:

*“Verdaderamente tú tienes una Madre amable en el cielo”*

Ha sido para mí una hora muy importante. Siento que puedo amar a Dios cada día más. Desea

que yo sea feliz 100 por 100. Ahora me siento muy feliz y alegre donde estoy.“

La carta expresa muy bien que el idioma del Espíritu Santo es universal. Así fue en Pentecostés.

El viaje a Asia comenzó el diez de enero de 1987 en Singapur. Siguió por Australia, Filipinas, Hong-Kong, Corea y Japón.

Don Álvaro tuvo la alegría de celebrar la Misa en suelo chino, en Cantón, donde había sido invitado por el rector de la Universidad Guangzhou. Se reunió con el rector y profesores de la Universidad.

En esas reuniones estuvo también presente el comisario político del Partido Comunista. Su presencia no condicionó para nada la conversación sincera, sacerdotal, de don Álvaro. Incluso señaló su traje sacerdotal que llevaba, el *clergyman*, haciéndoles notar que era un acto de fe en su religión católica.

Era un gesto audaz, si se tiene en cuenta que en China no se le permitía entrar como sacerdote católico, lo hizo en su calidad de profesional universitario y, además, invitado por una Universidad. Pero nada le impedía vestir como lo que es, un sacerdote católico.<sup>138</sup>

También en este año visitó Dinamarca, Noruega, Suecia, Suiza y Alemania. El Papa le había recomendado atender los países nórdicos, tan alejados del catolicismo, tan carentes de

---

<sup>138</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 597.

evangelización. Fue muy dócil a la sugerencia del Papa.

En ese mismo año, comenzaron la labor apostólica estable en Finlandia los primeros fieles de la Obra.

## Capítulo 42

### La hora de África

Hay que agradecer a la tecnología actual la nitidez con que se filman en películas y videos diversos eventos que pasarán a la historia con imagen y sonido. Hasta ahora, concretándonos al plano de la religión, nunca habíamos podido ver y oír a los santos y conocerlos en su modo de ser, con su personalidad y sus expresiones propias. Hemos tenido que limitarnos a leer “vidas de santos”.

Sin embargo, Juan Pablo II, Josemaría Escrivá, Álvaro del Portillo encabezan una larga lista de “santos vivos”, gracias a la tecnología, que irá perfeccionándose, en forma difícil de imaginar.

Hay muchísimas películas y videos de don Álvaro del Portillo, en sus viajes por el mundo. Pero entre ellas destacan, por su colorido y viveza, los rodados en África. Ahí queda recogido algo de las costumbres, música, ritmos, expresiones que conforman el “alma africana”. A don Álvaro se le encuentra a gusto entre ellos, interesándose en todo lo suyo y recibiendo con agradecimiento sus distinciones y homenajes.

En 1989 viajó a cinco países de África: Kenia, Congo (entonces Zaire), Camerún, Costa de Marfil y Nigeria.



En Kenia, estuvo del 1 al 10 de abril. Le gustó mucho un proverbio kikuyo, al que le sacó gran partido en su predicación sacerdotal:

“No hay montaña difícil de subir, cuando en la cumbre hay un amigo.”

*“Nosotros tenemos en lo alto de la montaña a Cristo, que es el Hijo de Dios... Por lo tanto, no hay ninguna dificultad que no podamos superar, ningún obstáculo que no podamos vencer, porque Jesús está con nosotros”.<sup>139</sup>*

En Nairobi, comenzó a funcionar muchos años atrás el primer centro interracial de África, impulsado por san Josemaría, con gran visión de futuro. Tuvo en los primeros años fuertes resistencias, porque suponía romper unos esquemas de separación racial, que parecían intocables. Se consiguió lo que entonces parecía un imposible. Actualmente es una Universidad

En un muy amplio Centro de Conferencias, con unas cinco mil personas, se realizó una tertulia general muy simpática y animada, -y al mismo tiempo con gran contenido doctrinal-, en la que nombraron *Elder* a don Álvaro, título que se otorga a un padre de familia, al que se trata con sumo respeto.

También le entregaron los símbolos de esa dignidad: un escudo, una lanza, un bastón de mando y cordero. El bastón de mando corresponde “al que ha de abrir camino a los demás”. Realmente acertado entregárselo a don Álvaro.

---

<sup>139</sup> Javier Medina, ob. cit., pp. 609-610

En Kenia utilizan una palabra muy popular para expresar que algo se realiza entre un grupo, en el que todos colaboran, para sacar adelante esa tarea común. Lo llaman *Harambee!*. También a esta expresión le sacó mucho contenido:

*“Hay otro harambee espiritual que es maravilloso, y que consiste en que lo que hacemos nosotros, si lo hacemos por amor de Dios, contribuye al bien de toda la sociedad. Se llama, la Comunión de los Santos, que está formada no solo por santos, porque todos en la tierra somos pecadores, sino por gente que quiere ser fiel a Dios Nuestro Señor, y se esfuerzan por serlo”.*<sup>140</sup>

El segundo viaje fue en agosto y tuvo dos destinos: Congo y Camerún. En el primer país sucedió algo que tuvo amplia repercusión en la labor del Opus Dei en Congo, y hasta en la vida del país, y mostró la sensibilidad social –realmente, caridad cristiana- de don Álvaro.

Un obispo le expuso las dificultades que tenían en Kinshasa en el tema de salud: carecían de un buen hospital. Le respondió que haría todo lo que estuviese en su mano.

No mucho después, surgió la Clínica *Monkole*, como un proyecto de salud con vastas proyecciones. Aunque comenzó pequeño, con tres camas, fue creciendo y en el año 2014 cuenta con varios pabellones hospitalarios y 50 mil visitas médicas anuales. Es un punto de referencia para la sanidad en

---

<sup>140</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 610.

el Congo. El doctor Leon Tshilolo, su director, informa que aún en *“los momentos más difíciles del país, con saqueos y desórdenes, el centro no ha cerrado nunca sus puertas. Incluso la población de los alrededores lo ha protegido contra las bandas armadas que han invadido repetidamente la capital, Kinshasa”*.<sup>141</sup> Además, funcionan postas médicas en diversos barrios de la ciudad y una Escuela de enfermería, asociada al conjunto hospitalario, con una preparación profesional de calidad, a nivel europeo.<sup>142</sup>

En octubre del mismo año 1989, le tocó el turno a Costa de Marfil. En un repleto Palacio de Congresos, en Abiyán, sonaron los tam-tam, que marcaban el ritmo de las danzas típicas, acompañadas de las canciones propias del folklore nacional. Impusieron a don Álvaro el paño *Kita*, símbolo del afecto que se tiene a una persona y del deseo de escucharla.

A unos treinta kilómetros de Abiyán, tuvo una reunión con los jefes de tribu locales que habían acordado ceder un terreno para la construcción de una casa de retiros. Deseaban manifestar su amistad y confirmar formalmente el compromiso, de acuerdo a las costumbres propias del país. Don Álvaro les dijo:

---

<sup>141</sup> Intervención en el Congreso sobre Monseñor Álvaro del Portillo, Universidad de la Santa Cruz, Roma, 12 a 14 de marzo, 2014

<sup>142</sup> Javier Medina, ob. cit., p.610-611.

*“Sabed que vengo de Roma, donde vive el Vicario de Cristo, el Papa. Antes de partir me dijo que os trajera su afecto y su bendición, que es la bendición de Dios”.<sup>143</sup>*

Finalmente, del 9 al 20 de noviembre visitó Nigeria. Estuvo en Lagos, Iloti, Enugu e Ibadán. Asistieron millares de personas a las tertulias. En Enugu, el obispo le enseñó un refrán “ibo”:

“Si no hay agua en la olla, no se puede hacer la sopa”. También lo aprovechó don Álvaro para hablar, esta vez, a los fieles de la Prelatura:

*“El agua es la gracia de Dios, que nos llega abundante; pero hay que poner en la olla el condimento adecuado que da sabor a la sopa. Eso es tarea vuestra. ... Eso es el apostolado. El Señor quiere que todas las almas se salven, y vayan al cielo, y ha querido contar con nosotros para que le ayudemos a salvar almas”.<sup>144</sup>*

Este año 1989 fue muy intenso en viajes, sobre todo si añadimos a los relatados sus visitas a Pamplona, para conferir seis doctorados “Honoris Causa”, a Fátima, para rezar ante la Virgen, a Barcelona, donde tuvo una tertulia con muchos miles de personas, y otros viajes menores.

Como se ve, a los setenta y cinco años, que tenía entonces don Álvaro, se pueden hacer muchas cosas.

---

<sup>143</sup> Id. id., p. 612

<sup>144</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 613.

## Capítulo 43

### Historia de una ordenación episcopal

La ordenación episcopal de don Álvaro tiene una historia que merece relatarse.

Al poco tiempo de ser elegido como primer Prelado de la Prelatura del Opus Dei, comenzó a circular por el Vaticano la voz de que iba a ser nombrado Obispo en fechas próximas. En cuanto se enteró, solicitó inmediatamente una audiencia con el Papa, Juan Pablo II. Se la concedieron. Don Álvaro, con la confianza que tenía con el Papa, entró directo al tema:

*“Santo Padre, me he enterado de esto. Yo, siguiendo el ejemplo de nuestro Fundador, he pedido muchas oraciones y muchas Santas Misas y muchos sacrificios y muchas horas de trabajo, para llegar a la solución jurídica de la Prelatura que deseaba nuestro Fundador. Si ahora se me nombra Obispo, el diablo puede hacer pensar a alguno que he hecho rezar tanto para ser Obispo yo; y esto no es verdad, y yo no quiero escandalizar a nadie.*

*O sea, Santo Padre, que no puedo aceptar. Y si se juzga necesario que el Prelado sea Obispo, yo desde este momento pongo mi cargo en sus manos, dimito.*

*Entonces me dijo:*

*-No, quédese tranquilo”.<sup>145</sup>*

---

<sup>145</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 647-648.

Efectivamente se quedó tranquilo pero quedó clara la disposición de don Álvaro de no buscar nada para sí mismo. Don Álvaro sabía, por muchas razones, que convenía a la naturaleza de la Prelatura que el Prelado fuera obispo. Pero no él, sino sus sucesores.

Ocho años después de erigida la Prelatura Personal, el 29 de noviembre de 1990, el Cardenal Gantin, Prefecto de la Congregación para los Obispos, le comunicó que el Santo Padre deseaba conferirle la ordenación episcopal y le pedía que aceptara. En ese tiempo, el peligro de escándalo que expuso al Papa en 1983, ya no existía.

Sin embargo, no deseaba ser obispo. Pidió permiso para consultar el asunto con su confesor, monseñor Javier Echevarría.

En la consulta se le hizo ver que no se trataba de un reconocimiento a su persona, sino que era algo conveniente para la figura jurídica de la Prelatura del Opus Dei y para su eficacia pastoral. Solo en este contexto, escribió al Papa aceptando.

Así se entiende también el modo impersonal de dar la noticia a los fieles de la Obra que vivían entonces en Villa Tevere. Los reunió y les dijo:

*-“El Prelado recibirá el sacramento del Orden en plenitud (el episcopado): habrá una nueva efusión del Espíritu Santo sobre la cabeza de la Obra y, por la Comunión de los Santos, de algún modo, sobre todo el*

*Opus Dei. De este modo el Prelado formará parte del Colegio Episcopal y será sucesor de los Apóstoles*".<sup>146</sup>

Eligió para su escudo episcopal el sello de la Obra -la cruz de Cristo metida en la entraña del mundo-, acompañado de una rosa. El lema episcopal fue: "*Regnare Christum volumus*" (queremos que Cristo reine).

En el contexto del derecho de la Iglesia, cualquier tipo de gobierno pastoral, por regla general, se confía a un obispo. Más todavía si esa parte de la Iglesia tiene una importancia pastoral grande y si, además, el presbiterio de esa jurisdicción eclesiástica cuenta con muchos sacerdotes.

Este es el caso de la Prelatura del Opus Dei, que tiene un peso importante en la pastoral de la Iglesia y que, además, cuenta con gran cantidad de sacerdotes incardinados. No sería lógico que el Prelado que gobierna ese presbiterio fuera solo presbítero.<sup>147</sup>

La ordenación episcopal fue el 6 de enero de 1991, fiesta de la Epifanía, cuando estaba cerca de cumplir los setenta y siete años. La recibió de manos de Juan Pablo II, en la Basílica de san Pedro, junto a otros doce nuevos obispos, de diez países diferentes.

A su edad, algunos momentos suponían un particular esfuerzo, como estar arrodillado mientras todos los otros obispos le imponían las manos, que eran más de doscientos. A su lado se ordenaba otro sacerdote de la Prelatura, don Julián Herranz, y

---

<sup>146</sup> Cfr. Javier Medina, ob. cit., 648-649.

<sup>147</sup> Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 258.

estaba pendiente de él, sobre todo para ayudarlo a levantarse, “sin embargo –cuenta don Julián- se alzó con una agilidad sorprendente, casi juvenil. Don Álvaro resistió casi media hora de rodillas. Luego supimos cómo resistió: puso toda su sensación de flaqueza en las manos de Dios. Como siempre”.<sup>148</sup>

Entre los doscientos obispos se encontraba monseñor Ignacio María de Orbegozo, entonces Obispo de Chiclayo (Perú) y anteriormente primer Prelado de Yauyos y Cañete, a quien ligaban con don Álvaro muy antiguos lazos de cariño y de intensas experiencias vividas juntos. En las horas siguientes, comentaría don Álvaro que, aunque no podía verlo por estar él arrodillado, notó cuando le impuso las manos monseñor Orbegozo, por lo fuerte que apretaba. A su vez, éste contestaba -en un comentario informal, muy a su estilo- que si apretaba las manos sobre su cabeza era para que a él le pasase algo de la sabiduría y las virtudes de don Álvaro.

También recuerda don Julián Herranz lo siguiente:

-“Cuando, dentro de la ceremonia, el Papa pregunta: ¿nos disponemos a cumplir fielmente, hasta la muerte, los deberes de nuestro ministerio episcopal?, miré al rostro de don Álvaro, que con expresión firme y serena respondía un decidido “¡Sí, lo quiero!”... Si me pidieran una biografía sobre él, con quien viví durante cuarenta años, la resumiría en

---

<sup>148</sup> Cfr. Hugo de Azevedo, pp. 261-262



estas tres palabras: “¡Sí, lo quiero!”. Su vida fue eso: un continuo sí a los requerimientos de Dios. “

Y añade:

“Vivió la ceremonia con un recogimiento muy particular, se veía que estaba siguiendo todos los momentos de la liturgia con un intenso espíritu de oración. Estaba rezando. Nos dijo después, que estaba pidiendo al Señor sobre todo una virtud, la virtud de la fidelidad.”<sup>149</sup>

Semanas después, el último día de 1991, en una conversación informal y haciendo como el recuento del año, aludió a su ordenación episcopal diciendo:

*“Pensaba que sería para mi sucesor, yo no he rezado nunca para ser obispo, sino para que fuese obispo mi sucesor, como Prelado del Opus Dei”.*<sup>150</sup>

---

<sup>149</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 650.

<sup>150</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 648.

## Capítulo 44

### Beatificación de Josemaría Escrivá

*“Pido a Dios que no nos envanezcamos; la declaración de las virtudes heroicas de nuestro Padre no debe ser motivo de vanidad... Ha de servir para que haya una explosión de deseos de santidad”.*<sup>151</sup>

Estas palabras de don Álvaro centran muy bien su pensamiento y sus deseos, con motivo de la beatificación del Fundador.

Pidieron la apertura del proceso 69 cardenales, 1,228 obispos, 41 superiores generales de congregaciones religiosas y muchos miles de fieles corrientes, entre ellos, varios jefes de estado y de gobierno, personalidades de la cultura, de la ciencia, etc.

Otros, casi trescientas mil personas, hicieron muchísimo más que escribir una carta, fueron a la Plaza de San Pedro, el 17 de mayo de 1992. Gran parte de ellos, viajaron de lejos, incluso de otros continentes.

El día de la beatificación, desde una xerografía gigante, Josemaría Escrivá miraba toda aquella multitud con ojos de cariño y una sonrisa serena. Muchas veces en su vida había dicho, que lo suyo era *“ocultarse y desaparecer, que solo Jesús se luzca”*. En

---

<sup>151</sup> Javier Medina, ob. cit., p.515

ese momento también se cumplía su deseo, porque Jesús se luce en sus santos.

Cuando don Álvaro, el 17 de mayo, descendió hacia el altar, en el cortejo de concelebrantes, muy cerca del Papa, no quiso mirar la multitud porque quería concentrarse en el Santo Sacrificio. Sabía que estaban allí, y los quiere y los encomienda, pero lo más importante es el Señor.<sup>152</sup>

Al día siguiente, los titulares de los diarios romanos eran muy expresivos. Algunos sintetizaban muy bien aquella especial reunión que repletaba la plaza, por ejemplo, *Il Messaggero* lo expresaba así:

“¿Una muchedumbre enorme? No, una marea humana de hombres y mujeres de todas las naciones y de todas las razas.”

Al día siguiente estaba prevista una Misa de acción de gracias, celebrada por el Prelado. ¿Dónde? ¿Un estadio? Parecía lo único posible, se pensó en el estadio Olímpico de Roma y se pidió autorización a la Municipalidad, que la concedió. Luego, se pidió una opinión a la Santa Sede.

El Papa no contestó de momento, sino que dijo que deseaba pensarlo. Pocos días después dio la solución:

*-¿Porqué no en la Plaza de san Pedro?*

Además ese día ¡celebraba su 72 cumpleaños y podrían saludarlo! Así fue y al final de la Misa entró en su “Papamóvil”, recorrió sin prisas la Plaza,

---

<sup>152</sup> cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 267

mientras iba sonando el *"happy birthday"*, con acentos y armonías distintas.

La Santa Misa la celebró don Álvaro ante una Plaza de San Pedro nuevamente repleta. Ser protagonista de una celebración tan masiva no le impedía pasar oculto, porque todo lo refería a san Josemaría y se sentía, simplemente, su continuador.

Cuenta Salvador Bernal que, años después, estaba sentado al lado de don Álvaro, un día en que pasaban un video de la Misa de acción de gracias, en la plaza de San Pedro, y comenta la actitud de don Álvaro durante el video:

-“Me emocionó cómo se refirió muchas veces en voz baja, casi imperceptible para los demás, que todo era y se debía a nuestro Padre, especialmente cuando sonaban los aplausos dirigidos hacia la persona de don Álvaro”.<sup>153</sup>

---

<sup>153</sup> Salvador Bernal, ob. cit., p. 110.

## Capítulo 45

### Ochenta años

Se lee en el evangelio de san Lucas, que “había un hombre, llamado Simeón, al que se había revelado que no moriría sin ver al Salvador. En determinado momento, el Espíritu Santo lo movió para ir al Templo. Allí vio a un niño, en brazos de su madre. Entendió que era el Mesías prometido. Lo tomó en sus brazos y dijo: “*Nunc dimittis servum tuum, Domine*” (Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo...).<sup>154</sup>

Sucedió que un día, a finales de 1985, entró don Álvaro en la oficina de don Flavio Capucci, postulador de la Causa de canonización del fundador y, después de conversar algunos asuntos, le dijo:

-*Ahora ya puedo entonar el “nunc dimittis”.*

-*“Pero, Padre, ¿porqué? ¿si quedan aún tantas cosas por hacer?*

-*No, tenía tres cosas que hacer antes de morir y ya las he terminado. Era preciso obtener la configuración de la Obra como Prelatura Personal; tenía que terminar mi testimonio para el proceso de canonización de nuestro Padre; y debía escribir las notas a sus Apuntes íntimos. Ahora ya he terminado”.*<sup>155</sup>

---

<sup>154</sup>cfr. Lucas, 2, 25.

<sup>155</sup> Hugo de Azevedo, ob. cit., 248.

La Prelatura Personal ya era un hecho. Había escrito más de mil páginas en su testimonio sobre el Fundador; y había cumplido su encargo de redactar unas notas explicativas a unos documentos de san Josemaría, que sólo don Álvaro podía redactar.

Es verdad que quedaban muchas cosas por hacer, y que don Álvaro hizo: viajes pastorales por muchos países, de diversos continentes y culminar el proceso de beatificación de san Josemaría.

Además de eso, don Álvaro publicó dos libros muy importantes que aclaran ideas muy confundidas y polemizadas. Uno es *“Fieles y laicos en la Iglesia”*, reeditado muchas veces y traducido a varios idiomas.

Es un libro que supone una novedad, porque no se había publicado antes un estudio teológico sobre el laico en la Iglesia, sus derechos y deberes, el papel de la mujer en la Iglesia, y la importancia de la formación de los laicos para poder realizar la nueva evangelización.

El libro es fruto de sus trabajos en el Concilio y buena parte de su contenido está recogido en los documentos conciliares; es, por tanto, doctrina de la Iglesia.

De este libro, escribió el Cardenal Baggio:

“Por poco que esté uno familiarizado con el derecho canónico, no puede pensar en el estatuto de fieles y laicos en la Iglesia, sin referirse al original estudio sobre la materia de Álvaro del Portillo”.<sup>156</sup>

---

<sup>156</sup> Salvador Bernal, “Álvaro del Portillo”, Eunsa, pp. 50-51.

El otro libro es "*Escritos sobre el sacerdocio*", también reeditado y traducido a varios idiomas. Desarrolla aspectos del sacerdote que no se habían tocado antes: sus virtudes humanas, su espiritualidad en el mundo actual, el celibato y su misión en el mundo.

Pero don Álvaro no se ocupó mucho de sus libros, que publicó a petición y sugerencia de otros, sino de los libros póstumos del Fundador.

En 1977 salió "*Amigos de Dios*", que recoge una nueva serie de homilías, en el mismo estilo de "*Es Cristo que pasa*", que se publicó en 1973. En 1981 se publicó el "*Vía Crucis*, también de san Josemaría. Además, don Álvaro impulsó otros dos libros del mismo autor, *Surco* y *Forja*, que son dos libros de pensamientos espirituales, que tienen como objetivo ayudar a la meditación personal. Se publicaron en 1986 y 1987. Con *Camino*, forman una trilogía de libros, que han tenido muchas ediciones y traducciones a muy diversos idiomas.

Un ritmo tan intenso, de viajes, de trabajos, de atención a asuntos muy variados, unido al paso de los años y a una salud que, muchas veces, estuvo muy debilitada, necesariamente tenía que pasar factura a sus fuerzas físicas. El corazón necesitaba cada vez más atención. Los médicos le hacían controles de modo constante.

El 14 de febrero de 1993 tuvo la gran alegría de celebrar los cincuenta años de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Precisamente él, siendo joven Ingeniero de Caminos, viajó a Roma para solicitar su

aprobación al Papa Pío XII, cumpliendo un encargo del Fundador. Entonces tenía 29 años. No deja de ser sorprendente que, a esa edad, realizase con tanto aplomo y eficacia gestiones de tan alto vuelo.

Con motivo de este aniversario, don Álvaro escribió una larga carta pastoral a los fieles de la prelatura.

El mismo año, vio cumplido otro sueño, largamente acariciado: el comienzo de la labor de la Obra en la India. Todo se iba cumpliendo.

Quedaba otro sueño por realizar: visitar Tierra Santa. No había ido hasta entonces, para seguir la costumbre de san Josemaría de realizar viajes únicamente por motivos apostólicos o de trabajo. Ahora ya había ese motivo, porque habían comenzado las actividades regulares del Opus Dei en Jerusalén, de modo que su presencia daría un buen impulso a la labor apostólica y sería gran motivo de alegría para sus hijos y sus hijas. Así que aceptó con sumo gusto la sugerencia de viajar a Tierra Santa.

Llegó su ochenta cumpleaños, el once de marzo de 1994. Recibió un quirógrafo, en italiano, del Papa Juan Pablo II que, traducido al castellano, dice así:

*“Al venerado y querido hermano Álvaro del Portillo, que con el alma agradecida al Señor celebra su ochenta cumpleaños, expresándole mi vivo aprecio por su fiel trabajo al servicio de la Iglesia e implorando abundantes gracias celestiales para un ministerio todavía prolongado y rico en frutos, le imparto de corazón una especial Bendición Apostólica, haciéndola*



*extensiva con afecto a todos los sacerdotes y laicos de la prelatura del Opus Dei*".<sup>157</sup>

Don Álvaro contestó enseguida al Papa diciendo, entre otras cosas:

*"Esa manifestación tangible de afecto me ha conmovido en lo más íntimo del alma"*.<sup>158</sup>

Llegó el 11 de marzo, de ese año 1994. Por la mañana, en la homilía de la Misa, abrió su corazón y dio gracias al Señor:

*"Por la bondad de Dios, cumpla hoy ochenta años. Las maravillas que he podido contemplar en este período son innumerables. He recibido de Dios tantos regalos, que no se pueden contar. ¡Gracias, Señor!*

*(...) Rezad para que sepa colmar los vacíos de mi vida, y meter mucho más amor de Dios en todo. (...) Me propongo pronunciar, con más fuerza que nunca, aquel "¡nunc Coeli!" (¡ahora comienzo!) que fue el lema de la vida de nuestro Padre.*

*En mi corazón, gracias a Dios y a la intercesión de nuestro Padre, arde con fuerza el fuego del amor. Por eso me siento muy joven.(...) La juventud de la edad es algo simplemente fisiológico y no es tan importante; lo que cuenta de verdad es la juventud interior. (...) Es la juventud de los enamorados – enamorados de Dios- que se esfuerzan por hacer crecer siempre más su amor"*.<sup>159</sup>

---

<sup>157</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 670.

<sup>158</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 670, nota 98.

<sup>159</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 671

El día que cumplió ochenta años, anunció, con enorme ilusión, su inminente viaje a Tierra Santa. Y comentó:

*“Me gustaría ir al lago de Genesaret, que tantas veces cruzó Nuestro Señor; ir por esas aguas, en barca, remando; hacer la oración en el lago y, sobre todo, visitar los Santos Lugares, tan unidos a Jesucristo, a la Santísima Virgen y a san José”.*

## Capítulo 46

### Viaje a Tierra Santa

Tres días después, partió a Jerusalén. Vivió los recorridos por Tierra Santa con un gozo bien visible y muy unido a Jesucristo. Fueron días de una continua oración

*-He venido aquí a rezar, había dicho nada más llegar.*

En la Basílica de la Anunciación le conmovió la inscripción que hay debajo del altar: “Verbum caro hic Factum est”, aquí el Verbo se hizo carne.

*-Qué emoción siento de estar aquí, fíjate, hic, hic, aquí.<sup>160</sup>*

El día diecinueve, en el Hotel Paradiso, de Belén, tuvo una tertulia con casi cien personas. Quería que fueran de cualquier nacionalidad, aún sabiendo las dificultades existentes entre árabes y hebreos. Así se hizo. Asistieron palestinos y hebreos; católicos y ortodoxos; y un grupo de seminaristas alemanes.

“Nos recordó varias veces, -relata don Alberto Steinvorth, sacerdote de la Prelatura que vivía entonces en Jerusalén-, que nosotros estamos abiertos a todos y que no hacemos distinciones. Le alegró saber que a nuestro centro, en Jerusalén, acuden personas de varias razas y religiones.

---

<sup>160</sup> Santiago Mata, “Siervo bueno y fiel”, Especial “Mundo Cristiano”, abril 1994, n. 385, p.12.

*“Estamos llamados a unir, a sembrar comprensión”, me dijo*.<sup>161</sup>

En la tertulia, un profesor árabe de la Universidad de Belén preguntó cómo transmitir el espíritu cristiano viviendo con musulmanes. Entre otras cosas, le dijo:

*“Quiérelos con tu sacrificio, que vean lo que es un cristiano a través de ti”*.<sup>162</sup>

Al volver de la tertulia se sintió especialmente cansado y con dificultades respiratorias. Lo atendió el doctor Araquistain, que lo acompañaba, quien se comunicó por teléfono con el cardiólogo, doctor Martínez Caro, para comentar su estado y ajustar el tratamiento.<sup>163</sup>

El martes 22, último día de su viaje, celebró la Santa Misa en la iglesia que se halla junto al oratorio del Santo Cenáculo. Monseñor Javier Echevarría recuerda que “le impresionó ver la unción con que se revistió. Se le veía reconcentrado, emocionado.”<sup>164</sup> Iba a ser su última Misa.

En el aeropuerto de Ciampino, en Roma, le esperaban unas familias. Una niña le ofreció un ramo de flores. Don Álvaro, contento y sonriente, le preguntó su nombre y luego le dijo:

---

<sup>161</sup> Id. id., p. 15

<sup>162</sup> Id. id., p. 15

<sup>163</sup> Javier Medina, ob. cit., p. 676 y nota 116.

<sup>164</sup> Id. id., p. 676

-Tú me regalas esas flores ¿te importa que yo se las regale a la Virgen?.<sup>165</sup>

Sobre las 10 de la noche entró en su casa y se dirigió al oratorio para saludar al Santísimo. Luego, saludó con afecto a los que estaban en la casa; unas bromas y un “*ya hablaremos*”. Poco después, se retiró a su habitación.

Se acostó con dificultades respiratorias. No quería molestar a nadie pero la taquicardia iba en aumento. A las tres y diez de la madrugada llamó a don Javier Echevarría y le dijo con una gran serenidad:

-Tengo el corazón desbocado.

Acudió enseguida el médico, que comprobó que la situación era muy grave y así lo hizo saber.

Don Álvaro mantuvo su absoluta paz y hasta le hizo una broma al médico referente a su bata de noche. Le preguntó si aquello era una *chilaba* árabe. “No, padre, es un kimono”, contestó sonriendo. Y salió enseguida para traer una bombona de oxígeno.

Don Javier Echevarría le administró la absolución sacramental y la unción de los enfermos. Don Álvaro seguía con la paz que le había caracterizado toda su vida. Se le notaba totalmente abandonado en las manos de Dios.

Empezó a perder la conciencia. Se pusieron todos los medios médicos posibles para reanimarlo. La oración de todos era intensa. A las 4 de la madrugada el médico certificó que había fallecido. El

---

<sup>165</sup> Id. id. p. 677

dolor por su muerte iba acompañado de la alegría que producía saber que estaba ya gozando de la visión de Dios, para siempre.

En la mesilla de noche había una tarjeta de visita. La que le dejó Roberto, el piloto del avión que lo trajo de Israel. Es el último amigo que hizo en la tierra. Nunca dejó pasar la oportunidad de hacer un nuevo amigo, al que acercaba a Dios, y el piloto ya lo era. Pocas horas después, Roberto estaba rezando junto al cuerpo de don Álvaro. No salía de su asombro. Le contó a alguien que estaba a su lado:

-“Hablamos mucho en el avión. Se interesó por mi trabajo, por mi vida. Me pidió que le enseñara una foto de mi novia, para bendecirla. Se le veía un hombre feliz, lleno de serenidad, con gran cariño. Me impresionó su emoción por haber visitado Tierra Santa”.<sup>166</sup>

A media tarde, la presencia de la policía en los alrededores hizo suponer la visita de alguien especialmente importante. A las seis y pocos minutos, el automóvil con matrícula “SCV 001”, del Vaticano se detuvo en la puerta. Don Javier Echevarría recibió al Santo Padre, Juan Pablo II.

Mientras lo acompañaba, en la breve conversación, le contó que la última Misa que celebró don Álvaro fue en la iglesia del Cenáculo y que, como siempre, la ofreció por el Papa y por sus intenciones. El Santo Padre se interesó por la hora a

---

<sup>166</sup> Jorge Molinero, “Siervo bueno y fiel”. Especial “Mundo Cristiano”, p. 6.

la que había celebrado el día anterior, que era a las once de la mañana, y pensativo, comentó: unas diecisiete horas antes de su tránsito.

El Papa se arrodilló ante el cuerpo de don Álvaro y rezó durante unos cuantos minutos, en profundo recogimiento. Cuando se levantó, se le ofreció una cartela con el responso, pero prefirió incoar la *Salve Regina*, seguida de tres *Glorias* y las invocaciones "*Requiem aeternam dona ei, Domine* (Dale Señor, el descanso eterno) y *Requiescat in pace*. (Descanse en paz)". Después, roció el cuerpo con agua bendita y se arrodilló de nuevo en oración.

Antes de salir, firmó en el libro de condolencias. Ya en la calle, el Papa bendijo a los que estaban esperándolo y viendo que en los edificios próximos la gente estaba en las ventanas, los bendijo también.

Durante todo el día 23 de marzo, muchísima gente acudió a rezar. Personas de todas las edades y condiciones sociales, familias enteras. Numerosos cardenales y personalidades del Vaticano. Mientras tanto, en todo el mundo, innumerables personas se encomendaban ya a su intercesión.

El día 24, por la tarde, se celebró una solemne Misa exequial, en la iglesia prelatia, y el 25 se celebró el funeral solemne en la Basílica de san Eugenio, que presidió don Javier Echevarría, Vicario General de la Prelatura, con la presencia de doce cardenales, autoridades civiles y eclesiásticas y una multitud de fieles.

Se acercaron a comulgar unas dos mil personas, mientras el órgano entonaba las notas del villancico “Madre, en la puerta hay un niño”, que sonó también en el funeral por san Josemaría.

En la homilía, don Javier Echevarría resaltó que, en los 19 años, en los que don Álvaro estuvo al frente del Opus Dei, se había comenzado las actividades apostólicas en 29 países y se habían ordenado casi 800 sacerdotes.

Trazó los rasgos más importantes de su personalidad, con estas palabras:

*“Cuando se escriba su biografía, entre otros aspectos relevantes de su personalidad sobrenatural y humana, éste habrá de ocupar un lugar destacado: fue, ante todo y sobre todo, un cristiano leal, un hijo fidelísimo de la Iglesia y del Fundador, un Pastor completamente entregado a todas las almas y, de modo particular, a su pusillus grex (su pequeño rebaño), a la porción del pueblo de Dios que el Señor había confiado a sus cuidados pastorales, en estrecha comunión con el Romano Pontífice y con todos sus hermanos en el episcopado. Lo hizo con olvido absoluto de sí, con entrega gustosa y alegre, con caridad pastoral siempre encendida y vigilante”.*<sup>167</sup>

Los periódicos italianos dieron amplios espacios a la noticia de su fallecimiento. Los títulos fueron muy expresivos. Para “*Il Giornale*”, de Milán, era “El Ingeniero de Dios”; para “*Avvenire*”, de Milán, “Del Portillo, la vocación a la fidelidad”. “*Il corriere*

---

<sup>167</sup> Jorge Molinero, ob. cit., pp. 10-11



*della Sera*” reproducía unas palabras de Vittorio Messori en las que, recordando una entrevista a don Álvaro, decía: “Te entraban ganas de confesarte más que de hacerle preguntas.”. “*La Vanguardia*” de Barcelona, hablaba de “un sacerdote de gran talla intelectual”. Finalmente, “*El Mercurio*”, de Santiago de Chile, lo describía “como sembrador de paz y alegría abundantes”.

Es muy conocida la estampa para la devoción privada de Álvaro del Portillo. Hasta el momento de redactar este libro, se han editado nueve millones y medio de ejemplares.

## Capítulo 47

### Así es Álvaro del Portillo

Se han relatado muchos sucesos de la vida de este hombre santo. Ahora queda hacer una síntesis: primero cómo lo ven los demás, por último, como se ve él mismo.

Hay un político peruano, Enrique Chirinos Soto, que fue senador de la República, abogado de gran prestigio y muy buen escritor, amigo de don Álvaro, aunque se sustentase esa amistad solo en unas pocas entrevistas. El doctor Chirinos es un hombre que cala en la personalidad de sus amigos. Cuando don Álvaro iba a cumplir 80 años, publicó en el diario “El Comercio”, de Lima, un largo artículo, del que reproduzco el último párrafo. En él cuenta su último encuentro con don Álvaro, en Roma:

“Me recibe con los brazos abiertos. Repasamos los problemas del Perú y del mundo, de Europa y de América, de mi familia y aun de mi persona. Dispone de excelente información. La administra con amor y buen juicio. Es sobre todo, como dice el poeta Antonio Machado, “en el buen sentido de la palabra, bueno”. Y yo, ganado por su talento y su cariño, siento que en mi itinerario romano, he cumplido la más feliz, la más expansiva y plena de las estaciones, la más humana y entrañable, en el mejor sentido de la palabra, la que prepara el espíritu para fatigar renovados recorridos”. Como bien expresa Enrique Chirinos, la conversación con don Álvaro proporciona

un remanso de paz y levanta el ánimo para afrontar las normales dificultades de la vida.

Su disponibilidad y su capacidad de acogida quedan también patentes en el siguiente testimonio de la Madre María de Jesús Velarde, fundadora del Instituto Religioso “Hijas de Santa María del Corazón de Jesús”. "Mantuve veinticuatro encuentros con él en un arco de nueve años, casi todos de una hora de duración; conservo más de diez cartas y tres documentos que me dirigió. Por teléfono mantuvimos más de cien conversaciones. Me impresionaba ver con qué amabilidad y espíritu sobrenatural respondía a mis llamadas".<sup>168</sup>

En el presente libro se ha citado con frecuencia a Hugo de Azevedo, portugués, que vivió largos años junto al protagonista de estas páginas. Destaco una frase suya que podría ser una buena síntesis de la personalidad de don Álvaro:

*“Una inmensa y afabilísima bondad y una indómita energía”.*

La siguiente anécdota expresa muy bien lo que acabo de decir. La relata Encarnación Ortega, quien trabajó muchos años, cerca de san Josemaría y de don Álvaro, en la Asesoría Central del Opus Dei. A ella le contó el Cardenal Tedeschini que había presentado dos monseñores a don Álvaro; estuvieron conversando un rato y luego comentaron al Cardenal

---

<sup>168</sup> Intervención en Congreso sobre Monseñor Álvaro del Portillo, Universidad de la Santa Cruz, Roma, 12 a 14 de marzo, 2014

que su mera presencia infundía paz. El Cardenal les dijo que así era efectivamente, porque era un hombre lleno de paz y que infundía paz. Pero se sintió obligado a precisarles:

“Pero cuando se trata de defender a la Obra o a la Iglesia, las defiende con la fuerza de un león”.<sup>169</sup>

Es que así, con fuerza y energía, se defiende lo que verdaderamente se ama.

Quien lo han conocido más de cerca a don Álvaro son dos personas: san Josemaría, que se fue al cielo en 1975, y el actual Prelado del Opus Dei, monseñor Javier Echevarría.

Monseñor Echevarría lo describía así, en una entrevista concedida a Pilar Urbano, publicada en la revista española “Época”, el dos de mayo de 1994:

*“Sin lisonjas, en justicia, tengo que decir que don Álvaro, por su espléndida inteligencia, por su amplia cultura, por su exquisita educación, por su capacidad de relación social, por la altura de su pensamiento, por la profundidad de su vida interior y por una larga serie de virtudes morales que vivió con heroísmo, ha sido un gigante. Y sé que no exagero.*

*Sin embargo, yo lo he visto siempre pendiente del fundador, secundándolo en todo, para ayudarlo a hacer el Opus Dei. El fue un fiel ejecutor de lo que el fundador indicó”.<sup>170</sup>*

La periodista le preguntó si era un hombre bonachón.

---

<sup>169</sup> Salvador Bernal, ob. cit., p. 34.

<sup>170</sup> Salvador Bernal, ob. cit., p. 29-30.

La respuesta surgió rapidísima:

*“¡Ni hablar! Era un hombre muy bueno, muy santo, muy entregado a los demás; pero con su carácter “esculpido” y con una gran fortaleza”.*<sup>171</sup>

¿Y cómo lo veía el fundador del Opus Dei, san Josemaría?

Para él, don Álvaro era su apoyo fuerte. Por eso lo llamaba afectuosamente con la palabra latina *saxum*, que significa roca.

Rara vez hablaba de él, porque no quería herir su humildad y su natural sencillez. En las ocasiones en que lo hizo, destacaba que *“siempre dijo sí”*, es decir, estaba dispuesto a todo lo que Dios le pidiese. Entre las palabras de san Josemaría sobre don Álvaro, hay unas que podrían ser una síntesis de su vida:

*“Ha sabido sacrificar con una sonrisa todo lo suyo personal; muchas veces ha sido heroico, muchas; con un heroísmo que parece cosa ordinaria”.*<sup>172</sup>

Los que lo han conocido, coinciden en decir que cuando la imaginación vuela al recuerdo de don Álvaro, les presenta siempre la imagen de un hombre sonriente.

¿Y don Álvaro, como se consideraba a sí mismo,?

Un día de su santo, en 1984, don Flavio Capucci, postulador de la causa de canonización del Fundador, le dijo que había consultado un diccionario

---

<sup>171</sup> Id. idd, p. 83

<sup>172</sup> Salvador Bernal, ob. cit., p. 29.

etimológico de nombres, y que encontró que Álvaro significa “aquel que protege a todos, que vela sobre todos, que defiende a todos.”

Don Álvaro intervino para decir que a él, personalmente, le gustaba más que esa raíz germánica, otra semítica, cuya significación es “el hijo”. Y añadió:

*“Pero se puede unir con esa que tú dices; reza para que sea verdad, para que sea un hijo bueno y, al mismo tiempo, un buen Padre que vela sobre los demás”.<sup>173</sup>*

Al mirar en su conjunto la vida de Álvaro del Portillo, nos podemos plantear una última pregunta. ¿Qué había en su cabeza y en su corazón cuando comenzó a ser el sucesor de san Josemaría?

Él mismo contestó esta pregunta, un año después de irse al cielo el Fundador, en un Discurso en la Universidad de Navarra,: *“¿Qué hará ahora el Opus Dei?, me preguntaron algunos al publicarse el 15 de setiembre de 1975 mi elección como Presidente General. Y hube de contestar: seguir caminando, hacer lo que hemos hecho siempre, también desde que el Señor se llevó consigo a nuestro Fundador.(...) Guard en mi alma la profunda convicción de que ahora el Padre dirige y gobierna la Obra desde el Cielo”.<sup>174</sup>*

---

<sup>173</sup>.Salvador Bernal, ob. cit., p. 108.

<sup>174</sup> Álvaro del portillo, “Una vida para Dios”, Rialp, Madrid, pp. 42-43